

# UACM

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

---

*Nada humano me es ajeno*

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES  
LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

## **Corredor indio**

TRABAJO RECEPCIONAL  
PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO  
EN CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA

**JORGE CÓRDOVA MONARES**

Directora de trabajo recepcional

**Lic. Mónica Lavín Maroto**

México, D.F. julio de 2015.

## SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

### RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

#### DERECHOS RESERVADOS ©

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.



## AGRADECIMIENTOS

Agradezco con amor perfecto:

A Lorenzo Córdova, Socorro Monares, Eduardo Córdova, Rebeca Sánchez, Ana Carmen Luna, Brenda Salcedo, Evelia Arteaga.

A mis profesores: Mónica Lavím, Isaí Moreno, Armando Alanís, Pilar Morales, Gustavo Humberto Lizarraga.

A mis compañeros: Ludovico Carranza, Lourdes Duarte, Arturo “Jac Velar”, Carlos Gardel, Beatriz Camacho, Maida Neri, Dulce Valeria Espinosa, y Daniel Amador.

Porque cada uno me recuerda lo que importa.

A la UACM por la hermosa experiencia, y el apoyo para la impresión y empastado de este trabajo.



*A Lorenzo, Socorro, José Víctor, Erick, y  
Eduardo. Siempre están en mi interior.*



Jorge Córdova Monares

# Corredor indio



*Para ti, Anita*



La noche descendió y entró en mi habitación, mi cuerpo, y sin hacer nada, ningún intento por disipar la oscuridad, por ahuyentarla al levantarme de la cama y encender la luz, dejé que me ahogara y me apagué más allá del silencio y de la sucesión de pensamientos. Únicamente un discurrir sin memoria ni forma antes del amanecer de los viejos días del doloroso encuentro humano. De algún modo entendía, o más bien, intuía que había una voluntad mezclada en la no forma, un llamado, un señalamiento. Entonces subí a la azotea, no podía detenerme. Ni las puertas ni escaleras, ni el peso de mi viejo saco de huesos recargado a fuerza de vitaminas eran verdaderos obstáculos. Simplemente marché con el viento empujándome a las tierras del Oeste, y si cerraba los ojos, y sólo recordaba, no miraba el pasado como debiera suceder, sino una languidez elástica indeterminada, “esto no es recordar” pensé y al mismo tiempo una cabrona sombra pasó delante de mí, y luego otra y otra más. Quería arrojarme al vacío, pero no pude... me quedé atascado frente a tres enormes lobos grises que gruñían y crispaban el hocico. En un momento levanté la cara al cielo y al mirar las nubes rojizas al fondo de los edificios, supe que no había ningún otro camino, entonces me rendí. Vi mi sangre en sus hocicos gotear al piso, y sentí sus dientes al desgarrar mi cuerpo, y en esa terrible imagen, el dolor de la carne falleciente era sustituido por cierta clase de agonía muy humana y tremendamente familiar:

devoraban mi alma. En mi mente, se comenzó a formar un pensamiento como palabras escritas en el aire, "Somos tu tribu", eran ellos hablándome desde el interior de mi cabeza, y al mismo tiempo mi voz verdadera que todo conocía. Después terminaron de lamer mis entrañas del piso. Eso es lo que soñé.

—¡Avancen hasta la línea! ¡Mirada al frente! ¡El primero: nombre y delito!

—Fabián.

—¡No escuché, marica!

—¡Soy Fabián!

¡CLICK!

Al vagar de noche con el único propósito de no estar solo, me cruzo del otro lado del puente de Viaducto y Vértiz y camino hacia Insurgentes sobre el río entubado en el medio de las dos avenidas que corren de Este a Oeste Y atraviesan la ciudad. El rumor de los autos que pasan en ambos sentidos, y el viento que levantan, me hacen creer que en realidad camino al lado de un río caudaloso que serpentea hasta el mar y pasa por hermosos pueblos de gente sencilla que pesca y recoge agua en cestas de mimbre apretado. Y cuando paso por debajo de un puente peatonal y me encuentro con la estructura tubular amarilla y el enrejado abigarrado y los edificios de hormigón que se elevan iluminados como árboles baobab hasta alcanzar el cielo negro eléctrico resplandor de la ciudad palpitante insomne, no me siento menos pleno, ni violentado en mi visión de amplitud territorial bucólica que me hace tomar un respiro de la opresión, que sólo a veces, puedo sentir en el encierro de mi cuarto de azotea, no, la noche resplandece y las puertas están abiertas de par en par y el viento que se eleva con el correr de los locos autos a mi lado, es el mismo que movería mi cabello en la cima de la montaña más alta del mundo. Así que, no hago más que seguir mi propia ruta salvaje por mi mundo salvaje de asfalto, hormigón y fluorescencia, tal como haría un montañés por las tierras indómitas del norte de América. Salgo por Insurgentes, camino lento e intento mirar a la cara a las chicas que esperan clientes al lado de la gasolinera. Aunque todas sin excepción me ven pasar y hablan conmigo e incluso se acercan tanto que podrían tocarme con sólo levantar la mano, ninguna, ni una sola de esas lindas chicas, me mira a los ojos realmente, ni se lanza a

abrazarme de una vez, de un modo sencillo y amoroso, sin preguntas, ni sobresaltos, ni temores, ni la lejanía siempre presente, escondida tras los párpados de los pacientes ambulatorios de ciudad manicomio. Así que sigo adelante, acaricio las paredes, las ventanas, las rejas de todos los inmuebles con los que me cruzo a ojos cerrados. Respiro para devorar el olor de los árboles y del agua estancada y antes de abrir los ojos sé que estoy en el parque.

—¡Hoy es mi día de suerte! —grito desde la oscuridad y permanezco allí mientras el estruendo de mi voz desaparece.

—Hoy es mi día de suerte —repite alguien más en un susurro áspero.

Abro los ojos: un muchacho está sentado al borde de la fuente y hace ondas en el agua. Sin dejar de ver su mano sumergida dice algo más entre dientes que no alcanzo a escuchar.

—No entiendo lo que dices muchacho —alza la cara despacio y revela pequeñas porciones de su rostro que asoman de entre las sombras.

—Puede ser lo que quieras, lo que sea que signifique algo, ¿entiendes?

Y resulta tan extraño dar con otro demente de la sencillez, cansado de pelear, cansado de repetir las palabras imprecisas del pensamiento oscilante, de ver con los ojos ajenos del estúpido que habita dentro de uno mismo, otro tipo sin ropa. Rodeamos la fuente en sentidos opuestos como tratando de alcanzarnos, de leernos. El círculo de energía, la inmersión en sangre, el nuevo vino, un punto de fría expansión, ¿habrá otra forma de hacer la única pregunta que vale la pena?

Unas cuantas vueltas después, me siento en la piedra y me asomo a mirar el reflejo en el agua, no solamente mi imagen incierta en la oscuridad, sino las estrellas titilantes en la negrura del cielo, las copas espesas de los árboles, el silencio del acecho en todo lo que hacemos como hombres, y pienso “¿qué sentido tiene todo esto?”, la sombra del chico asomando por encima de mi hombro.

—¿Quieres fumar? —dice—. Mira, tengo esta mota buenísima que robo en la casa donde trabajo.

—¿Dónde es eso? —se sienta a mi lado.

—¡Ah! Verás, por ahora cuido de unos niños.

—¿Como una niñera?

—Sí, eso mismo —se pone a limpiar la yerba.

—Entonces robas la marihuana, ¿a los niños?

—No no, ¡qué va! Al papá. Es una clase de escritor que siempre tiene bolsas llenas, es imposible que se dé cuenta.

—¿Y si se da cuenta?

—No, chico, eso no va a pasar. ¿Quieres o qué? —termina de forjar un bonito cigarro que se pone en la boca y al encenderlo despliega una humareda violeta olorosa a herbáceas sin catalogar, a sierras imposibles de señalar en las

cartografías especializadas, como nosotros, que existimos, pero nadie puede vernos.

Me pasa el toque y lo fumo bastante bien aunque es mi primera vez. La máquina estalla limpiamente arrojando esquirlas de incalculable valor, puedes ver a través del fuego, la película está corriendo y hay muerte en su historia, ¡es un gran momento! Al mirarlo, veo algo en él que me lleva a saber su nombre verdadero.

—¡Ey! —le digo—. Eres “Ojos de fuego”.

—Sí, ¿por qué no?, ¿y tú?

—Llámame... Fabián... sólo así, Fabián.

Al vagar de noche con el único propósito de no estar solo, me encuentro con este extraño, itinerante cósmico, y en el centro de una neblina alucinante, estamos los dos, fumando de la misma cosa, la misma conciencia mutable.

Ojos de fuego despierta en su cuarto de hotel en medio del calor de la tarde. Se incorpora despacio sintiendo el peso de su cuerpo como una piedra y se queda sentado en la orilla de la cama con la cara entre las manos hasta que la luz en la ventana se evapora y deja una azulosa ubicuidad. Entonces, ¿cómo empezar el día? Se mete medio ácido bajo la lengua y espera inmóvil percibiendo el aleteo próximo de una mosca que vuela a su alrededor. Siente sed y se ve de niño cuando sorbía agua de los bebederos de la escuela bajo el sol de mediodía precioso recreo en resistencia. Manotea para alejar la mosca que revuela en su cabeza, y también, esa visión punzante que termina por arderle en la garganta. Sale de la habitación poniéndose la camisa, aprieta el botón del ascensor y cuando abre, se queda en blanco y sólo mira la sucesión de sí mismos, de puertas y pasillos proyectados infinitamente en la profundidad del espejo. A punto de descubrir algo incierto disimulado en la multiplicidad de sí, las puertas del elevador se cierran y Ojos de fuego mueve sus labios emitiendo un sonido que tal vez sea palabras atrapadas al vuelo como pájaros multicolores, un mensaje indescifrable para alguien indescifrable parado descalzo frente al elevador cerrado de un ruinoso hotel enclavado sobre la gran Tenochtitlán. Al pasar por la recepción, voltea a mirar el reloj descompuesto empotrado en la pared que siempre, siempre, marca la misma hora, lo que significa, en cualquier lugar, en cualquier momento, sin espacio ni tiempo, aquí y ahora.

—¡Ey! ¿Planeas quedarte hoy? La habitación vence a la una —le dice el encargado.

—Siempre es la una, amigo, ¿qué pasa?

—Eso, que vence en un rato y si te vas a quedar quiero que pagues ahora.

—Aquí estoy desde hace mucho, a la misma hora, siempre, ¿no es así?

—Igual quiero que pagues.

—Me siento muy pobre —dice Ojos de fuego desenrollando varios billetes arrugados sobre el mostrador—, toma lo que necesites y deja... da igual, nada tienes, hermanito.

El encargado coge los billetes sin entender y los mete en una antigua caja registradora que repiquetea metálicamente mientras Ojos de fuego sale a la calle. Toma el camino corto al callejón atravesando por “el café de Otoño”: meseras de piernas largas sirviendo café caliente, olor a mantequilla derretida y a empanadas horneadas, bocas masticando, cubiertos que golpean la loza, risas, el murmullo crepitante, ascendente de miles de insectos reproduciéndose al interior de su cabeza, “¡estoy vivo! Y soy, y soy... no tengo la menor idea”. Una marea de incertidumbre va mojando sus pies a cada paso, es un profeta del diálogo interno que camina sobre el mar, el pasillo adoquinado del viejo café de chinos. “¡Ey!, ¿qué es toda esta agua?” Sus manos se desgajan igual que un glaciar primigenio, un trozo insignificante de la conciencia múltiple. “A poca distancia del secreto, estoy anclado, la casa es vasta y se me ha brindado, lágrimas y susurros, puedo

entrar libremente para depositar mis ojos en su jardín que es un paraíso en miniatura, un “algo” vagamente sensual esperando por mí al final del pasillo, es un cactus, es conocimiento, energía, el Dios agua de mirada perturbada”. Muy resplandeciente su descenso por el callejón, una modificación irreversible. Ojos de fuego, el profeta del ácido, se topa con un viejo Santa Claus olvidado, despojado, ciego vagabundo de la noche interminable.

—¡Vámonos volando al cielo! —grita Santa afectado por un conocimiento casi lujurioso.

Ojos de fuego le dedica una mirada muerta, pasa de largo y se detiene súbitamente irradiando una idea: el mismo conocimiento lujurioso que juguetea en su vientre. Regresa sobre sus pasos, se para al lado del vagabundo. ¿Dónde está el secreto de este viaje? Tal vez, no hay secreto. El viento alza una bolsa de papel y la arrastra al fondo del callejón y ambos permanecen en silencio, cada uno atraído a su modo, por ese suceso que significa poco a la luz de una idea voraz, pero también, podría ser una señal que atraviesa la electrizante vastedad del silencio.

—Luces como un tipo que necesita algo para aliviar la herida.

—Pensé que eras ciego —responde Ojos de fuego sin dejar de mirar la bolsa que se adentra en la oscuridad penetrante al fondo del callejón.

—Sí, soy ciego.

—Entiendo, ¿y tú?, ¿qué necesitas?

—Yo estoy bien, lo tengo —dice el viejo Santa alzando una botella de aguardiente—, excepto por esto, todo es de una pobreza descomunal.

—Sí, no hay mucho que hacer.

—¿Entonces?, ¿qué hay contigo? —dice el vagabundo alargando la botella de aguardiente. Ojos de fuego la toma y se queda mirando la etiqueta.

—Yo no me preocuparía mucho —contesta—, por alguien como yo. En realidad, eres tú quien me preocupa, amigo —sonríe jugando con la botella en la mano.

Para ese momento el callejón está casi a oscuras, alumbrado apenas por las luces encendidas en las ventanas de los edificios al derredor.

—Devuélveme mi trago, ¿quieres, chico?

—Mejor no.

—Sí, imaginé que dirías algo así.

Ojos de fuego alza la cabeza y ve la ventana de su habitación a oscuras empotrada en el segundo piso de una pared sin revoque. Vuelve sobre lo mismo: recreos soleados en el bebedero al lado de otros niños. “Tengo sed”, el cabello brillante, los ojos, el agua resbala por la boca, el timbre, “si pudiera... volver”

—Al detenerme contigo, lo he hecho dispuesto a mirarte, sólo a ti —Ojos de fuego se hinca al lado del viejo—. En verdad puedo hacer algo, algo importante,

sólo para ti —saca una cajetilla de cigarros y pone uno en los labios del viejo Santa y luego otro en su boca. Los enciende.

—No tengo sentimiento alguno, o al menos eso creo. ¿Tú qué crees, muchacho?

—Es un instante doloroso, después, nada, se acabó. Sólo tienes que decidirte, es un pequeño momento difícil, y te garantizo que tu voluntad se encargará de todo.

—Sí, sí... lo que tú digas chico, ¿puedes hacerlo por mí? Me preguntaba si podrías hacerlo por mí.

—Por supuesto, viejo, de eso estoy hablando.

Ojos de fuego vacía la botella de aguardiente sobre el viejo Santa Claus y luego, después de sonreír conmovido hasta la médula por lo que será un verdadero obsequio, le arroja su cigarro encendido. “¡Transfórmate!”. En un momento el fuego se alza como una muralla de luz que alcanza el cielo cerrado y toda la ciudad puede presenciar el eterno resplandor. Una modificación irreversible. Después sigue su descenso por el callejón, y no quiere volver a su hotel, pues hay sorpresa tras la puerta, hay sorpresa en la calle, en el aire, las fachadas y hay sorpresa en él mismo, nunca más una manifestación familiar.

—¡Avancen hasta la línea!, ¡Mirada al frente! ¡El primero: nombre y delito!

—Fabián.

—¡No escuché, marica!

—¡Soy Fabián!

¡CLICK!

Conocí a Gloria la noche de un viernes. El garaje de Embrague el negro, estaba atestado de los tipos listos de la calle. Alguien de los viejos había salido de la peni, y de eso se trataba. Ahí estaban todos: Lino y sus muchachos. El Blondy con sus funestos traficantes repartiendo “amistad” por doquier. Los allegados de Embrague, Ballard, Chico y Georgie, acompañados de sus nenitas de secundaria. Adictos de la zona que aún tuvieran forma humana para dar algo a cambio. Tontos de toda clase, verdaderos perdedores que eran capaces de llamarle “yerba” a la mota, ahí, delante de todos, y además, algunos locos policías a pago que se pensaban parte de la gran fiesta, como “el comandante Benjamín” un tipo sombrío y aterrador que poco tiempo después se haría famoso: Un buen día entró a un restaurante chino del centro justo a la hora de la comida, y sin más, sacó una escopeta del doce y comenzó a disparar en todas direcciones, y cuando se quedó sin balas, continuó con su quinceañera hasta vaciarla. Después, salió de allí, subió a su coche y esperó a que un chico terminara de limpiarle el parabrisas, le dio una propina, se alejó, y dejó en el restorán una verdadera pieza de horror. Pues llegué a la entrada con mucho ímpetu, con ganas de divertirme en serio, pero ya ahí, tuve mi momento de duda, que era comparable al momento que Jesucristo tuvo en la cruz, tan intenso y amargo, tan extraviado como un niño pequeño que camina bajo la lluvia, un extraño malestar que se movilizaba dentro de mí. Apreté la mandíbula hasta rechinar los dientes igual que siempre hago como única cura para la enfermedad, ¿qué es la enfermedad? Pasillos, rostros, domingos, terremotos, cumpleaños, jeringas, quizás, mañanas, palabras, cada una de estas cosas que son insoportables de por sí, pero pudiera ser también las tinieblas oceánicas que atestan mi contorno como hombre, no sé, no sé. Avancé. Adentro

todo era sepia, la música golpeaba directo en el estómago y las muchachas más hermosas bailaban con corazón, de modo que no había mucho que hacer, mi malestar se disipó apenas un éxtasis resbaló por mi garganta. Una espléndida rolita me llevó a una isla en el Pacífico que aceché por días hasta que una tarde con el sol hecho oro sobre mí, desembarqué de un buque de guerra. Caí de rodillas en la playa, levanté mis brazos y mi cara al cielo y no me moví esperando caer muerto de un tiro, pero la espera se prolongó y sólo me hundí en mi oscuridad, sin realmente morir. La rolita esa era una inspiración. También me encontré con dos chicas amándose contra la pared, a una la reconocí de inmediato, era mi amiga Mari, y la otra sería Gloria. Te descuidas y ya no puedes seguir moviéndote sin quitar los ojos de encima.

—Hola, bajo las estrellas —dije. Apenas se distrajeron.

Me recargué al lado de ellas para mirar su beso de cerca, su amor, por un instante, perfecto, completo, ilimitado frente a la percepción limitada del mundo en realización continua. Amorosas mutantes resueltas a olvidar la maldad de vivir exclusivamente para sí, extrañas, extrañas desde la flor de la muerte nacida en la herida abierta en mi cuerpo, en mi infancia desolada, inocente celebración, lo mismo que una cena entre amigos. Estando ahí, pude verme como el despojo alucinante que recorría las calles y glorietas de la mente vacua con el sufrimiento de un millón de seres y siglos ateridos a mis insignificantes huesos. Por un momento, me di cuenta que no era una persona, sino vacío. No sabía cómo comportarme como un ser humano a pesar de haber nacido en este planeta. Hubiera querido que me besaran, que me abrazaran, pero principalmente que

alguien me perdonara por ser lo que era. Cerré los ojos y comencé a alejarme girando sobre la pared.

—¡Ey, sidernauta! —era el tercer giro completo alrededor de la Tierra—, ¿a dónde vas? ¡Vuelve!

Me detuve, y sin abrir los ojos, regresé adherido a la pared palpitante como ectoplasma, sumergido por completo en la languidez de mi cuerpo en movimiento. Al llegar a su lado, Las dos chicas me recibieron como un solo cuerpo y me contuvieron rodeándome con sus brazos como pulpos, y al descansar sus barbillas en mi pecho me llenaron de sus sueños que eran cielos rasos, y cantos antiguos que goteaban como resina por mi tronco. En ese tiempo, dijimos todas las cosas posibles e imposibles a la percepción humana, y lo sabíamos, porque por siete horas éramos más que humanos, frágiles volutas lanzadas al viento sideral, intercomunicadas por lazos eléctricos que transmitían la experiencia de las sombras, y del espacio aparentemente vacío entre los dedos de las manos de hombres reptiles, edificaciones tales como extrañas norias giratorias incesantes visiones de los tiempos sin medida, moléculas sedientas del néctar más elemental, y entre todo eso, una arquitectura poética o poética de la verdad:

—La otra noche lo he entendido muy bien —dijo Mari susurrando las palabras.

—¿Qué has entendido, Mari? —pronuncié desde lejos.

—Que el mundo es un lugar horrible.

—¿Ahora crees eso?

—... no, no ahora, pero lo es.

Entonces nos callamos y poco a poco, de un modo imperceptible que no podía esconder la decepción, nos separamos cada uno turbado por sus propios pensamientos doloridos de falsa autocomplacencia.

“Juan cruza trotando el puente tendido por encima del Viaducto a la altura de Barragán. Baja al otro lado, en la Buenos Aires, y se pierde entre los callejones poblados de perros tristes que apenas intentan seguirlo, y jóvenes traficantes que rondan las esquinas vendiendo autopartes y piedra y mota de a cien el cuarto. Entra a un edificio y al entrar, desaparece sin dejar nada tras de sí que dé cuenta de su existencia previa a este momento, ni el color de su camisa, ni un rasgo de su cara, el color de su cabello, la sombra que lo habita, en un momento, dieciséis años desaparecen abducidos por una fuerza terrestre extraña y desconcertante. Atraviesa un enorme patio raso y alcanza las escaleras sin que nadie repare en su presencia. Sube piso tras piso sin distraerse con los departamentos abiertos, ni con la gente sucia recién levantada, con los llantos de los niños pequeños, ni con las peleas absurdas entre esposos. Sube piso tras piso atento a una sola cosa: su respiración profunda que es su única certeza de que aún existe en este planeta. Rodea la azotea, esquiva los tendederos con ropa secada al sol de media tarde, y se detiene frente a la barda orientada al Viaducto. El edificio se alza por encima de todas las demás construcciones y es posible ver desde ahí el puente que acaba de cruzar, el tráfico a vuelta de rueda, las casas de la Narvarte, el sol poniente al lado derecho encajándose en las cimas de las lujosas torres de cristal. Juan mira todo aquello sin apresurarse, resguardando los fragmentos significativos

caleidoscópicos implícitos en la hermosa palabra mexicana: Mañana. Mañana será distinto, tal vez... Desabrocha las agujetas de sus *adidas*, las afloja, saca sus pies uno a uno, se quita las calcetas, las enrolla y las mete dentro de los tenis, luego va y los acomoda muy juntos al final de la barda. De un salto se posa encima, al filo, permanece en cuclillas un momento atisbando algo incierto a la distancia, más allá de las palmeras, de los edificios, de la colonia, de lo humano. Se equilibra, y se incorpora muy lento, pensando en una semilla podrida que germina en el interior de la tierra, un tallo esbelto, dulce, de hierba que asoma por vez primera agitada por el viento de mañana será distinto, tal vez, no. De pie en la cima del mundo, Juan respira profundamente y mientras el aire inflama sus pulmones, el sol brilla en su cabello, el calor del cemento se dispersa por sus plantas, el recorrido de la vida lo atraviesa por su columna vertebral que es el alojamiento de la energía que lleva su nombre secreto, su perspectiva única quebradiza, mientras todo esto sucede, reconoce la tremenda rebelión que violenta su amor incondicional por la existencia sencilla. ¿Cómo es posible? Sólo es un chico, y aunque la barda no es más ancha de quince centímetros, camina sobre ella con los ojos cerrados..."

—Mi hermanito sólo tenía dieciséis años, era un niño —dijo Mari—. ¿Qué le pasa al mundo, por Dios?

Ya antes había pensado en ello. Pero no tenía una respuesta, y los hechos eran tan contundentes que requerirían una investigación a fondo y rápido. ¿Qué chingados le pasa a este mundo? Lo bonito de esto, era saber que había otros por ahí haciendo estas preguntas, igual, sin suerte, pero, ya veríamos, mañana, tal

vez. Cinco minutos después seguíamos callados porque aunque había muchísimo que expresar, la sintaxis nos limitaba y las palabras se escondían ante la verdad, nuestra condición límite, la muerte. Y aunque estaba seguro que era posible ir más allá, por el momento, no era yo, ni Gloria, ni Mari, el cosmonauta que cruzaría el puente entre tierras, y caminaría al borde de la comprensión haciendo ver que otro mundo, que otro cuerpo era posible. Así que cinco minutos después seguíamos callados hasta que dije:

—Vamos a la azotea a fumar.

—¿Qué?, ¿yerba? —contestó Mari.

—Sí, claro, ¿qué más?

—No, dejé eso, la yerba me aburre.

Suspiré al pensar que era una lástima, pues después de la caída, albergaba el deseo de recuperar lo más posible para ellas.

—Yo quiero ir —Gloria asomó su cabeza de la oscuridad y con somnolencia movió sus labios para decir eso que llegó a mí como un aliento suave, añorado.

Al principio Mari me miró un poquito desconcertada, pero al final no le molestó que su nenita se fuera conmigo y buscó a alguien más para pasar el rato. En cambio, Gloria estaba lista. ¿Qué era lo importante? La forma en que subimos, “quiero estar contigo”, una tensión vibrante circulaba en nuestros cuerpos, cada paso era un ascenso para siempre. La noche, el suelo mojado, y nosotros acercándonos cubiertos de una emulsión sensible a la calle y sus escondites,

sensible a cualquier cosa que nos uniera. Podía escuchar el latido de su corazón que palpitaba en la profundidad de la ciudad nocturna, de la extensión eclipsada del cielo sin estrellas, en mi propia existencia sin contornos. Así subimos. En la azotea nos abrazamos fuerte y nos dejamos estar uno dentro del otro ronroneando como gatitos, era alto y frío y maravilloso. Hundió su cara en mi cuello y sentí el hilillo de aire de su respiración rozando mi piel de ida y vuelta, entonces, quizá, la amé. Sentados en la barda con los pies colgados al vacío fumamos, y todo se deslizó a la región de lo incomunicable, como un repentino temblor en la piel, la yema de los dedos en la boca entreabierta, la fijeza de la mirada, la caída de una hoja, el rumor eléctrico de la noche, el beso que nos dimos. Nos fuimos de espaldas y cuando llegamos al piso nos quedamos quietos en esa postura abigarrada con las bocas pegadas intercambiando aliento, día y noche de nuestra época, salvajes danzas de nuestros muertos, viento gélido de la franja entre tierras... y todo lo demás, hasta el amanecer. Entonces, sin duda, la amé con la fuerza de todo lo que me rodeaba, cada cosa viva participaba de ese alumbramiento, y cada cosa viva, lo padecía también. Sin que nos diéramos cuenta se propagó la claridad del alba, el mundo era un lugar intenso teñido de amarillo resplandeciente que goteaba tras las nubes, los edificios, la lejanía inaprensible del horizonte, las almas, las personas sencillas, amantes sobre la azotea de una ratonera. Loco amor.

Domingo por la tarde. Ojos de fuego pasa por el café de Otoño y detiene el tiempo por medio de un acto especial, uno de sus recursos más efectivos: su memoria ácida desbordada en el café, éste sí es el apóstol de las causas perdidas. Se quita la playera, la deja caer al piso y desliza su torso desnudo como una serpiente que remonta los aires y de este modo inicia los primeros movimientos de su danza. Cruza el pasillo central entre la barra y los gabinetes junto a las ventanas, como un desorientado sobreviviente de la gran explosión. Su cuerpo descarnado se derrite como una pira infernal, arrastra los pies en las cenizas de la civilización, y con cada paso jala aire a través de la boca abierta, raspando su esófago despellejado en medio de un ruido burbujeante, mientras su lengua purpurea asoma por instinto y sus ojos desorbitados miran una pasión lejana que pulsa los controles dominando la realidad, el *big spirit* haciendo lo suyo. Todos ahí, empleados a tiempo completo, chulos y sus chicas adolescentes, ladrones de borrachos, vagabundos de las rutas sin retorno, presencian la grandeza de Dios. Racimos de seres humanos desnudos cuelgan de los árboles, un bosque de sexo para practicarlo de todos los modos imaginables. Un friso de tonales enfermos de necesidad pende de las paredes del salón chino de comidas. La danza y su sentimiento son una fuerte lección, y todos absolutamente tienen algo que aprender. Cuando todo acaba y Ojos de fuego pasa de largo y abandona el lugar, hay un breve momento de desconcierto, un lapso de crudeza en el que es posible mirar la naturaleza exacta del bocado clavado en el tenedor antes de llevarlo a la boca, pero al final, nada que impida a cada quien regresar a lo suyo y tragar el pedazo de comida, aparentemente, en absoluta complacencia, pero la semilla del caos está inoculada ya.

Mismo domingo. Fabián compra boletos en un cine del centro, y aparte de dos cocas lleva también a una dulce morenita prendida del brazo, un regalo del espíritu, un acierto. Tres, dos, uno, se apagan las luces. Fabián resbala su mano por el vientre duro de su nueva amiga. “Cuando toco su panza siento una leve sacudida que recorre su cuerpo, un estremecimiento, su piel reacciona y se vuelve ávida, a partir de ese momento lo único que quiero es tirármela. ¿Qué tristeza puede aparecer por aquí este domingo? Gloria recorre el respaldo de la butaca con sus dedos, veo su uñas pintadas de negro en un veloz abanico que va a detenerse en mi sexo, La suave presión de su mano a través de la tela es deliciosa. Mi pene va hinchándose a la saga de los dedos que lo recorren. El cine está casi lleno, tan sólo atrás de nosotros hay una hilera de butacas ocupadas. El baño de luz azul nos hace ver como tripulantes de una nave espacial, las butacas nos cercan de la realidad y tengo un deseo furioso de atravesarla con mi pene. La sensación de que mi acto sexual es una pieza en acción de una estilizada maquinaria cibernética, llena al límite mi noción de excitación, sin embargo, cuando Gloria frota su sexo húmedo contra el mío, separa sus nalgas para mostrarme su ano desbordante de mucosa y se clava mi sexo, es en verdad el colmo. A la luz de esas nalgas trémulas de placer contacto con nuevos espacios de mi inmensidad interior, me disparo a kilómetros a través de la experiencia y el choque frontal contra esa mole de sensaciones, es tremendo. Una iguana lame la sangre salpicada en una piedra, el culo de Gloria moviéndose espasmódicamente delante de mí, la caída del sol en la antigua Tenochtitlán, la luz azul de la pantalla, un hotel del centro frente a Lázaro Cárdenas, sus manos aferradas al respaldo pringoso de la butaca de enfrente, el fuerte olor salino que nos rodea y así hasta el

orgasmo”. Poco a poco, Fabián va concentrándose en su habitual cuerpo y al acomodarse en él, lo encuentra tembloroso, desinteresado e inmensamente triste. “Por la noche me encuentro con Ojos de fuego rondando el café de Otoño. Va caminando en la acera de enfrente en sentido contrario a mí, hay una lluvia tupida y sin embargo, ambos somos los únicos que caminamos como si fuera un día soleado. Es tal el significado para mí, que prefiero no hablarle y nos dejo seguir nuestros propios caminos de inspiración salvaje”.

—¡Avancen hasta la línea! ¡Mirada al frente! ¡El primero: nombre y delito!

—Fabián.

—¡No escuché, marica!

—¡Soy Fabián!

¡CLICK!

1997, La cocina del café de Otoño. Ojos de fuego abre la puerta del lugar empujándola con todo el cuerpo, repentinamente se detiene prolongando la acción. De su ombligo nace un manantial de hilillos luminosos que sostienen su eterna entrada, un cuadro de la gran película humana que se niega a suceder. Finalmente la tensión se rompe y Ojos de fuego entra al café seguido de Fabián. El único que parece haber visto el magnífico despliegue, es el chino Tang, porque se levanta con una sonrisa, mete dos rollos de piña en una bolsa de papel y los pone sobre la barra.

—Paga eso por mí, ¿quieres? —Fabián se adelanta buscando el dinero en el bolsillo trasero del pantalón, pero al estar frente al chino y su máscara sonriente se percata que tras la inocente situación hay un acontecimiento mucho más elaborado, y la clave de todo es la pistola que el chino empuña bajo el mostrador.

“En sus ojos veo un devorador de almas. Todas las cosas que llenan ese momento me proyectan hacia la muerte. La bolsa de pan sobre el mostrador, cada diente torcido en la boca del chino, el accidental rose de mis dedos contra mi ingle, Ojos de fuego esperando tras de mí, un vasto yermo en silencio, mi corazón erosionado por los días. El chino sabe que puede matarme y yo sé que puedo morir, sin embargo mi tristeza me sostiene en esa dimensión, y una fuerte voluptuosidad me estimula cuando me veo tirado en el piso en una grotesca postura, ensangrentado por un impacto de bala en el vientre. Ojos de fuego me rodea por el cuello con su brazo y me planta un beso en la sien. “¡despierta hermano!” Pierdo el hilo de esa lectura.

—No te preocupes, yo también tengo una.

—¿Tienes un arma?! —le digo invadido por un miedo injustificado que crece dentro de mí sin control, un miedo sobrenatural que no tiene que ver con las posibilidades que se abren al encontrar a dos tipos locos armados, o tal vez sí, de algún modo, más bien se parece al viejo miedo irracional a la oscuridad, y a las ratas, y a lo que sabemos que existe encubierto bajo las vibraciones de la civilización moderna tecnológica sedante.

—Sí, una pequeñita —al sacar la pistola de la cintura del pantalón lo hace de un modo vagamente sexual como metiendo la mano en la entrepierna y me la tiende, la lleva sin funda—, mira —la cojo de la culata, en verdad no es muy grande. Se trata de una de esas modernas todas negras como de plástico.

—¿Por qué tienes esto?

—Mejor tenerla que no —se la devuelvo y la mete en el mismo lugar.

Con todo, logro pagar los rollos y tengo el suficiente ánimo para seguir a Ojos de fuego. Apenas entro, me doy cuenta que mi vida tiene ya una nueva frontera. Una electrizante sensación corre por mis costillas, hervores y olores, la cocina del café de Otoño es un picadero. Sigo a mi guía con la devoción de un converso por la enloquecida interzona yonqui. Mientras camino entre los muebles metálicos, las cocineras vestidas de blanco, los continentes de grasa por todas partes y el vómito dejado por los anteriores iniciados, puedo evocar los diferentes *rushes* que han tenido lugar en esta catedral de la hipodérmica. Estiro mi brazo apretándolo con mi otra mano, mientras Ojos de fuego saca el aire de la jeringa, una gota de

líquido ambarino queda colgando de la aguja, la recarga en mi antebrazo para limpiarla con mi piel, la acomoda siguiendo la vena y me pincha introduciéndola lentamente, cuando la aguja entra por completo jala un poco de sangre, inmediatamente siento la cabeza perlada de un sudor frío, Ojos de fuego procede a inyectar la mierda absorto por entero en el manejo de su instrumento y con la precisión de un artesano. Pienso en la sofisticación de esta cópula entre el miembro artificial de Ojos de fuego y mi brazo, en Gloria a horcajadas sobre mí, entonces me pega en las corvas, una línea recta y de golpe comprendo la estilizada comunión de sexo y droga que se abre ante mí, y el papel decisivo de este apóstol suicida”.

La siguiente semana rondo el edificio donde Gloria vive. Todo el tiempo me encuentro excitado, las mujeres que veo en la calle me incitan rápidas fantasías que yo dirijo a placer: la empleada del *Sears* se quita la falda dejando a la vista su hermoso culo lechoso, pequeños mechones de vello negro sobresalen de sus ingles, la atraigo hacia mí y con mis uñas sigo el camino de venas trazado a lo largo y ancho de su cuerpo, sus pies ofrecen un panorama de tenues intersecciones que estimulan mi erección. La llevo a la cama y la empujo con mi cuerpo hasta recostarla y quedar encima de ella. Primero la beso con la boca cerrada, pero poco a poco voy abriéndola y utilizo mis labios como ojos, como manos, como sentimientos que la ahondan tras el aliento, tras sus visiones, su presencia ígnea. Me incorporo dejando mis manos en sus senos y la veo desde esa altura, su cabello esparcido como una mancha en la pulcritud de una sábana extensión sin nombre ni propósito ni motivo para esperar. Deslizo las bragas a lo largo de sus piernas, las flexiono sobre sus pechos y al mismo tiempo la penetro con mi pene y la pincho con una jeringuilla en una vena del pie. Veo sus ojos que se desvanecen en una marea de éxtasis y su entrega se vuelve incondicional... Finalmente, la tarde de un día nublado, Gloria aparece en una ventana del segundo piso. Ella está tras una cortina ligera que la tamiza con delicadeza, ¡sueño contigo! Tiene la cara relajada y sus labios entre abiertos emiten un mensaje cifrado: docenas de escarabajos de colores incendian el viento a su paso, y las estelas eléctricas componen el sistema de símbolos de ese extraño lenguaje. Me recargo contra la pared dispuesto a esperar, simplemente me dejo estar, y me entrego a entender. Cada una de mis células se acopla al metabolismo de esa red de comunicaciones construidas por la pálida mujer de la ventana. Entro de lleno

en una descripción desalentadora, mi diálogo interno es una fuente incontenible que reproduce detalladamente el lugar desde donde Gloria actúa, no es posible esconder nada. Entonces me derrumbo sobrecogido por una tremenda tristeza, el erial de su alma me es familiar. Un territorio en el que yo me paso los días, una pena ancestral que siempre puede saltarme encima, agujeros negros que engullen las mañanas transparentes en las que yo, o cualquiera con algo de intuición, intenta reescribir las palabras viciadas de una arquitectura ilusoria. Gloria está ahí, Ojos de fuego está ahí. ¿Quién puede saber lo que siento? Sólo mis vecinos, mis amigos, los de la región más silenciosa. Al pensar en ella mientras mira por la ventana, se me ocurre que todo es cuestión de simple resistencia, o sea que el cuerpo debe adquirir de inmediato la expresión ausente de los que padecen en privado, en silencio, esperar sin quejas el momento de volver a la vida. Salgo al descubierto, y espero a que me vea. Ella tarda un momento en darse cuenta que estoy ahí, nuestras miradas se encuentran y nos acercan. Corre la cortina y se deja ver sin decir nada, sin saludar ni sonreír, con la expresión ausente de los que... “¿en qué estoy pensando? Los sonidos de la tarde, tu voz y los colores que me tiñen, lo siento, quiero creer que sabes que te amo”.

Me sorprende saber que Gloria se pincha. Vamos en carro con Ojos de fuego, ha llovido y la gente comienza a salir a las calles de nuevo. Viajo en el asiento trasero muy feliz a causa de la excursión, llevo la ventanilla abierta y de vez en cuando me asomo con los ojos cerrados y permito que el viento humedezca mi cara y alise mi cabello y mi perspectiva distorsionada, quizá de cabeza, de las esquinas resplandecientes llenas de semáforos y extraños que esperan cruzar la calle, se aproxime al espejismo de una ciudad imposible en medio de un planeta inexplorado donde yo sea alguien más. El sonido furioso de Deep Purple y las espesas bocanadas de marihuana chorrean la calle, como el escape del coche, rastro humeante de nuestro demencial paso por la Nápoles. Ojos de fuego toma Pensilvania, disminuye la velocidad y pasa por el túnel bajo Río Becerra, a la mitad se sube a la banqueta, detiene el coche sin apagar el motor. Escucho que le pregunta a Gloria:

—¿Has probado alguna vez? —me asomo por encima de su respaldo para saber de qué hablan. Los reflejos ambarinos del alumbrado se meten por las ventanillas y el interior del coche parece amanecer con nosotros dentro como despertando a una mañana nueva. Primero creo que se refiere al bulto de su sexo, pero al seguir la costura del pantalón me topo con una jeringuilla para insulina que asoma entre su culo y el asiento.

—¿Quieres que te enseñe a ponértela? —dice Gloria fanfarroneando. Oprime el encendedor del auto y se pone el cigarrillo apagado en los labios.

Me atravieso entre ellos para cambiar la música. Expulso el CD, y meto cualquier otro en el estéreo. Cuando vuelvo a hundirme en el asiento suena un repentino rasgueo que desciende como una cascada refrescando el interior del coche, y al momento unos bajos y tambores lejanos volátiles de una forma ancestral que va aclarándose en mi mente como un sueño infantil de hermosos indios sentados a las afueras de sus tipis observando en abandono, las llanuras abiertas, cielo, aliento, río, sangre, tierra, piel y carne, sur y norte, la voz amorosa de Jim Morrison cantando: *i love you, the best...* Ojos de fuego mete el embrague y arrancamos violentamente. Cierro los ojos y respiro el aire de la noche y al mecarme en la oscuridad, caigo en cuenta de lo afortunado que soy: no hay otro lugar que valga la pena. Soy el chico en el asiento trasero, tierra desesperada, no querría hacer ninguna otra cosa ni estar en ningún otro lugar, sólo me importa viajar en auto. Todos prestamos atención al repentino click del encendedor al botarse, pero Gloria lo mira por tanto tiempo, que dudo si en verdad lo oprimió, o si conoce su función o si su quietud es una extensión de mi miedo a usar frases largas desbordantes que me descubran como un niño absolutamente inquieto e ignorante y quebrado, y así, en un momento de decisión, ella toma el encendedor y prende el cigarro con una suave y prolongada chupada y al ocultarse tras el humo, coge la jeringa del regazo de Ojos de fuego, quita el tapón con la boca y me dice:

—Cada domingo es un recordatorio de la desolación que nos acompaña desde el principio. Tal vez tú quieras probar primero, porque ya colocada, no puedo ni

conmigo —trago saliva, y me digo que ya tenía yo una idea de lo que sería acercarse a ella.

Ojos de fuego me observa por el retrovisor esperando mi respuesta. ¿Qué puedo decir? Por las mañanas al despertar pienso en ti, ¿puedo acercarme? ¿Puedo decir algo? Quiero perderme en el espíritu de este instante, convertirme en el sentimiento mismo que anima la vida dentro del automóvil, el sudor de mis amigos, sus lágrimas, su olor, los pensamientos que juegan con nosotros, ¿cuántos años tengo? La gravedad con la que vivo desde hace algún tiempo, la muerte sugerida en todo lo que hago. Gloria toma mi brazo y lo coloca con la palma vuelta hacia arriba, me besa la muñeca y permanece ahí quemándome la piel con sus labios. Una lágrima cruza por mi cara, nada puede salvarnos, me hunde la aguja en la vena y vacía la heroína...

Un intenso sabor a vainilla brota de un manantial oculto bajo mi lengua, sube por la nariz, y se riega por los canales nerviosos e inunda mi cerebro, mi identidad, la tierra fértil en mi vientre y la entrepierna. Un sistema de riego que conduce agua cálida de un lago artificial que da de beber a cada célula sedienta de mi cuerpo, y en el fondo, enterrada bajo los sedimentos, una espada candente atraviesa mi vida como una extensión de mi propia alma. Doy los primeros pasos que conducen al camino de la experiencia, dolor, una horda naciente y su tremendo grito, la señal, el volumen y la dama de la noche escondida tras la pantalla de mi lámpara. Criaturas crisálidas. Me quemo vivo y mis brazos se evaporan, semillas de piel al aire, ¡me quemo vivo!, ¿qué más? Conozco el olor de las cosas que no veo, conozco el olor al interior de tu cuerpo, haremos el viaje juntos y seré el

mensaje de la antigüedad rumbo al palacio blanco: ¡abraaan!, ¡abraaan! No lobos, no osos, no cazadores, el camino está libre. La bestia ha despertado de su sueño milenario infinitamente más enloquecida, brilla su sonido entre los árboles del bosque profundo, está dentro de mí, exhala su marea eléctrica y ahoga las calles durante la noche, está dentro de mí, lo haremos de la manera ruda. Hay estrellas en el techo de mi casa, hay estrellas en mi corazón, no tierra, no aire, en cambio, el animal multiforme seseando silencioso y permanente. Sal de detrás de las palmeras lluevita y haznos gente húmeda. Alarga la respiración, retarda el conteo, los más silenciosos sumergidos en un lago de aliento ácido, retarda el conteo y relaja el culo. Lluvita, acuéstate conmigo, ¿sí? Entérate de una vez, las cosas han comenzado a cambiar, ¡abraaan! ¡abraaan! Unos cuantos disparos para revelar en sueños, una inhalación embriagadora, tengo lo que quiero.

Estamos estacionados en el terraplén junto a un anuncio de cigarrillos. En el interior del coche nuestros cuerpos descansan amontonados, laxos uno encima del otro, abandonados a la definición del mundo en beatitud. El sonido de algún auto perdido en la interminable red de carreteras languidece en la lejanía resaltando el silencio que nos rodea. Es tan absoluto, que abro los ojos para corroborar que no soy un sueño inestable y lo que se me ocurre es hablar en voz alta. Antes de emitir alguna palabra, saboreo un suave rastro metálico, trago saliva y me sorprendo al escucharme:

—“Vi un cielo nuevo, y una tierra nueva y el mar ya no existía más”...—no sólo la aparición espontánea de esa frase arrancada de la penumbra de mi mente, me desconcierta y entristece, sino la extraña voz que sale de mi garganta, ajena a mí,

como si estuviera muerto y mi pensamiento persistiera en la reverberación del aire que contesta:

—Pero todo lo demás, seguía ahí, emitiendo débiles pulsaciones por debajo del tiempo, de los días, de las risas obligadas, todo seguía ahí encendido como una pequeña brasa en... —Ojos de fuego se interrumpe, chasquea la lengua y se vuelve a callar.

—¿Qué es todo eso que tienen en sus cabezas, muchachos? —dice Gloria recostada entre mis piernas.

—No estoy muy seguro, pregúntale a él.

—Igual es un misterio para mí —contesto.

—¡Qué sea un misterio entonces! Dulce como el truco de sacar un conejo de la chistera o alzar la vista y verlo con su rabito brillando en la luna llena. ¡Hey, chicos!, tengo la boca seca, deberíamos ir a tomar algo —dice Gloria recostada entre mis piernas.

—Eso está bien, tomemos algo —dice Ojos de fuego incorporándose, le da marcha al motor y los limpiadores se mueven de un lado a otro borrando el empañado. Dice algo más que no alcanzo a escuchar y apenas arranca en reversa se estrella con algo.

No tenemos tiempo de sobresaltarnos, un coche patrulla nos bloquea el paso y sus luces rojas y azules se suceden sin interrupción desorientándome. ¡Pon las manos en el volante!, ¡salgan despacio!, y toda esa mierda. Los policías esperan a

que bajemos del coche con sus pistolas listas a trabajar. Pongo un pie afuera con las manos tras la cabeza, y antes de salir por completo volteo a ver a mis amigos animado por una sensación ominosa, un sentimiento premonitorio y funesto. Gloria empuja la otra portezuela dejando su mano impresa en el cristal empañado, me da la espalda para sacar las piernas, pero antes de salir, quizá contagiada por mi presentimiento, voltea también, y en el tiempo que tarda en parpadear, percibo algo manifiesto en su semblante que termina por ser un misterio. Ella se va, y la huella de su mano permanece en el vidrio como una señal, un símbolo definitivo de nuestro paso por el mundo, la prueba breve de que en algún lapso entre el parpadeo de esta hermosa chica drogada inmaculada, nos hemos solidificado, nos hicimos una partícula imprescindible de la era que también termina. Grabo su imagen detalladamente sin poder descifrar aquello expresado en la exactitud del signo humano, y mientras salgo del coche y me encuentro con la cara confiada y sonriente de Ojos de fuego, la repaso muchas veces en mi cabeza tratando, tratando muy duro de apropiarme de ese contenido. Avanzo hacia los policías con los miembros todavía adormecidos, las luces insistentes, las órdenes gritadas, la inquietud provocada por lo que no logro entender, un recorrido de pesadilla que se quiebra bruscamente con las detonaciones repetidas de decenas de cabronas balas que cruzan por todas partes. Me lanzo al piso y ruedo en el intento por escabullirme. Ojos de fuego está plantado frente a los policías y dispara su pistola como un asesino a sueldo del viejo Oeste, y éstos, responden a fuego cruzado. Aún con la prioridad de seleccionar sólo la información utilitaria para cumplir el propósito primordial de mantenerme con vida en este planeta determinado, alcanzo a establecer las diferencias sustanciales entre Marte y la Tierra, y es en

verdad un pensamiento tan extraño en medio de la travesía por la experiencia desbordante, que me pregunto quién soy, y eso se queda girando en mi cabeza hasta darme cuenta de que, incluso sabiendo que la aceleración originada por la gravedad en la Tierra es de  $9,81\text{m/s}^2$ , que si la historia del planeta fuera contada en un día, dos segundos antes de la media noche, el ser humano haría su aparición, que el óxido de hierro es el causante de la apariencia rojiza de Marte, no consigo saber quién soy. Quizá por eso busco a Gloria, en un intento por descifrarla, y con suerte, encontrar un lugar para mí en lo expuesto por su última mirada. “Quién o qué soy a la espera de la muerte”. Pero no la logro ver. En algún momento escucho una ráfaga potente y prolongada que resplandece unos segundos, y luego me quedo quieto a la espera de la siguiente detonación que nunca llega, en cambio se abre un silencio denso, y el olor a pólvora y sangre anega el entorno con su pestilencia a muerte.

—¡Avancen hasta la línea!, ¡Mirada al frente! ¡El primero: nombre y delito!

—Fabián.

—¡No escuché, marica!

—¡Soy Fabián!

¡CLICK!

Después de la fotografía avanzamos lenta, lánguidamente. El pasillo es extenso y poco iluminado. Nos flanquean un grupo de enfermeros y un guardia uniformado que grita órdenes.

—¡Alto! —La fila se detiene— ¡Flanco derecho! —torpemente cada uno nos giramos y quedamos frente al guardia—. La institución los ve como enfermos, pero en cuanto a mí, son unos pinches drogadictos ojetes, y así los voy a tratar —dicho esto, abre una puerta delante de nosotros que hace un sonido atronador, nos obligan a entrar uno a uno y luego la cierran y nos abandonan en la terrible soledad de diez desconocidos.

—¿Cómo estás hoy?

—Creo que bien, ¿puede alcanzarme la medicina doctor?

Si uno empieza a ver círculos verdes dando vueltas en el techo, y escucha pegadito a la oreja el cascabel de una serpiente, es un buen momento para echar un preciso y minucioso vistazo a la laguna. Los árboles podrían haberse calcinado, el agua podría ser un tóxico devora lenguas, un salto al pomo de cápsulas, ¡qué turbio! Prolongado sonido felino. ¡Crack! Es verdad que mi cabeza se ha partido como acrílico, las vitrinas están vacías pues sus nenas han muerto en el aserradero. Mi paladar es... ¡Qué sorpresa! La gorda hija de la chingada que ha venido los últimos días a inyectarme hace su aparición:

—Dame un minuto... ¡ey, dame sólo un minuto!, ¡por favor!, ¡por favor!, ¡dame un minuto perra hija de puta!, ¡suéltame!, ¡suéltame!

Los colmillos me han crecido y soy terriblemente feliz. Afuera hay un jardín muy grande y justo en mi ventana, hay un manzano. Todos los días un imbécil trepa con mucho cuidado embelesado por el milagro de redondez y color. Avanza unos cuantos centímetros, una hora, otro centímetro, una eternidad. Entonces la manzana cae al césped y el tipo no busca otra, quiere exactamente la que cayó. De vuelta unos centímetros, horas, todo el numerito. Al final, decide que no quiere la chingada fruta y la deja ahí tirada en el pasto doliéndome en la cara... ¿no es extraño el mundo?

Las luces se apagan a las ocho. Después de eso no puedes hacer otra cosa que acostarte. Es por mucho, el peor momento del día, ni siquiera la hora de la medicación forzada se aproxima. La lección es simple y se aprende de inmediato, sin regateos, no hay manera de esconder el bulto. Diariamente viene a la cabeza la misma pregunta mientras te sofocas esposado a la cama en la oscuridad de la galera, y no encuentras refugio en tu propio cuerpo para protegerte del frío, porque el frío proviene de tus huesos que son un iceberg sumergido en las corrientes septentrionales que ocultan las verdades ardientes detrás de las paredes, la vieja quemadura fría, la vieja indefensión de la mente sin televisión, sin música, sin libros, sin sexo, sin prozac, sin ni madres que te distraiga de la existencia desnuda. Aquí, nadie conoce el tamaño de sus huevos hasta quedar a oscuras esposado a la cama en esta galera. Entonces, vuelvo a lo mismo de siempre: ¿Quién soy a la espera de la muerte? El niño acurrucado en posición fetal que aprieta los párpados y la mandíbula para contener el desbordamiento de la verdad contada mediante los actos crudos de todos los días sin importancia, el sujeto sentado en la cama con una bata blanca corta que deja ver su desnudes por la parte de atrás, gelatina verde limón, las preguntas de los inteligentes hombres de blanco, irreprochables gordos ufanos de su propia amputación.

—¿Tienes idea de lo que pasó con la chica?

—Gloria, es Gloria.

—Sí, bien, ¿Sabes lo que pasó con ella?

—¿Por qué me preguntan todos los días las mismas cosas? Les he dicho una y otra vez que después de salir del coche no la pude ver más, no más. Todo aquello era... confuso.

—Mira, hijo, te voy a ser franco. La muchacha vino una vez, a visitarte, pero estabas sedado, de cualquier forma no podía entrar a verte, sólo se permiten visitas después de cierto tiempo, así son las cosas.

—¿Sedado?, ¡¿sedado?! Pero...

Una hermosa mujer sale de su casa por la tarde, se dirige al Centro para ir a la tienda de León que es un establecimiento de antigüedades. Hay piezas lascivas, vírgenes descalzas fornicando con el pequeño Jesús, el sagrado corazón es un hígado de res, Lázaro apesta de tan muerto, resplandecientes escaleras orientales que llevan a las puertas del paraíso, que es un pantano putrefacto, un millón de cabrones asesinos invitados al festín, así es siempre. León recibe a la mujer con una sonrisa cómplice, y la conduce por pasillos atestados de toda esta variedad de bellezas de nuestra imaginación perturbada, la hace pasar a una habitación en penumbra, cierra la puerta tras de sí dándole muchas vueltas a una antigua llave de cobre, y espera un tiempo a que sus ojos se adapten a la oscuridad.

—Volvió —la mujer asiente con la cabeza—. Me complace. ¿Está lista, entonces?

—Sí.

León abre la puerta de una pieza excepcional, la doncella de hierro que es una bomba orgásmica para la mujer.

—Adelante —ella se para frente al sarcófago, extiende el brazo para tocar con la mano los clavos punzantes, oxidados de la recámara. Se da vuelta y se mete de espaldas acoplándose a la forma humana en el interior reducido de aquel compartimiento, se recarga en las puntas afiladas y gira las manos hacia delante mostrando las palmas, una herida pequeña mana sangre en su mano derecha, entonces, León cierra la puerta sobre ella.

¡Aaaah! Al poco tiempo la alfombra adquiere una textura líquida, rojo espeso, y un vistazo basta para darse cuenta que de un orificio en la base del artefacto, corre un hilo constante de sangre.

Un chingado ángel afeminado ha venido a cortarme la cabeza mientras el sol inicia la batalla y sangra malherido antes de ser devorado para no volver.

Rojos espesos: la chica de la mini floreada traspasa la línea amarilla, la chica de la mini floreada partida en dos en las vías del metro. ¿Qué pasó?, ¡¿qué pasó?!

—¡Cielito, qué rica estás!, ¿lo quieres?, ¿lo quieres?

Su cabecita no funciona así amigo. La hermosa mujer, algo maltrecha por la noche de Nuremberg no tiene ningún interés en la verga de su marido. Así es, y no tiene nada que ver contigo hombre. Callada y con los ojos en blanco tiene una visión: un niño despierta a media noche, y completamente adormilado, le habla a

su padre sobre una extraña forma de manejarse. El padre no comprende que el niño está medio dormido, sufriendo pesadillas de cielo e infierno.

—¿Así que quieres cogerte a tu madre? ¡Ven aquí cabroncito! —y lo encierra en el refri. Prepara un café y sale al patio a beberlo. Entonces presencia un obsequio maravilloso del espíritu, su propio nacimiento en medio de la noche, en medio de su jardín, crisálidas...

—¡Métemelo, hijo!, ¡métemelo! —el tipo que acaba de ser elegido para entenderlo todo, todas las cosas, primero tiene que caer de una muy seria altura. Encuentra a su mujer en cuclillas ofreciendo el culo a su pequeño. Catorce años después pienso en eso obligado por este loquero de mierda, y entiendo, con una horrible certeza, que lo importante de toda esa basura es el grandioso descubrimiento que hice, hallé un hormiguero en mi propio culo.

Rojo espeso: estoy en un cuarto blanco colgado de la proteína y no puedo, ¡no puedo! Hablo por teléfono y nadie contesta, es normal, pues sólo yo vivo allí. Ella lavó mi ropa una vez, lo aprecio. En el mar yace la memoria de un cuerpo amado, una nave que parte una y otra vez sin llegar a perderse jamás en el horizonte, siempre a la vista, un sentimiento brutal, asesino. ¡Contesta! Anda, ¡contesta! Es normal, pues sólo yo vivo allí. Rojo espeso: Gloria salió del Café de Otoño mordisqueando un pan de hachís. Lo llevaba en la mano sin envoltorio igual que haría una niña, y con cada mordida, se llenaba las comisuras de los labios con boronas. Estaba en otra parte diferente a la ciudad, aunque en su recorrido atravesara calles sin preocuparse de los autos, y tropezara con personas

incapaces de mirar a los ojos y pronunciar las palabras pensadas, sagradas en las repetidas epifanías que nos hacen más que humanos, indómitos vagabundos, pequeños enclaustrados de cabeza en un pozo oscuro, que es lo mismo. Estaba en otra parte, corriendo descalza entre animales de colores en el bosque profundo, la estación de metro Etiopía. La chica de la mini floreada traspasa la línea amarilla, la chica de la mini floreada... ya conoces lo demás, está muerta y yo la amaba.

Me dejaron solo en una amplia oficina donde todo era blancura intensa, el piso, el techo, las paredes, todo era blanco, pero además había una intensidad envolvente de la que no existía forma de ocultarse, el lugar era simplemente brillante. Había una gran mesa en el centro que dividía la habitación por la mitad, de un lado había una silla que supuse era para mí, y del otro, cuatro más bordeaban a lo largo. Al fondo, enmarcando la mesa, se alzaba la ventana más grande que yo hubiera visto en todo el hospital. Aunque enrejada, era magnífica, era la fuente de luz que yo había notado al entrar. Como no había nada que hacer, me acerqué. La ventana daba a la entrada principal del instituto. Afuera hacía un día soleado, y las mariposas revoloteaban alrededor de las familias que habían venido en un perfecto día de visita. Todos, internos incluidos, lucían muy bien a la luz de una nueva mañana. Antes me habían permitido bañarme y me habían dado ropa limpia más o menos aceptable, aunque seguía en pantuflas. Con todo tan... saludable, igual no pude resistir la tentación de un viejo hábito: robar un insignificante bolígrafo que estaba sobre la mesa. Lo tomé y lo metí dentro de los calzones. En eso estaba cuando abrieron la puerta detrás de mí.

Entraron cuatro personas, tres de los viejos doctores conocidos enfundados en sus inesperadas batas blancas, pero también venía con ellos una mujer joven que vestía con ropa hermosa de calle, un coordinado ligero con pantalón y zapatillas bajas abiertas que dejaban sus pies desnudos a la vista. Seguro era linda, y no sólo porque era una nueva mañana con mariposas jugueteando en el jardín, o porque yo tenía un bolígrafo que me permitiría llenar algunas hojas con todos los adefesios de mi imaginación clarividente, o tal vez, clavárselo en un ojo a la puta enfermera que me mantuvo colgado sin piedad, o mejor no, pues ya era tarde para eso y yo estaba limpio como un recién nacido, así que ella era linda por sí misma. Me quedé al lado de la ventana sin saber que hacer por varios segundos, pero el buen doctor Cano, me condujo amablemente a la silla solitaria delante de la mesa. Una vez que me senté, ellos ocuparon sus lugares frente a mí. Sonreían y revisaban documentos y de vez en vez me echaban una miradita y continuaban leyendo. En un momento el doctor Cano buscó algo en la mesa, vio debajo de los papeles y luego en el bolsillo de la camisa, entonces supe de que se trataba, pero me mantuve tranquilo con los brazos relajados sobre mi regazo mientras miraba más allá de ellos, a la distancia a través de la ventana.

—¿Alguien tendrá una pluma para prestarme? —sus colegas rebuscaron y por fin alguien le tendió una y se puso a escribir sobre sus hojas. Me había salido con la mía.

—¿Podría tener un cigarro? —pregunté.

—Sí, por supuesto —contestó el doctor Cano distraído en lo suyo. Y como nadie hacía nada dije:

—Bueno, alguien tendrá que invitarme —alzaron la vista de sus papeles al mismo tiempo y en dos segundos nadie hizo el menor gesto.

—¡Por Dios, alguien dele un cigarrillo! —dijo el doc. Todos se hurgaron en los bolsillos de las batas y camisas y por fin un doctor de cabello alborotado sacó un paquete de Marlboro y lo deslizó por la mesa. Tomé el paquete, retiré un cigarrillo, lo puse en mi boca, y regresé la cajetilla del mismo modo.

—Quédate con ellos.

—¡Ah, pues muchas gracias! —luego me quedé con el cigarrillo seco pegado a mi labio inferior—. Disculpen —todos voltearon de nuevo—, no tengo fuego —la hermosa mujer sonrió, busco en su bolso y se adelantó por sobre la mesa para prenderme el cigarrillo en la boca. Al acercarnos la olí aspirando suavemente sin quitarle la vista de encima, entonces el doctor Cano preguntó si estaban listos, y todos contestaron que lo estaban.

—¿Y tú? —dijo la mujer mientras se volvía a acomodar en la silla —. ¿Estás listo, Fabián? —no esperaba eso. Lo que hice fue sonreír y dejar que pasara, pero ella insistió de un modo que parecía interesada de verdad—. Fabián, ¿cómo te sientes para esto?

—¿Quién es usted? —le pregunté mirándola directo a los ojos a través del humo de mi cigarro.

—Es la doctora Romero —intervino el doc, y ella sonrió y hubiera apostado que me tendería la mano, pero claro, era demasiado—. Viene de la Procuraduría, nos va a acompañar en esta sesión —en todo ese tiempo ella me sostuvo la mirada sin asomo de agresión, se sentía cómoda, en control—. Es importante que le contestes todas sus preguntas, lo más... sinceramente posible, ¿entiendes? —había una súplica velada que me hizo comprender que era mejor para todos que aquello saliera bien.

—Bueno, estoy listo entonces, dispare —dije, cruzando la pierna y adoptando la pose de un estúpido actor famoso frente a una periodista joven y bonita.

—Quería saber cómo te sentías con esto.

—¿A qué se refiere?, ¿qué con esto?

—¿No sabes por qué estamos acá el día de hoy?

—Nooo.

Fue algo imperceptible en sus labios, digamos, una especie de tensión que jaló ligeramente las comisuras hacía bajo, un detalle ínfimo que hubiera pasado desapercibido en la fila del cine, pero para entonces, era un gesto significativo para mí, un rastro de la humanidad vulnerable dentro de todos nosotros, la fragilidad y la mentira, algo así como sangre para tiburones.

—¿Cómo es posible que no esté enterado? —dijo dirigiéndose al grupo. Hubo un silencio tenso en el que todos se miraron entre sí—. ¿Por qué nadie le explicó?

No entiendo si es una práctica recurrente o fue un descuido, imperdonable por cierto, todo interno tiene el derecho de prepararse para estas entrevistas.

—Por supuesto, doctora, es una situación aislada, no es nuestra forma de operar. Fabián —fingí toda mi atención al doctor—, la semana pasada cumpliste tres años con nosotros, inmediatamente, por derecho, se abre un proceso de liberación que atraviesa por muchas etapas y puede o no concluir con tu libertad. Depende de tus avances, y por eso es necesaria una rigurosa valoración diagnóstica. Para eso estamos aquí. Los doctores... —bla bla bla. En resumidas cuentas me tenían que soltar, pero antes me iban a hacer pagar por ello—... ¿está claro?, ¿tienes alguna pregunta?

—No lo creo. Sigamos adelante.

—Bien, entonces, yo quería saber cómo te sentías ante la posibilidad de salir —reanudó la doctora—, recuerda que acá no hay respuestas correctas o incorrectas, habla con libertad.

Mierda. Había permanecido en silencio mucho tiempo, pues el silencio era una respuesta ante todo lo que aparecía figurado como, “¿quién soy a la espera de la muerte?”, o “la oportunidad de un acechador es un momento contenido en el rictus extraño en los labios de una joven doctora”. A primera vista todo el mundo está cuerdo y quiere competir, que ella, la doctora, estuviera ahí para valorar mis avances, era una muestra de lo desorientada que estaba la humanidad. ¡Por Dios! No había avances, y yo no quería competir en ningún dominio humano. Mi respuesta libre era entonces, el silencio interior.

—Me siento... —le di la última calada a la colilla y la aplasté en la suela de mis pantuflas—. ¿Y si calláramos y nos viéramos todos a los ojos por un tiempo? —el doc, enarcó las cejas y suspiró—, no sé, quince minutos tal vez, y luego me podrían llevar a desayunar, hablo de un desayuno en forma y no la basura que sirven aquí.

—¿Es eso lo que quieres?, ¿por qué?

—Porque quizá ustedes puedan sacar algo en claro no sólo sobre mí, sino sobre... nosotros, todos. Yo no puedo decirles ni siquiera cómo me siento respecto a usar pantuflas todos los días.

—¿Te molesta usar pantuflas?

—¡Pues claro!, pero ese no es el punto, lo que quiero decir es que yo no... ni ustedes en esta mesa son capaces en realidad de expresar el torbellino que se desboca dentro de nosotros llamándonos con palabras agitadas que agotan el aliento. Creí que, si en verdad le interesaba saber, podríamos hallar un momento de honestidad.

—¿Te sientes deshonesto de alguna manera? —los doctores escribieron algo en sus hojas, y luego me miraron al mismo tiempo esperando mi respuesta como un sincronizado ballet.

Entonces dejé de intentarlo. A partir de ese momento me concentré en una sola cosa: llenar el techo vacío con relatos creados mediante horribles frases extenuantes incapaces de apuntalar cualquier edificio construido para retener el

aliento. Para el doctor Cano fue un alivio que todo volviera a su curso normal, donde yo era un enfermo en rehabilitación que mostraba un manejo razonable de habilidades sociales, y eso era un avance aquí o en la china, así que alcanzó para que al final de la sesión, la doctora Romero me diera la mano al despedirse y casi me besara, además de asegurar, que en cuanto a ella, no veía ningún problema para darme de alta en un par de semanas. Después me volvieron a dejar solo, pero esta vez, no me acerqué a la ventana, me quedé sentado, oliendo la mano que la doctora me había estrechado.

Abro los ojos una mañana muy temprano y decido ir en busca de mi mujer. Un grandioso mar de destellos dorados y mil sirenas que me esperan sobre acantilados únicos y solitarios. No hay modo, dejo la ciudad sitiada por la angustia del extravío. Enfilo hacia el norte y sigo el vasto camino de carreteras desiertas, las huellas dejadas por otros que también se perdieron en la espesura de la tristeza viento gélido bajo la piel del misterio rodante sin dirección, sigo la esperanza de que más allá del sol exista la tregua que facilite los encuentros fortuitos sin desconfianza entre todas las especies, ¿de qué hablas? La verdad es que vivo de mentiras, la clase de mentiras que sólo engañan a unos pocos tontos, por supuesto, yo incluido. Todo, porque ahora veo que la amo y la necesito y la única verdad simple es que no sé cómo estar delante de ella, y amar. Así empiezo a andar y a la vuelta del sol, me encuentro con este tipo en un merendero de carretera secundaria que no lleva a ningún lugar, donde camioneros beben café y comen bistecs con papas fritas mientras le dicen que no a toda clase de vendedores y pedigüeños y mal vivientes que tratan de ganar un peso. E igual estoy sentado mirando a través de la ventana y dejo enfriar una taza de café fuertísimo que me hace temblar, mientras recibo con una sonrisa a todo el que se acerca a mi mesa, incluyendo niños hermosos mexicanos de ojos confiados que tratan de vender algo o simplemente talonearme como es debido, y casi siempre saco una moneda pues me encanta compartir mi riqueza que en realidad no es mía y es poca, muy poca, hasta que llega este tipo con una manera de interpelarme que empieza más o menos así:

—Disculpa hermano, no quiero molestar, ¿puedes regalarme unos minutos?

—No me molestas, pero no tengo dinero para darte, si de todas formas quieres esos minutos, siéntate.

—¡Chinga tu madre!

¡Ah! qué pérdida de tiempo, ¿de qué otra forma podría ser? Él no conoce su propia necesidad de mí, pues nunca antes me ha visto, y tampoco puede saber la escasa práctica que tengo para estar frente a alguien en sinceridad. Hay una llave que puede abrir todas las puertas en todos los tiempos y espacios al mismo tiempo, y a veces brilla por un momento bajo nuestros pies. Nadie quiere algo verdadero, puras mamadas inservibles. Pago la cuenta y salgo al atardecer. La carretera sube serpenteando por el monte y me animo a caminar por la cuneta devorada por la maleza que nunca se detiene. Al poco tiempo entro en calor y dentro de la chamarra estoy sudando. Sin ninguna razón, levanto una rama larga que me encuentro por ahí y la podo sin dejar de caminar. Adelante veo un perro que se aproxima con esa manera suya de andar a saltitos que los hace parecer felices. Se detiene a oler un matorral, orina, y luego sigue adelante, y esto lo puede hacer por kilómetros, pero de pronto sus ojos se encuentran conmigo, disminuye la velocidad, y al ver la vara que llevo en las manos, entonces sí que entra en pánico, contrae la columna vertebral, baja la cabeza y trata de escapar al otro lado de la carretera sin fijarse en los autos que pasan a velocidad, y entonces soy yo quien entra en pánico ante la posibilidad de que lo atropellen. Él sabe que esa vara no tiene ninguna otra utilidad que lastimarlo, y no importa que yo me crea un viejo indio recorriendo el bosque con su cayado ritual en la mano, “¡ey, vuelve, no quiero hacerte daño!” Pero es inútil, su experiencia con seres humanos es

abrumadora. Los encuentros del día me entristecen, personas y animales quebrantados por la violencia rapaz liberada por el dolor. Abro los ojos una mañana muy temprano y decido ir en busca de mi mujer, pero la verdad es que no quiero sufrir. La perdí porque ser la totalidad de mí, no es suficiente, y frente a eso no sé qué más hacer. ¿A quién le gustan las personas y los animales salvajes y dignos que miran de frente sin bajar la cabeza? Me contento al verlo alejarse sano y salvo como dicen, y volver a sus ocupaciones de perro. Guía mis pasos, Señor de los perros y las ramas y los locos perdidos en las carreteras sin fin, guía mis pasos.

En algún momento me doy cuenta que es de noche. No tengo idea de cuánto tiempo llevo caminando en la oscuridad, repitiendo tres palabras que son las luces encendidas que me orientan pero que en el mismo momento de percatarme que ando en las tinieblas, simplemente olvido, olvido, olvido. Es como despertar dentro de un sueño. Escucho mi respiración en medio del silencio vasto que cubre la nada, no estoy ni remotamente situado, “¿dónde quedó la carretera?” La noche se extiende por todas partes cercando mis nociones acerca de cualquier cosa, mi comprensión limitada de lo que me rodea se rompe ante la lobreguez desbordante inundada del olor a tierra y hierba mojada. Me dejo caer para buscar cobijo. Hundo las manos en el lodo y me embarro la cara y luego me muevo a gatas, pero no como un torpe sujeto perdido en el bosque, más bien elástico, sutil y próximo a la tristeza. Siento que debo prescindir de mis ojos, pero en vez de arrancármelos, los cierro y sigo. Después estoy sentado con las piernas cruzadas y la espalda muy derecha recargada en un tronco tratando de ahuyentar a los mosquitos. Pero

poco antes, mientras aún avanzaba como león de montaña, sentí miedo, una reacción que no respondía a la oscuridad necesariamente, sino que provenía de la vieja tierra bajo mi cuerpo, y también de mi propio cuerpo extraño balanceándose en la noche tal como un cúmulo de huesos y sangre e insondables compartimentos que era mejor no abrir. Pues tengo visiones de la maldad que ronda “esto está lleno de demonios de otras eras” y luego, “es posible, pero bajo el árbol no hay nadie más que tú” lo que me lleva a la siguiente declaración de guerra hecha en pleno descenso de la temperatura: “por todos los poderes que me envisten como antiguo, presente, y futuro poblador de este mundo, me declaro en resistencia y en estado de guerra permanente contra la locura civilizatoria, la vida ligera, autocomplaciente y oportunista que reblandece el espíritu, los hechos de sangre acumulados en la historia de la conquista de las almas, y los que siguen al fin del mundo.” Entonces, la temperatura baja hasta cero, creo, y me obligo a permanecer quieto contando respiraciones una tras otra hasta invertir la cuenta y así tantas veces de modo que cuando llego a un millón doscientas treinta y tres, empieza a clarear por fin. Con el sol alzándose tras las montañas, el frío emerge de la tierra y sube por mis huesos, pero nada se compara con la vieja quemadura fría que proviene de un lugar localizado en los márgenes de mi propio río subterráneo que trasmina sangre en toda mi cueva-cuerpo, pero de todas formas tiritó sin control. Abro los ojos por primera vez, y veo el tronco ancho que se bifurca y luego se multiplica en las innumerables ramas que forman la copa amplia sobre mí, el mágico árbol que me protegió durante el viaje. La luz se filtra a través de los brotes y hojas como figuritas temblorosas que descienden cálidamente en mi nariz. No siento las piernas, y sí, la nariz y las manos congeladas, empiezan a

entrar en calor. ¡Qué bonita es la mañana cuando se está solo, y se es un sobreviviente de la noche! Ya todo se abre y se renueva y los pájaros llevan horas cantando en toda la cañada. Me masajeo las piernas. Poco a poco la sangre vuelve a correr con un hormigueo desesperante pero al fin es de día y eso prueba que soy más que un chico de ciudad de esos a los que les cuesta mucho crecer. En cambio, he caminado tanto, que vuelvo a ser el del principio, el del principio de mis tiempos, asustadizo siempre, pero también, un regordete encantador capaz de enfrentar con dignidad todo el abuso de una época terrible de adultos infantiles y pueriles muertos de hambre que no saben cuándo parar. ¿Quiénes heredarán el mundo?, y, ¿qué mundo será ese? Descubro que la carretera no había desaparecido en realidad, y con caminar unos cuantos metros vuelvo a estar en camino y con suerte podré tener un desayuno antes del mediodía.

Estoy comiendo unos chilaquiles verdes con un buen bistec encima aunque estos últimos días me han hecho pensar que tal vez debiera hacerme vegetariano. Mastico en silencio con la boca cerrada y trato de ser educado frente a la mujer y su hijo con quienes comparto la mesa. Ella me invitó y lo que sucedió fue más o menos así:

Andaba mirando las flores amarillas en el camino y de tanto en tanto me detenía para olerlas y examinarlas de cerca y luego alzaba la vista para asegurarme de que el cielo seguía sobre mi cabeza azul infinito sin nubes, y el viento levantaba hojas pequeñas y polvo que flotaba entre los árboles expuesto por los rayos de sol que se hundían como flechas que abrían rutas misteriosas entre las edificaciones orgánicas y profundas del bosque. Estaba tan feliz vagando

por ahí, que de pronto echaba carreritas de doscientos o trescientos metros sólo para sentir mi cuerpo en el desplazamiento y el esfuerzo y el sudor caliente como si fuera un caballito de pradera. Y en esas cosas estaba cuando una camioneta pasó a mi lado siguiendo la curva natural del cráter, pero se acercó tanto que me alcanzó en el hombro con el espejo y me hizo trastabillar hasta que me resbalé y caí por la cuneta tan estrepitosamente como si en realidad me hubiera embestido. Me quedé entre la hierba mojada con los ojos cerrados, inmóvil como si estuviera dormido o muerto y esta última idea me hizo cruzar los brazos sobre la panza y quedarme ahí dispuesto a echar una siestecita. Tan pronto como lo pensé, hubo un cambio de luz que percibí tras los párpados, como si el día se hubiera nublado, entonces abrí los ojos y me encontré con dos sombras que se aproximaban a mi cara, siluetas humanoides que bien podrían ser alienígenas que experimentaban con mi cuerpo en una plancha metálica de un laboratorio en una nave nodriza.

—¿Estás bien? —dijo una voz de mujer—, ¿puedes moverte?

—Será mejor que no se mueva señor —dijo una voz de niña, en un tono muy profesional.

—Estoy bien, sólo me tomo un descansito, gracias.

—Nosotros vimos todo, ya antes venía zigzagueando, no nos dejaba pasar desde varios kilómetros atrás —me incorporé y puse la mano como visera y así vi que se trataba de una mujer joven de treinta y tantos y la niña no lo era en realidad, sino un chico regordete no mayor a diez años que me tendió la mano para ayudarme a levantar. Me dio un jalón firme que me elevó en vilo.

—¡Eh, qué fuerte estas! —dije sonriendo.

—Entonces, ¿está bien? —respondió él.

—Podemos llevarte a un doctor si crees que lo necesitas.

—No, por ahora ya he pagado mi cuota de sufrimiento. Mejor será vagabundear por ahí a cielo abierto y si puedo, comer algo, eso me gustaría de verdad, ¿ustedes saben de algún lugar próximo? —se miraron y luego la mujer dijo:

—A unos pocos kilómetros hay un pueblo, podemos llevarte, si quieres podríamos comer juntos, nosotros también tenemos que comer y nos gustaría invitarte, ¿qué te parece?

Acepté. Bajamos por el valle a una velocidad nada despreciable, quién sabe cuánto hubiera tardado por mi cuenta, sólo en bajar el cerro. Me acomodé en el asiento trasero de una buena camioneta Ford que tomaba las curvas a más de cien absolutamente estable. Durante gran parte del trayecto tuve que aguantar la mirada fija del chico por el retrovisor. La mujer hablaba de mil cosas que yo apenas seguía con un “sí, claro” o un “mmh, ya ve como son las cosas” pero en realidad me interesaba poco. Abrí la ventanilla y me puse a disfrutar de un paseo gratis, mientras descansaba el cuerpo y trataba de imponer mi naturaleza sencillamente humana al escudriño infantil que, de verdad puede ser intenso y severo y sólo Dios sabe las conclusiones a las que puede llegar.

—¿Dónde has estado, chico? —preguntó la mujer después de un silencio en el que me descuidé lo suficiente como para perder el ritmo de mis respuestas encubiertas.

—Ya sabe, un poco por todos lados, ¿qué quiere saber?

—No es eso, se trata más bien de lo que quieras decir —guardé silencio un poco, suficiente para engancharme a un pensamiento fugaz, una espiral eléctrica, una serpiente que remontaba el espacio vacío en mi cabeza hueca. Me adelanté entre los respaldos delanteros.

—¿Cómo se llama?, ¿podría llamarla por su nombre?

—Rebeca —dijo mirándome por el rabillo del ojo—, y él es Tomtom, se llama Tomás pero, ya sabes.

—Bien, Rebeca, Tomtom, tengo muchas cosas que decir, pero no me gusta perder el tiempo. ¿Están listos de verdad, para esto?

—¡Wuuu! Parece que tienes algo importante que decir, estoy intrigada. Estoy lista —Tomtom asintió con una sonrisita.

—”Si las puertas de la percepción quedaran depuradas, todo se habría de mostrar al hombre tal como es: infinito” —empecé con timidez, midiendo el impacto de mis palabras, y como vi que las cosas iban bien, seguí—. Todos somos potencialmente inteligencia libre, esto es, que cada persona es capaz en todo momento de recordar todo lo que le ha sucedido y también de percibir todo cuanto acontece en el universo, sin embargo, la función del cerebro, el sistema

nervioso y los sentidos, es selectiva. La premisa básica del ser vivo es, por supuesto, sobrevivir. Así que nuestra percepción está condicionada a esa reducida información factible de ser prácticamente útil para sobrevivir en este planeta determinado, de manera que una mar de información queda fuera de nuestro alcance —y una vez dicho esto ya no pude parar, cerré los ojos y despegué—. Es una libélula es una libélula es una gran hada puta y gorda y mentirosa ¡Qué reviente! Dices que me amas y mi sangre pelea desde mi interior dices que me amas por un beso pienso que ha sido algo especial te recompensaré ¡¡Oohh!! Lluve tu humedad en una pequeña y nocturna avenida expansión del espacio te extraño te extraño ¡actívate! Respiración autónoma constante e ininterrumpida hasta la muerte Gloria es una muchacha hermosa Gloria es una muchacha hermosa de cabello largo a la espera de algo nuevo Toma un taxi y llora apretando los dientes: todo lo que hay es agua de manera que anda corta de planes en la bañera móvil “No voy no voy no voy” la calle duele todas las calles “¿te llamas?” “nunca lo olvides” “¿cómo?” “ hoy es mi día de suerte... y” toca el vidrio empañado y sus dedos recogen la humedad nace el frío como una verdadera sanguijuela hija de puta y le chupa los senos y el vientre y el hermoso culo “¿Adónde te llevo?” la misma mano se la lleva a los labios entreabiertos “Mejor no hablamos no hablamos dame una chupada” y Gloria abre sus piernas en la emisión hay violeta abrasador calor calor un beso largo “¿Adónde te llevo?” ¡Rómpeme los huesos! ¡pruébame! ¡ahhh! Gloria sopla una noche con brillos de luciérnagas con ganas de estar loca los de la bañera se necesitan imperiosamente Gloria vuelve a la calle respirando despacio todo está bien la vida misma la vida misma

Y aunque podía seguir indefinidamente sin pausas, de pronto abrí los ojos y volví a ocupar mi lugar en el asiento trasero. El silencio en este caso era liviano, ni Rebeca ni su hijo estaban desconcertados. Condujeron en silencio el resto del camino, pero en ningún momento me pareció que hubiera abierto una caja de pandora enloquecida que los pusiera en peligro, nunca había sido mi intención. Solamente era un muchacho nervioso que esperaba lograr comunicarse sin reparos, pero a veces la gente no quería saber la verdad, o simplemente se sentía al margen, así que mi preferencia los últimos tiempos era correr en la carretera y resguardarme en mi propia ternura, esa que podía sentir al amanecer. Llegamos a un poblado de unos mil habitantes que eran demasiados para mí, había bares y hoteles y una gasolinera al filo de la carretera. Gente extraña en su lentitud al ver correr el día y a los forasteros decepcionados por la falta de albercas. Todo ese paisaje en silencio. Y fue así como llegue a este restaurante en el que ahora como chilaquiles con bistec y mástico con parsimonia pues me parece que mis amigos han tenido suficiente de mí por hoy. Después sólo hemos hablado cosas sencillas y prácticas que tienen que ver con el almuerzo, como “qué rico está” “me pasas la cátsup” o “¡no me había dado cuenta cuanta hambre tenía!” pero de pronto ella me toma de la mano y dice:

—Quiero que te quede claro que apreciamos todo lo que has dicho. Eres un buen tipo, algo taciturno y dispuesto a los problemas, si me lo preguntas. Sólo necesitas que alguien te quiera.

—¿Y tú? —le digo sin retirar la mano.

—Todos necesitamos que alguien nos quiera.

Cuando me asomo a ver los indicios de los enormes acontecimientos de aquellos que me rodean, veo, en sus rostros secos, en sus ojos anhelantes, en sus pasos seguros al dirigirse a la estación del metro, en los cruces de miradas, las bolsas de pan en las manos apretadas, que efectivamente, hay algo más que la gente necesita además de comer, o comprar un vestido bonito, o un auto. Pero nadie escucha, nadie tiene tiempo para abandonar su propia ruina por un momento y ver qué pasa.

—Es cierto, es cierto —dice el chico—. Nunca habíamos encontrado a alguien como tú, que quisiera hablar cosas importantes.

—Es tierra sagrada —dice Rebeca.

—¿Qué cosa es tierra sagrada? —contesto.

—Tu alma, tu honradez. Te agradecemos de verdad —suelta mi mano y vuelve a su plato como si tal cosa.

—Yo tengo una última cosa que decir —dejan de comer y me ponen atención—, solamente quería darles las gracias por todo —asienten al mismo tiempo, sonrían, y regresan a su comida sin decir una sola palabra más.

Después, Rebeca me pregunta si no quiero un trabajo, y me cuenta que tiene conocidos en el pueblo. Entonces me lleva a una taberna sombría y me presenta con Lauro quien es el dueño y cantinero. Y finalmente acordamos un sueldo con comidas y hospedaje y me dice que debo empezar al día siguiente, lo que me

agrada mucho pues me deja el resto de la tarde libre para callejear por ahí. Al atardecer estamos en el estacionamiento recargados en su auto con los pies en el parachoques. Tomtom se ha retrasado un poco en el baño del “Nuevo Amanecer”.

—Quiero fumar, voy por unos cigarros —dice Rebeca.

—Espera —meto la mano en el bolsillo del pantalón y saco la cajetilla arrugada y casi vacía que me obsequiaron en el instituto. Se la paso. Busco un encendedor entre mis ropas, pero no tengo. Ella sí. Se pone dos cigarros en la boca y los enciende acunando la llama, me pasa uno mientras tose un poco.

—¿De dónde eres? —dice exhalando el humo.

—Del defe.

—¡Qué cielo tan extraño!, ¿habías visto uno parecido en la ciudad? —alzo la vista. El sol es un punto amarillo que se hunde en el horizonte derramando un resplandor anaranjado que desgarras las nubes hasta alcanzar las que están encima de nuestras cabezas y más allá de la azuleidad de mi memoria exacta del mundo. Contemplo el paisaje abierto y nuestras siluetas brillantes teñidas de rojo y pienso en la soledad del desierto en Marte, y lo que pienso es que el viento que arrastra la arena roja también es rojo igual que la soledad que termina por inundar el corazón inoculándose por las fosas nasales y la boca y los ojos aun cerrados y los poros de la piel extensión sin fin de mi cuerpo expuesto.

—El cielo es extraño en todas partes —digo. Rebeca voltea a mirarme y fuma y luego dice:

—Debes saber que tienes una cara hermosa, perfecta de una manera, es una suerte, una suerte, deléitate con eso, quiero decir, no sólo por eso, pero en verdad es un don.

—¿Qué podría hacer con ello?

—Entrar a todas las fiestas por la puerta principal, si entiendes lo que digo.

—¿Entrar a las fiestas por la puerta principal?

—Ya sabes lo que dicen, hay quien nunca es invitado y tiene que colarse por la ventana como un ladrón, en cambio tú, siempre serás un invitado a la fiesta de la vida.

—¿Te gusto? —ella asiente. Deslizo mi mano por encima de la cajuela hasta ponerla al lado de la suya apenas rozándole—. Puedo... estar cerca de ti, si es lo que quieres. Tal vez ir a algún lugar juntos y ver qué pasa.

—Gracias. Sería bonito, pero no todo debe terminar así ¿no?

—Qué sé yo. No es un favor, yo quiero si tú quieres.

—Lo sé y por eso agradezco. No ahora, no ahora.

Tomtom sale del bar brillando los últimos rayos de sol en su cabello claro. Se acerca y yo retiro la mano.

—Estoy listo amigos —dice frente a nosotros a contraluz.

Boto el cigarrillo por ahí y alzo los brazos para estirarme dando un bostezo profundo, entonces ambos me abrazan al mismo tiempo como si fuera parte de su

familia. Tomtom me abre la mano y entrelaza la suya regordeta, y me mira desde abajo con esa sonrisita suya y un poco de cariño, creo, y Rebeca se pone a escribir su dirección en un volante y me hace prometer que pasaré por ahí.

—Claro, somos familia, ¿no? —digo.

—Somos familia —dicen.

Se suben a su auto y me quedo en el estacionamiento encendido a la luz del atardecer mientras ellos levantan una nube de polvo y toman la carretera hacia el norte. Entonces levanto mi mano y la sostengo ahí hasta que no puedo verlos más.

Muchas veces, al atardecer, Lauro cruza al otro lado de la carretera con un gran plato de guisados y una cesta con tortillas blancas suaves recién hechas. Y yo dejo lo que esté haciendo para verlo adentrarse al fondo de la vereda donde hay unas pocas construcciones en obra negra, y detenerse al lado de un *Datsun* destartado quizá de principios de los ochentas estacionado frente a una puerta empotrada hecha de tarimas de carga que al llamar a puntapiés, se tambalea a punto de caer. Al poco tiempo, sale este sujeto que suele pasarse por el bar a beber unos cuantos anises y que ya había llamado mi atención desde la primera vez que lo vi por dos razones: ser extranjero, y por presentarse en un frac negro arrugado y sucio, zapatos de charol sin calcetines y unos ray ban que no se quita ni en el interior del local. Y entonces Lauro le da la comida y platican un rato y luego se separan, el tipo vuelve a su casa desvencijada y Lauro vuelve por la misma vereda y cruza la carretera y yo vuelvo a barrer la entrada o a limpiar vidrios o lo que sea. Así que hoy, Lauro me llama y me dice que tiene un encargo para mí. Que vaya a buscar al “americano” y me quede con él y haga lo que me diga por el resto del día. Ahí estoy gritando a la puerta del americano hasta que éste sale con un maletín negro de piel y mientras me saluda sonriente diciéndome hijito y Fabiancito, me pasa el maletín y se adelanta para subirse al *Datsun*.

—Ándale hijito, súbete, vamos lejos —dice dando marcha al motor.

Abro la portezuela sin preguntar nada, y me encuentro que no hay asientos salvo el del chofer. Una cubeta de pintura invertida es el único asiento en la parte trasera. El piso está carcomido por el óxido y hay en el centro un agujero de unos sesenta centímetros de diámetro por el que se puede ver la arena. Me subo y

meto las piernas descaradamente en el hoyo, cierro la puerta, y me quedo de pie sobre la tierra con mi cuerpo encogido dentro del coche con la mirada a la distancia más allá del parabrisas como una broma, El americano sonrío y entonces me acomodo en la cubeta, subo los pies, los apoyo al borde de la chapa oxidada y me sujeto del respaldo del asiento del chofer y del techo. Poco a poco salimos de la terracería dando saltos y cuando tomamos la carretera apenas acelera un poco más. Primero creo que va ir aumentando la velocidad conforme nos terminemos de incorporar, pero veinte minutos después me doy cuenta que es toda la velocidad que desplegaremos el día de hoy. Puedo ver por el agujero a mis pies la línea blanca intermitente pintada en el centro de la carretera y por las ventanas que son bolsas transparentes que se abomban con el aire, los cactus permanentes en mi visión por tanto tiempo que podría dibujarlos a detalle. Durante dos horas no decimos nada importante, apenas pregunto un par de veces a dónde vamos, y “el americano” únicamente me dice que ya vamos a llegar, y la siguiente vez lo mismo. Vamos a llegar a un lugar indeterminado que tal vez no aparece en los mapas ni en los cruces de caminos y bien pensado no exista en el tiempo ni en el espacio determinado por el aleteo de un colibrí. Un lugar donde las cosas no se quiebren y haya que repararlas, donde sea posible descansar y hablar de los sueños, los que tratan del hogar en el que se fue niño, y se esperaba reposado en una camita caliente la llegada de la madre ausente. Un lugar donde el vapor se eleve por la mañana temprano antes de amanecer y tiña de púrpura la brisa suave que apenas sopla sobre el valle, y nadie, absolutamente nadie, tenga que envejecer sin dignidad, y de pronto morir sin ningún sentido, sin despedidas ni abrazos, ni la algarabía de un montón de niños que corren al

derredor de un banquete entre amigos que celebran la sencillez de las historias compartidas en los susurros de la noche profunda. Y si de pronto el viejo Datsun cruzara por debajo de un humilde arco hecho de madera labrada levantado al inicio de una terracería cualquiera, una señal apenas significativa que representara la trascendencia de toda la vida pasada, toda la dura peregrinación por el camino del dolor que cada uno ha recorrido hasta ese punto en el cual, al traspasar, nos liberáramos por siempre de nuestros propios encadenamientos, así, sabría que hemos llegado. Pues pasamos cabeceando por debajo de este arco rústico a una ranchería sin nombre, y después de por lo menos dos kilómetros hacia el interior del desierto por un angosto camino de tierra y piedras vamos encontrando una que otra casita en medio de la nada, pero conforme avanzamos las casas se aglomeran, pero no tanto como un pueblo, y la gente comienza a salir al encuentro del Datsun que se bambolea como un barco y saludan y algunas personas y niños incluso hasta corren tras el coche, no hay nada como eso, la extraña bienvenida, el recibimiento sin reservas, la fascinación todavía posible en los ojos de ciertos pobladores del mundo. ¿Por qué economizar amabilidad? Seguimos un poco más, y finalmente nos detenemos frente a una construcción maravillosa de madera que parece un enorme granero pero que es, en cada detalle, una verdadera belleza.

—Llegamos Fabiancito —dice el americano, apagando el motor.

Salimos del coche y la gente nos rodea y saluda dándonos la mano con una leve inclinación y sonrían muchísimo, todo el tiempo mientras el americano me presenta como “Fabiancito” su secretario. Nos encaminan al granero, entonces

veo la entrada detenidamente. Se trata de una base de piedra sobre la que descansa esta edificación de madera como una cabaña. Tiene un amplio porche con arcos y columnas labradas y el marco de la puerta y los postigos entintados con un verde botella están grabados con motivos arbóreos y nubes en las que flotan ángeles con sus trompetas celestiales que abren el cielo con estertor, y cruces de todos tamaños y entonces escucho con claridad que le llaman padre al americano y lo volteo a ver y él me mira tras sus ray ban de piloto de la segunda guerra mundial y dice:

—Es una técnica originaria del norte de Europa, Vasco de Quiroga la difundió en Michoacán, este edificio no es una réplica, es original y fue traído aquí piedra por piedra, viga por viga, desde Michoacán. Es hermosísimo, ¿verdad?

—Sí, lo es. ¿Usted es sacerdote?

—Dame la maleta, ¿quieres? Ya estamos un poco tarde.

Le paso el maletín y lo sigo al interior del granero que resulta ser una especie de sala de usos múltiples y en un altar improvisado se coloca un alzacuello plástico y con su frac negro queda listo para officiar una misa sencilla y bonita porque por primera vez pongo atención intrigado por lo que el americano tiene que decir acerca de nuestra condición de seres abrumados por la densidad del sufrimiento, porque la gente canta canciones hermosas en sus palabras de fe y hay bastantes flores imposibles de hallar y olores frescos y niños bañados con el agua escasa del desierto y muchas, muchas sonrisas fáciles que responden a mi interés oculto: ver si en verdad una ceremonia de este tipo es capaz de brindar

consuelo. Y ya voy comprendiendo la idea de iglesia como comunidad y fuerza que se propaga a cada miembro a partir de la pertenencia a la tierra.

*—... y si tuviera profecía y entendiera todos los misterios y toda ciencia y si tuviese toda la fe de manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy —estoy sentado en primera fila en unas sillitas plegadizas y pienso en el americano que todos los días se pasa por el “Amanecer” y se bebe no menos de tres anises con todos los hombres que vuelven del campo—. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser, las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos y en parte profetizamos, más cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará.*

Y al escuchar todo eso, se me apetece leerlo por mí mismo y también me gustaría saber el verdadero nombre del predicador. Al terminar la misa la gente se saluda y se abrazan entre sí con una sonrisa diáfana igual que si no se conocieran, se felicitan y al sacerdote como en una boda, mientras él guarda su copa dorada, sus frasquitos de vidrio y sus obleas que son el Cristo transustanciado y la gente acomoda todo para una comida frugal con tortillas blancas gigantes en su circular deformidad, y entonces el cura me dice que vaya al coche por la cerveza que trajo y yo le pido las llaves.

—Descuida, sólo pateas fuerte la cajuela por debajo de la chapa.

Salgo del granero y respiro el aire frío de las profundidades más allá del desierto que se arremolina en el pueblo, y de pronto, “más allá” me parece tan

lejos que de seguro es una demarcación abandonada dentro de mí. Doy una fuerte patada en la cajuela y no se abre. Casi todo lo que está dentro de mi está lejos, muy lejos, exactamente igual a lo que veo cuando me paro frente al desierto. Pateo otra vez, la puerta se alza de un solo movimiento y revota un par de veces en el tope antes de volver a caer. Tengo que levantarla con las manos y sostenerla pues no se fija. Miro el interior de la cajuela, busco algo con que atorar la puerta, pero antes de eso me encuentro un buen barril de cerveza, seguro, una donación del “Amanecer”. Un mango de escoba sirve, así puedo coger el barril. Al volver, la gente me recibe como un héroe de guerra. Dejo el barril junto a la comida mientras me palmean la espalda y me aplauden y los niños pequeños me tocan los brazos, y entre la multitud unas manos me tienden un plato de comida y un jarrito con cerveza espumosa no tan fría. Empiezo a comer y me dejo sonreír y con ello entreabro una puerta que sin permitirme ver nada del otro lado, me sugiere que estoy encerrado en alguna habitación de mi fortaleza impenetrable, tal vez tapiado tras los ladrillos pesados bloques de angustia dolorida. ¿Dónde estoy? ¿En dónde exactamente estoy atrapado? En contra de mi costumbre de devorar todo lo que está delante de mí, como lento, mastico once veces y sólo trago cuando no hay nada sólido en mi boca.

—¿Entiendes la situación? —me dice el padre de pronto.

—Escuche padre, ¿cómo se llama usted?

—Acá me conocen como el americano o el gringo, aunque no soy nada de eso, en realidad soy escocés.

—¡Ah!... nunca lo imaginé. Pero, ¿querría decirme su nombre real?

—Veamos... el nombre que buscas es Malcom, a estas alturas he tenido otros ya, es un nombre viejo, de otras épocas, ahora mismo apenas puedo reconocerme con él —y sin más vuelve a preguntar—. ¿Entiendes la situación?

—¿Cuál situación?

—¡Pues toda! —contesta mirando a todas partes.

—Bueno, aunque ha sido muy raro, todo, principalmente que usted... bueno, sea sacerdote, pues me parece que no hay mucho que entender.

—No, todavía no lo entiendes —sonríe y se va a convivir con la gente.

Termino mi comida y al tratar de dejar el plato vacío en la mesa me dan otro igual que el anterior.

—¡No no, ya he comido suficiente!

—¡Come, come! —dicen todos, así que hago lo que puedo y lo hago sin mortificarme demasiado.

Al final, volvemos al coche seguidos por todo el pueblo, y como yo cargo el barril vacío, Malcom lleva por sí mismo su maletín. Las despedidas son largas y efusivas y de pronto se abre un pasillo entre la gente y una chica se aproxima con una lata por delante y se la tiende a Malcom. Él agradece y la toma y agradece de nuevo mientras yo pateo la portezuela y hago el número completo para regresar el

barril a la cajuela. Malcom pasa a mi lado rumbo al asiento del conductor, me da la lata.

—Lleva esto y cuida que no se vaya por el hoyo.

Ocupo mi lugar. Nos vamos a trompicones por la vereda que nos llevará a la carretera. La lata tiene muchas monedas y billetes de baja denominación que saltan con cada bache, la sostengo en verdad preocupado porque se me vaya a escapar por el agujero del piso. Empiezo a cabecear, el frío traspasa las bolsas-ventanas y eso me ayuda a mantenerme despierto a pesar de la oscuridad apenas horadada por nuestros faros mortecinos.

—¿Quieres contar cuánto es?

—¿Ahora mismo?

—Sí, cuéntalo —lo hago y me tardo horas y al fin llego cerca de los trescientos pesos.

—Trescientos pesos —le digo, y completo el faltante en la lata.

—Bien. No te podía dejar dormir aquí hijito, hubiera sido peligroso.

—Entiendo.

—El truco es luchar con todo.

—¿Mmhh?

—Luchar, hijo, luchar con todo lo que se tiene, aplicarse —me parece que está hablando de algo más que quedarse dormido.

—¿Usted ha luchado?

—¿Qué?

—Dice que hay que luchar, le pregunto si usted ha luchado.

—Bueno, sí, sí que he luchado.

—¿Contra qué? —insisto. Se acomoda en el asiento y me mira por el retrovisor desplegándose como silencio.

Llegamos muy tarde. Sale de la carretera y se detiene al principio del camino que lleva a su casa.

—Anda, hijito, ya llegamos.

—Sí, gracias, ponga esto entre sus piernas si no lo perderá en el abismo —le tiendo la latita.

—No, Fabián, es para ti, llévala y úsalo bonito.

—¿Para mí?, ¿por qué?

—Sólo llévala, acéptalo y ya, ¡por Dios!

Me bajo del coche, él se despide y arranca. Veamos: hay luchas y cosas contra las cuales luchar, y éstas pueden ser los bloques rancios de mi fortaleza levantada en una región llamada “más allá”, o podría ser el más allá denso al otro lado del camino en el que se pierden las luces rojas del coche destartado de Malcom mientras yo estoy al filo con una lata llena de dinero en la mano. Claro que no entiendo ninguna situación.

El Amanecer abre a las doce del día. Y desde ese momento no se para de servir tragos y comidas a unos pocos congregados que aparecen por ahí apenas encarnados, fantasmas sibilantes que persisten en su intento por reescribir unas líneas más sobre los pasajes idos, la reinención de la memoria, y yo estoy desde el inicio, lavado y a punto, igual que un médico internista, listo a diagnosticar y recetar. Muchas mañanas atajo por el rancho “el salvaje” para llegar desde donde me alojo a la cantina, y recibir a tiempo a todos aquellos itinerantes dementes que vuelven antes del despertar definitivo. No tengo idea de la extensión total del rancho, pero no he de recorrer más de dos kilómetros en una línea recta que atraviesa en diagonal por un extremo del terreno para llegar a la carretera. Paso cerca de una noria antigua en desuso, hay toda un área abierta en la cual placen los cascarones oxidados de muchas piezas de maquinaria agrícola, y casi siempre encuentro gente trabajando por ahí, cavando, llevando cosas de un lado a otro, o tratando de hacer funcionar uno de estos monstruos mecánicos. Hace unos días, vi a lo lejos a un hombre solitario, hincado entre la maleza segándola a golpes de machete. Mantenía un ritmo lento pero continuo, alzaba su brazo y lo dejaba caer pesado asestando un tajo que hacía saltar la hierba como luces de artificio. Al irme acercando me di cuenta de que se trataba de un hombre muy mayor, un viejecito que tiritaba con el viento.

—¡Hey, buenos días! —grité. El hombre dejó de trabajar y se fue dando la vuelta con lentitud para ver quién le llamaba.

—¡Buenos días, patrón! —contestó al verme mientras se ponía de pie con mucho trabajo.

—Buenos días —repetí inclinando la cabeza—. Voy por aquí de paso, voy hacia la carretera, trabajo en “el amanecer”, ¿lo conoce?

—Sí, sí lo conozco, es un lugar viejo, no como yo, pero tiene su tiempito.

—Me llamo Fabián, ¿cómo se llama usted?

—Soy don Rito, patrón —dijo quitándose el sombrero.

—No me diga patrón, don Rito, soy un trabajador como usted.

—No, no puedo patrón, es que eso no es así. Yo soy una piedra, una piedra antigua que siempre ha estado en esta tierra, y usted es claro que viene de mundo, que es un joven educado —intenté replicar, él sólo levantó la mano negando con la cabeza—. Ni hablar patrón, mire, el sol ya está en lo alto, véngase a echar un taco conmigo, ¡ándele, patrón, venga!

Eran las doce, tenía que llegar, pero me quedé. Don Rito se alejó unos treinta metros hasta un árbol solitario y de entre las ramas cogió un envoltorio y se volvió con él hasta donde yo lo esperaba. Lo seguí a la noria y antes de sentarnos por ahí, cerca, desenterró un guaje de una porción de tierra húmeda al derredor, y también lo trajo consigo. Un par de cazuelitas de peltre, pequeñas como juguetes, y una servilleta de algodón que envolvía una pila de tortillas blancas enormes, aparecieron cuando desanudó un paliacate rojo raído. Todo eso era su almuerzo. Entonces comimos al aire libre unos guisados hermosos que me hicieron llorar la humildad de mi vida a cielo abierto, piedra antigua que fortalecía mi fe, el convite. Y luego, me dio de beber del guaje, un líquido fresco y espeso

que sabía a maíz y era delicado y mi cuerpo recibía con naturalidad. Mientras comíamos miré el sombrero cubriendo su rostro enjuto, su cuerpo ceñido bajo la ropa, y unos zapatos viejos, remiendo sobre remiendo, de los que asomaban sus tobillos secos, entonces recordé un par de zapatos que no pensaba usar.

—Usted calza como del nueve, ¿verdad, don Rito?

—No sé patrón, puede ser —puse mi pie al lado del suyo.

—Yo creo que calzamos igual, ¿usted qué cree? —bajó la vista y se quedó mirando nuestros pies reflexionando con gravedad.

—Puede ser patrón, puede ser —dijo, y luego levantó la vista y la fijó en la franja verde a la distancia y por un momento permaneció solo, olvidado de mi existencia que comenzó a diluirse hasta ser el viento que mecía la hierba, hasta ser una mirada entreverada en la maleza, hasta la desaparición. En cuanto don Rito chasqueó la lengua y comenzó a hablar, me sentí completado de nuevo, ocupando un espacio mediante el cuerpo calmo sentado al lado de la noria. Y así terminamos el almuerzo y nos despedimos y cuando yo ya había comenzado a andar, don Rito gritó:

—¡No olvides volver! —y se dio la vuelta con lentitud para regresar a la espesura.

Estoy del otro lado de una valla alta de herrería francesa como la de un viejo panteón del siglo XIX. Miro la tierra negra reblandecida por la lluvia, y sin más, se me ocurre la solución a un gran dilema y me escucho decir:

—La única forma de hacer esto es que cada uno ponga una buena cantidad de dinero.

Alzo la vista de la tierra y me encuentro rodeado por una multitud que refleja en sus rostros el resplandor de un fuego ardiente fuera de mi vista. Todo el mundo se muestra de acuerdo con mi propuesta y comienzan a sacar de entre sus ropas gordos fajos de dinero que me alargan y que yo tomo e intento guardar en todos mis bolsillos hasta que no caben y empiezo a rellenar mi chaqueta al grado de que los billetes sobresalen por el cuello y las mangas y aunque siento un poco de temor de mí mismo, por encontrarme en tal estado de ansiedad, cargo con todo el dinero que puedo llevar.

A simple vista no encuentro a don Rito por ningún lado. No me atrevo a gritar, espero con mi bolsa de plástico entre los brazos. No hay viento, no hay una sola vibración, nada se mueve bajo el cielo limpio sin nubes. ¿Dónde es arriba?

—¡Patrón, estoy aquí! —don Rito me llama por debajo de un tractor—. ¡Venga, acompáñeme! —me asomo, y termino deslizándome—, ¡Pásele! Recuéstese, se está muy bien aquí a estas horas de sol.

—Lo vine a buscar don Rito —gateo y me acuesto a su lado—, le traje un obsequio —digo mostrando la bolsa, él no dice nada al respecto y me habla del calor, y del pasado y el fin del respeto, de sus achaques, y así. Por fin se calla, y nos quedamos viendo la panza oxidada del tractor, y de la nada:

—Y dígame patrón, ¿de qué se trata ese obsequio que dice usted?

—¡Ah!, pues mire... salgamos de aquí, venga —nos arrastramos llenándonos de polvo y ya afuera le doy la bolsa. Él la abre y echa un ojito dentro—. Venga acá, vamos a sentarnos para que se los pruebe.

Más tarde, de algún modo, llevo a todo el que pudo pagar, al espacio exterior. Ahí estamos sin arriba ni abajo, sin cerca ni lejos, en la inmensidad del frío espacial sin cuerpo trémulo ni mente paralela, sólo un darse cuenta, una percepción resplandeciente en la eternidad. Esperamos en el silencio sideral que es absoluto, que es nada, que es una marca intensa de nuestra presencia expandida. Entonces la vemos, la pequeña nave estelar que flota a la deriva como un barco fantasma. Podemos verla viajar en el abandono de la nada, pero también, el interior en penumbra, apenas iluminado por barras de luz vacilante colocadas a lo largo de los pasillos, o en los camarotes, en la sala de descanso o en el puente de control desierto, espacios enigmáticos en su existencia independiente de lo humano. El *Curiosity* vaga por la senda espacial abandonado a sí mismo en las estrellas y las velocidades negras, y lo que la gente me había pagado, era la reconstrucción, en retrospectiva, paso a paso, de la tragedia de los tripulantes, y para mí eso no representaba ningún problema, siendo éter primordial. Un acontecimiento que se ajusta en la secuencia de los hechos humanos desde la mente cósmica. Todo había sido organizado para que sucediera de ese modo. Los astronautas habían muerto en la oscuridad congelada de la no forma al fallar el cable de alimentación de todos los comandos indispensables para ser ejecutados y generar la vida dentro de la nave. Con el desarrollo de la historia, nacimiento, vida y muerte de cada hombre pusilánime o

no tanto, cada sino que permanece como polvo en las entrañas del útero primigenio tierra negra reblandecida por la lluvia, la palabra, experiencia que se apaga y desaparece frente a nuestras narices, los pasos impetuosos de un bebé, los recuerdos y sueños y vaho y enfermedades ocultas tras las puertas, ¿quién está oculto tras las puertas? La ruta del descubrimiento como mariposas que planean por encima de las hojas de árboles frondosos atravesados por los rayos del sol, el cáncer latente que espera agazapado en las células enfermas para arruinar la fiesta, cada descripción es una pieza del rompecabezas de mi memoria, la memoria humana, la historia multiforme un millón de veces contada, piezas de una experiencia que remonta, que recorre, entonces entiendo, y así mismo nuestro, que la tragedia del *Curiosity* es parte de un elaborado proyecto tramado en el solar cósmico de la mente perenne, el ser humano multiplicado en el tiempo muerto, nada, vacío del sopor perpetuo, y ese hombre es cada uno de los cosmonautas desaparecidos, y al mismo tiempo soy yo, y Dios, y el sujeto que ajustó el cable de la vida para que fallara una vez la nave estuviera fuera de órbita. El hombre más humilde de la agencia, un anciano insignificante en la escala de los hombres prolijos y heroicos y útiles, el hombre de la limpieza. Y seguimos viendo, y al mirar resulta evidente que este anciano que ha burlado el sofisticado y complejo sistema de vigilancia, un viejito que ha preparado el cable para librar al universo de la presencia humana a punto de descubrir el origen de todas las cosas, es sólo un hombre amoroso que lo que más anhela es a su esposa enferma. ¿Qué quieres que escriba?, dime, ¿qué quieres que haga?, dime, Así volvemos a la imaginación de la palabra.

Caminamos hacia la noria y nos sentamos en el mismo sitio donde la primera vez. Me hincó delante de él, le desamarro las agüetas una a una, le quito los zapatos y le calzo los nuevos.

—¡Eh!, ¿qué le parece, don Rito?

—No pus ora sí, parece que ando entre nubes.

Sin darme cuenta hago la cosa más estúpida: cojo sus zapatos viejos y los arrojo a la maleza. Don Rito sólo agradece y agradece y yo como un idiota me siento muy bien por la acción reluciente que acabo de realizar. Él se despide y me dice que tiene que volver al trabajo y que lo dispense de verdad. Pues me despido yo también y tomo mi camino, pero unos pasos después, volteo.

El anciano aguarda de pie delante de un moderno escritorio de cristal, en una elegante oficina del piso cuarenta y dos del edificio más importante del mundo. Un hombre entra a la oficina y se dirige al escritorio en silencio. Toma asiento, mira por la ventana un momento, y luego clava la mirada en el anciano. Éste comienza a hablar, habla por más de diez minutos acerca de su esposa enferma, y en todo ese tiempo no es interrumpido ni una sola vez por el hombre. Cuando el anciano dice todo lo que necesita, simplemente se calla. Después de un silencio largo, tanto que la luz intensa del atardecer cruza los cristales y comienza a subir por las piernas del anciano barriendo todo su cuerpo, y cuando llega a la cara y lo deslumbra y éste parpadea perplejo, el hombre dice:

—No es imprescindible.

La luz se diluye dejando en la oscuridad el brillo agitado de los ojos del anciano. ¿Qué tengo que hacer?, ¿qué quieres de mí?, ¡dime! “Escucha: lo que tú quieras para ti”. Estamos de nuevo en el panteón. La gente se congrega a mi alrededor cabizbaja, pensativa. Poco a poco empiezan a dispersarse, se van, y en un periodo de veinte minutos, me quedo solo.

Don Rito se aleja hacia la maleza con sus pasos cortos. Busca entre la hierba por un buen tiempo hasta que recoge algo que no veo a la distancia, y luego sigue buscando y termina por recoger algo más que acaricia como a un gatito. Me parece que mientras se dirige a la noria, ¿habla?, con lo que sea que trae en los brazos. Y entonces lo sé: ¡Dios, sus zapatos viejos! Los lleva a la noria donde la tierra es blanda y húmeda y negra hermosa, ahí cava un hoyo y los entierra, porque para él, todo, cada cosa que nos acompaña, es imprescindible.

Hace varias noches que despierto de madrugada. Sólo despierto, sin aviso, sin sudor, sin pesadillas de por medio, emerjo como un chorro de agua que brota de pronto de una veta profunda bajo un volcán. Ni siquiera abro los ojos, me quedo quieto, atento, escudriño en mi respiración mientras me deshago en la penumbra. Nada, algo indefinido que prevalece en movimiento, todo cambia, nada. La vejiga me arde. Me levanto a orinar. Tengo que salir al frío amanecer y rodear el silo para sacármela y mear como es debido echando vapor que se eleva y congela y desaparece. Muy arriba, una franja luminosa gaseosa cruza el cielo, bajo la vía láctea. Vuelvo adentro, y me recuesto. Incomunicado. No estoy completo. Aún falta para que amanezca. Me resigno a vagar confortablemente en la densidad purpúrea de la madrugada. Una expansión sin palabras conocidas de por medio, tal como la multiforma de Dios, cachorro tierno, manchón de luz en el cielo cerrado, secretos, silencio, altamar. No muevo un músculo, desactivado al grado de no ocupar espacio mediante el cuerpo obligado a existir.

Camino siguiendo el trazado del campo de trigo. Voy por fuera, en el margen entre dos extensiones sembradas, con mi chaqueta al hombro y unos lentes increíbles que me hacen ver como un insecto y que planeo no quitarme nunca. Hay una brisa suave que refresca y mueve el trigo escalonadamente como si el campo fuera un inmenso mar dorado y el viento recorriera la superficie sin llegar a abarcarlo nunca. Las espigas brillan por las puntas como cirios titubeantes, me detengo para mirar el oleaje incendiario que remonta en calma el horizonte, las montañas lejanas, el abrir y cerrar de ojos de una manada de bisontes sobrevivientes a las glaciaciones, mis brazos tatuados, el tejón que pasa a mi

lado sin apuro ni miedo por mi presencia perpleja, diletante, la carencia, el despropósito, todo lo que he dicho, lo que he destruido, no importa, el cereal se mueve. El tejón sigue adelante por el sendero y unos metros más allá se zambulle en el campo. Me parece el tipo más listo y simpático que pueda haber, y no veo como no unírmele. Dejo la chaqueta en el camino, me saco las botas con todo y calcetas, luego el pantalón y la playera. Cuando estoy a punto de lanzarme, pienso que es vergonzoso chapotear en calzoncillos y tal vez con lentes, pero como ya he decidido permanecer el resto de mi vida pareciendo un insecto, y además, es posible que en las profundidades puedan adquirir alguna utilidad inesperada, no me entrometo más con las gafas, en cuanto a los calzoncillos: ¡fuera! El sol dora mi cuerpo desnudo arrastrado en la superficie encendida por la corriente que me aleja del inicio hacia las inexploradas soledades náuticas. No hay necesidad ni emulación, sólo el flujo tranquilo de mi desobediencia. Al flotar en la vastedad calma de las mieses, con la mente abierta como una llave de agua que desborda, respiro un pensamiento que se crea palabra por palabra, cada signo representa una imagen experimentada en algún segmento más allá de mi propia línea de la vida, una inspiración abundante, ubicua, siempre activa. Entonces soy un viejo que ha vivido demasiado tiempo y que ha visto cosas increíbles como estrellas fugaces, hojas ocres libres en su descenso al césped donde duermen las víctimas de los actos violentos concebidos en las entrañas de la tierra, la herencia de sangre y sufrimiento que esta madre concede en exuberancia. ¡Dios, qué algo nos detenga!, bien podrías ser tú mismo. Gloria se levanta y sacude con sus manos las briznas verdes pegadas a su ropa. Se acerca sin quitarme los ojos de encima, y dice algo como:

—De algún modo nuestra sed de vivir nos ha tumbado en este prado —y a pesar del viento repentino que cubre sus palabras, estoy casi seguro de que eso es lo que dice, porque se estremece al hablar y, ¿qué otro pronunciamiento podría hacerte temblar de ese modo?

Comenzamos a caminar juntos por un tiempo. Hay mucha gente que nos abre paso flanqueando nuestra marcha, es como un desfile. Avanzamos tomados de la mano, nos despedimos de todos. A lo largo del camino reconozco mis relaciones, la gente increíble de mi infancia que me ha amado, protegido, cuidado, pero también la que me ha odiado, la que voluntaria o involuntariamente me ha lastimado, todos están ahí. Entre la gente veo la cara de mi padre. Espera su momento sin apretujarse con los demás, aislado del alboroto de saludos y felicitaciones. Voy hacia él desde el fondo del comedor y nos encontramos al lado de la ventana. La luz que entra nos cae encima y nos contiene en un entorno cálido y sereno que nos permite aguardar el surgimiento de los sentimientos genuinos que evocan el misterio de lo que somos en todo instante, lugar, y en el continuo de bondad-maldad que habitamos. Es el momento de: “hubiera querido que fuera de otro modo pero...”. En cambio, como un acto amoroso de reconocimiento, cerramos la boca y nos dejamos estar en el flujo de la aprobación mutua. Y cuando me abraza, sólo lloro y tomo aire y acepto que lo necesito. Eso pasa un instante antes de abrir los ojos tras mis gafas y arder bajo el cenit. Recojo mi ropa y camino desnudo por un trecho, luego me voy vistiendo sin apresurarme, primero me pongo los calzoncillos y sigo, luego los pantalones y así llego a la noria con los pies descalzos hundidos en la arena. Al fondo, la silueta familiar,

campesina, de don Rito avanza hacia mí entrecortada por los resplandores intermitentes del medio día. Cada uno de sus pasos duros reduce la distancia entre nosotros, pero como viene a mí desde el alba, rocío fresco, barro antiguo, tal distancia es infinita. Entre él y yo hay una extensión imposible que abarca las visiones primordiales del silencio de la noche, los pensamientos inscritos en sangre en las paredes de las cuevas remotas que el hombre dejó de habitar hace tanto tiempo que olvidó el largo viaje desde el trémulo inicio. Y por increíble que parezca, a pesar de ello, a pesar de mi vida superficial y dispersa, don Rito y yo nos encontramos. Va directo a mí con un propósito y no pierde el tiempo en cortesías.

—¿Qué has hecho, muchacho?

—Sólo ando por ahí —y al responder percibo la inquietud que me distingue, la incomodidad provocada por mis pensamientos vagos, siempre circundantes...

—Sólo ando por ahí... —repite, y luego me sujeta con sus ojos y no me deja—, ahora voy a tejer un urdimbre fino que da cuenta de aquello que subyace en cada uno de los momentos en que nos hemos encontrado. Igual que una foto, o quizá más como una melodía. ¿Entiendes lo que digo?

—No, claro que no. Pero igual usted me gusta, así que...

—Hace mucho tiempo, antes de estos sembradíos, incluso antes del maíz, existieron pueblos que habitaron este mismo valle que hoy recorres como un tremendo tonto. Había hombres que se distinguían solamente porque eran los mensajeros. Estos hombres especiales atravesaban el valle una y otra vez con los

mensajes de paz o de guerra entre las naciones, pero también comunicaban los pequeños hallazgos que cada individuo iba recogiendo al día en su humilde intento por seguir su propia ruta salvaje. Ellos se volvían invulnerables a todos los peligros por medio de una carrera ritual que los convertía en el mensaje mismo, las palabras tal vez, pero creo que sería justo decir que más bien se convertían en el espacio entre las palabras, el infinito entre los dedos de la mano. El portador se transforma en lo portado pues ambas cosas son lo mismo. A estos hombres mágicos se les conocía como “corredor indio”.

—Nunca me he sentido cómodo en la vida —me escucho decir como si fuera otra persona.

—No, claro que no, escondido tras pensamientos vagos, siempre... ¿cómo les llamaste?, circundantes, ¿no es así? —me parece que sonrío de un modo malicioso pero no estoy seguro.

—Sí, eso es, me siento como un mentiroso.

—Porque siempre temes ser desenmascarado, ¡la de cosas que has de decirte cuando te ves en el espejo para poder vivir con lo que ves! Cada hombre que nace trae consigo un mensaje en el que ha de convertirse de un modo u otro, la manera particular en la que experimenta el mundo, la experiencia de su propio camino salvaje.

Entonces me suelta y de golpe soy consciente de todo el malestar que me inunda desde la antigüedad más allá del maíz. Al mirar la puesta de sol desde un puente peatonal en ciudad de México, al primer aliento de la mañana, al leer un

libro, viajar en metro con toda esa gente, besar a una hermosa chica que me gusta, escribir unas líneas sueltas, posar en un estudio al lado de un enorme pastel de cumpleaños, cerrar la puerta tras la partida de mi madre, respirar al momento de nacer, y después de todo eso llorar y llorar todo el llanto de la humanidad completa, no delante del mensaje imprescindible al que cada cual está destinado, sino frente al abismo sin rostro que representamos. Por un instante el malestar es tan fuerte que me odio por inculparme tan fácilmente delante de don Rito, y a él por hablarme de ese modo sin conocerme, sin saber quién soy ni lo que pienso, aunque... sí lo sepa. Estoy desconcertado, perdido ante la mutabilidad de este extraño campesino que en verdad no alcanzo a delimitar pues soy yo el que no sabe nada. Al principio era un anciano frágil y modesto por quien yo sentí simpatía y compasión, pero ahora dudo de mi candidez. Luego nos imagino a ambos como dos densidades luminosas pendientes en el viento que sopla desde el interior del desierto, fluctuantes bajo el medio día, ajenas a la forma humana habitual, y ya convertidos en esa presencia iridiscente, que en el momento me parece totalmente correcta, no siento ganas de saber cómo es posible que este viejo campesino tosco de pronto pueda hablar como un poeta, ni de abrir la boca para argüir, ni oponerme a la verdad pronunciada sin deferencia, simplemente no deseo pelear. Veo en torno mío hasta donde me alcanza la mirada. Estas inmensas plantaciones de trigo y algodón fueron una vez un valle indómito, exuberante y fértil, una extensa franja verde, un oasis que penetraba las regiones septentrionales y dividía el desierto sin nombre. La gente a la que acogió aún reside en sus entrañas, en el agua enterrada, en los brotes tiernos, en el cielo abierto, en el viento que baja de las montañas, en el silencio de la noche, en el

silencio de la mente de los hombres que yacen con piernas cruzadas bajo árboles colosales recibiendo los mensajes que han logrado atravesar la noche de los tiempos, y en todo lo que existe en el espacio vacío que engulle la palabra.

—Yo... no puedo ser... —no puedo completar la frase.

—Cada persona es un propósito que oscila en la oscuridad desde antes de la fundación del mundo y opera conforme a reglas inquebrantables. No debería haber temor, pues no hay error posible.

—Pues la verdad es que sí hay mucho miedo en todas partes.

Don Rito aparta la vista de mí.

—Sólo ve a tu trabajo, y sigue adelante, muchacho.

La primera vez que lo veo toma cerveza en la barra del Amanecer pero en realidad me observa al lavar una cacerola. Levanto la cabeza atraído por el peso de una mirada y ahí está él atento a mi presencia perenne frente al fregadero valle de muerte y resurrección que es mi vida campirana de estos días. Mientras sigo con el asunto de las cacerolas: extendiendo el brazo para meterlo por debajo de su cuello. Ella duerme y respira profundo con la boca apenas abierta, sus dientes asoman por entre los labios secos y sus ojos se mueven debajo de los párpados. Deslizo mi mano al ras de la cama y la paso por debajo de la curva del cuello sin que ella lo sienta hasta que puedo flexionar mi codo y la tomo de un seno. Estoy a su lado diluido en la oscuridad grisácea de la alborada, en silencio, al borde de la no-forma. “¿El mundo cambia al estar contigo?” Debajo de la sábana uno de sus pies toca mi muslo, el calor se concentra en ese punto exacto de la carne, penetra, y se extiende a mi sexo. Entonces ella se mueve sosegadamente y al abrir los ojos lo primero que hace es voltear hacia mí y apenas me encuentra pronunciado por las sombras sonrío. Meto el trasto debajo del chorro de agua, una onda constante se propaga desde el centro de la superficie metálica y despide la espuma a los bordes de la base. Él no me quita la vista y en sus ojos nublados veo una narración distorsionada de la vida y época de un hombre sin cara, y en sus ojos nublados afronto la imagen intensificada de mi rostro afligido por la maldad que subyace en la profundidad de mis actos sin lustre ni lujo ni exquisitas palabras. Es suficiente. Lauro le trae el cambio y yo termino de fregar y voy a ayudar con el almuerzo.

A media tarde tomo un descanso. Salgo por la puerta trasera, me recargo en un poste bajo la enramada y me quedo ahí resguardado del sol dispuesto a pensar en mis asuntos, y mis asuntos incluyen el aroma a hierba que baja desde las montañas, el sonido de las olas que se balancean en una playa virgen del Pacífico norte, que a decir verdad está a más de trescientos kilómetros de aquí, pero de igual forma mojo los pies en el agua salada y veo a las chicas con sus bikinis insignificantes y elijo sonreír en la ternura antes que volverme loco con sus piernas largas torneadas y sus pequeñas pancitas lechosas. Pues sonrío y me aliso el cabello y el viento sopla formando remolinos que arrastran piedrecillas a la vastedad de la soledad desértica, y el sol se acerca perezosamente a la cresta azulina de las montañas, y en la lejanía retumba el motor de un camión y un instante después del horizonte se levanta una silueta desenfocada por el calor y la distancia, una mancha que parece quieta en la vibración del aire caliente pero como tengo el tiempo del mundo y el atardecer es bello y soy un tipo preciso capaz de concentrarme por algunos segundos, aprecio como aumenta de tamaño poco a poco. Una vez que no hay duda de que un autobús de pasajeros se acerca por la única carretera que cruza este territorio despoblado o poblado de los indicios de la existencia de hombres y mujeres que se hacen humo apenas se les mira de reojo. Me dejo llevar nuevamente por mis pensamientos mientras espero a que termine de llegar. Cuando el camión sale de la carretera y sigue de largo por el estacionamiento para dar un rodeo e irse a detener frente a mí, y todavía después de que la estela de polvo se asienta, hay dos ideas que resuenan en mi cabeza: “llevo dos meses trabajando en el Amanecer, y eso es mucho tiempo”, y la otra “porque es en el olvido de sí mismo donde uno realmente se encuentra”.

Una frase que no proviene de las profundidades de mi memoria ancestral, o quizá sí. La puerta delantera se abre con ese sonido de fuelle neumático. Juego con mis manos, uno tras otro, como si la panza del camión los estuviera echando fuera, desciende un grupo diverso de turistas entumecidos y cansados. Un par de ellos echa a correr rumbo al local y al pasar frente a mí murmuran alguna clase de saludo que yo no me preocupo por responder. Los demás se congregan a lado del camión y mientras algunos usan las manos como visera para mirar en derredor, otros hacen ridículos movimientos de gimnasia rescatados de sus clases infantiles de educación física, pero todos hablan. No es que se atropellen, sino que hay algo apremiante latente en la modulación, o en la tensión de sus caras o en los ojos que miran esta aridez desconocida como una región ultra sideral lo que me hace ver que llevan mucho tiempo sin contacto humano y han tenido que guardar silencio. Sus vagabundeos turísticos en grupo a través de los territorios de América no reflejan en absoluto la magnitud de sus verdaderos viajes personales desde el origen de su aturdimiento y tristeza hasta esta tarde concreta en la que esperan las indicaciones de su guía. Claro que también me percató de la rubita larguirucha de short de mezclilla deshilachada que se aparta del grupo unos pocos pasos y bebe agua de una botella de plástico con los ojos entrecerrados a la luz rojiza de la tarde. Claro que no la dejo de ver cuando se quita las sandalias y arrastra las plantas en la arena apretada y caliente y luego con los dedos de los pies coge una piedra y la lleva a su mano, puede ser en ese momento que hasta pienso un par de cosas que podría hacer con ella. Al parecer tienen tiempo para entrar a beber algo. Pasan delante y yo me quedo impasible bajo los aleros que chorrean luz crepuscular ante la procesión de paseantes. La chica se despega del

grupo y va a sentarse en los escalones al pie de la enramada. Cruza las piernas y pasa mucho tiempo antes de que se atreva a preguntarme por un joint.

—¿Tienes algo para fumar? —dice en español, sin quitar la vista del autobús.

—No, nada.

Hago lo mismo que ella pero en realidad yo sí la veo de soslayo. Debe tener diecisiete o mejor sería dieciocho años. Muy temprano de mañana salgo a buscar a mi chica a la estación del metro. Pago la entrada y bajo al andén y me estampo a la pared para que el mundo gire y gire a su ritmo y tiempo sin que un minusválido como yo los interrumpa. No es que tenga nada malo en el cuerpo, puedo caminar y moverme con facilidad pero mi presencia en la ciudad es accidentada, por decir lo menos. Después de tres convoyes y miles de personas histéricas que se apean y suben desesperadas y se tornan violentas mientras yo no me muevo un ápice de la pared, y mucha alegría expectante cada vez que un tren entra a la estación, mi chica no llega. Y una hora más tarde empiezo a calcular que no va a llegar. Trato de escapar de la estación como una sombra silenciosa en la tentativa de no mezclarme con la multitud pero un pensamiento me desarma, uno de esos que permiten cierto desdoblamiento y entonces me veo totalmente mezclado, entreverado en la masa de carne y olor y fluidos, embrollado. El malestar disimulado en los márgenes de la realidad: el desayuno, el habla, los trayectos, los rostros conocidos, los métodos, las fachadas endeables de la arquitectura del hombre, ese malestar latente en mi sangre y en el lenguaje y la mirada perdida hacia el infinito, se disemina en el torrente nervioso entre los

signos eléctricos de las infamias del propio linaje. El gentío me lanza hacia la salida y ya afuera me derrumbo en las escaleras, me resulta imposible mirar mi invalidez y lloro tomado del pasamano. Camino hacia el restorán donde trabaja mi chica, voy con los ojos puestos en el pavimento ocultándome de la mirada de mis semejantes, alzo la cara de vez en vez para no chocar con nadie, y en una de esas, veo a mi chica en la entrada de su trabajo hablando con un tipo. Sin pensarlo cruzo la calle y procuro pasar desapercibido. Los contemplo desde la otra acera. Ellos sólo hablan y al final se despiden con un beso en la mejilla. Entonces sé que mi tiempo ha terminado. Regreso a mi casa por las mismas calles pero esta vez evito la estación del metro. Mejor sería dieciocho años.

—¿Tal vez tengas algo para sobrevivir al aburrimiento? —insiste. Me siento a su lado.

—No estás aburrida.

—¡Oh, sí que lo estoy!, todo esto me aburre.

—No en realidad.

—¿Cómo es eso?, ¿tú te la estás pasando muy bien en este pueblo olvidado?

—Bueno, tengo mis momentos —Ella se levanta y hurga en los bolsillos traseros de su short, el cielo rasgado se vacía en colores imposibles que gotean sobre su silueta recortada.

—No tengo ni chicles —refunfuña.

—Lo único insoportable es ver las cosas todo el tiempo con la misma mirada destemplada, distorsionada, pero no diría que es del todo aburrido, más bien doloroso —entonces deja de buscar, baja los brazos y me encara. No mueve los ojos de lado a lado como solemos hacer para soportar una conversación, ni desvía el rostro para evitar mostrar la verdad bajo la piel, sin miedo, simplemente se permite estar conmigo. “Doloroso” murmura después de un rato. Va y se acomoda de nuevo a mi lado. Al precipitarse tras las cúspides afiladas, el sol explota y decrece, y yo le paso una tira de aspirinas a la chica.

Vuelvo al trabajo. Todas las luces del salón están encendidas, los parroquianos están sumidos en las oleadas de música y bienestar de los tragos que resbalan por la garganta. En más de una forma todo es una representación de cierta clase de felicidad inspirada en la infancia, las risas son abiertas y expresan con facilidad la sencillez y alegría de las labores cotidianas de estos hombres. Me uno a ellos mediante mi trabajo que consiste en mantener sus vasos y platos limpios y llenos y en darle vuelta a la Rueda del Tiempo, ¡que nunca pare! Y en toda esa algarabía reconozco a don Rito sentado en la barra hablando con el chico forastero. Conociendo al viejo no puedo menos que sonreír por la vapuleada que de seguro le está propinando. En algún momento el chico se levanta del taburete un poco desorientado y rojo y pienso que un poco nublado y se dirige a la salida bajo el agua y su andar denota mucha indecisión. Se detiene y saluda con la mano y murmura palabras imposibles de escuchar en la escandalosa actividad del Amanecer y don Rito se ríe de verdad con sus desatinos, cada tropiezo del muchacho es una oportunidad para desatar la risa genuina que sube a borbotones

desde la tranquilidad, ¡ja! Entonces finalmente sale y yo como nunca siento unos fuertes deseos de marcharme. Cuelgo el mandil, tomo mi chaqueta del perchero y al pasar por la barra me detengo a despedirme de don Rito y Lauro. Palabras cortas llenas de afecto sin reclamo ni deuda de clase alguna. Adiós.

Afuera hace frío espacial que ha descendido como una emisión rojiza entre la negrura que gotea de las nubes. Las luces exteriores se encienden de golpe y apenas iluminan sobre la última claridad de la tarde. Al encontrar al chico entre los autos estacionados en batería concentrado en el intento de forzar la puerta de un deportivo, absorto, absolutamente enfocado en su visión del futuro, se me ocurre que bien podría yo comprometerme un poco, ¿qué tal seguir la carretera hacia el norte por algún tiempo y ver hasta dónde puedo llegar?

—¿No te parece que robar un coche es peligroso?, digo, toda una declaración —él se da vuelta sobresaltado con el cuerpo tenso. Veo que mete una mano al bolsillo de la chamarra, puedo apostar que al cubierto de la tela empuña un arma. Así sé que es uno de esos tipos dispuestos a hacer lo que sea necesario para salirse con la suya. Por un momento parece indeciso, me observa y yo me quito los lentes para que pueda verme mejor, estoy seguro que hasta inclina la cabeza con un movimiento imperceptible en el esfuerzo por descifrarme.

—Y tú... ¿Estás aquí para hablar de eso? —dice al fin.

—No, no de verdad. Necesito un aventón.

—Una vez viajé con un amigo haciendo autostop, pero hasta ahora nunca he llevado a nadie —un par de muchachas pasan al lado, se detienen dos coches adelante y se ponen a fumar—. ¿Y tu trabajo?, eres el chico de la cocina, ¿no?

—Sí, soy el chico de la cocina pero renuncié.

—Si me dejas terminar con esto tal vez podamos tener algún arreglo —se vuelve y se pone a trabajar con el coche sin quitarle los ojos a las chicas—. ¿A dónde vas?

—Bueno, no sé, estaba pensando en seguir la carretera hacia el norte —el seguro cede y la puerta se abre.

—Pues parece que es nuestro día de suerte —ellas se dan cuenta de lo que pasa, pero no se escandalizan y eso me gusta. Se quedan ahí, fuman y nos ven subir al auto y cuando nos echamos en reversa para salir a la carretera hacen poses sexys y nos lanzan besos que no se pierden en la oscuridad.

El muchacho resulta ser un tipo generoso y lo primero que hace es invitarme a un toque que yo mismo debo forjar. Unos pocos kilómetros después sucede esto: en medio de una conversación noto que algo se ha quebrado dentro de él, que una palabra cualquiera se ha convertido en un proyectil y colisiona en su mente, entonces, la sustancia del miedo y la angustia se empieza a esparcir en las grietas como agua de deshielo. De pronto el chico da un volantazo, el coche se derrapa y sale de la carretera embalado dando saltos. A poco de que se detiene, abandona el auto y echa a correr en la nada. Voy tras él, cruzamos el silencio nebuloso y el mar del tiempo y aunque va delante de mí, sus actos pasados se escuchan como

aliento agitado y hierven en el aullido misterioso y henchido del dolor más allá de lo humano, y como veo que no va a parar jamás, me lanzo sobre él y rodamos por la pendiente y luego nos quedamos exhaustos en la visión del cielo estrellado.

—¿Qué pasa, hermano? —le digo con un hilillo de voz—, ¿qué hay dentro de ti?

—He visto muchos atardeceres, más de los que hubiera deseado —espero que diga algo más, pero sólo eso dice. Las palabras son un virus. Le tiendo la mano para ayudarlo a levantarse. Recoge mis lentes, están rotos, los examina y ve que no hay nada que hacer—. Lo siento, ya te los pagaré. Soy Lorenzo.

—Fabián. ¡Ey!, todo está bien, todo está bien.

—No, nada está bien, pero no importa.

Volvemos al auto. No enciende a la primera pero después de varios intentos Lorenzo logra ponerlo en marcha. Toma de nuevo la carretera y acelera. Al verlo me doy cuenta que llora en la oscuridad. Adelante la noche se nos viene encima y nos devora con todo y huesos y pensamientos y lágrimas salobres de las regiones áridas de la palabra.

—Mientras dormitaba frente a un noticiero de media noche tuve una sensación horrible que me despertó por completo, un malestar que no me dejó dormir el resto de la madrugada. Como esas pesadillas que te dejan una impresión inquietante que no te puedes sacudir en todo el día —Lorenzo sigue conduciendo sin ponerme atención. Baja la velocidad. Sigo—. La verdad es que fue una nota lo que me perturbó. Se trataba del secuestro y asesinato de una joven pareja —nos detenemos por completo. En medio de la noche unas vacas escuálidas arreadas por dos niños atraviesan la carretera, la imagen es extraña, sobre todo cuando una vaca se atrasa, pasa al lado del parachoques y uno de los chicos la enfila y voltea al interior del auto. Su mirada nos traspasa y me da escalofrío porque me hace dudar de nuestra existencia en esta noche y en esta carretera y en todo lugar. Lorenzo arranca de nuevo—. Al parecer un vecino se dio cuenta de que dos tipos armados obligaban a subir a la pareja a una camioneta, y avisó a la policía. Hubo una búsqueda y dieron con la camioneta y se inició una persecución que se prolongó por horas. En todo ese tiempo los secuestradores violaron a la mujer delante de su esposo y al final los asesinaron de un tiro en la cabeza, abandonaron la camioneta y trataron de escapar a pie, pero como ya los seguían lograron agarrarlos. En el noticiero pusieron fotos de los dos secuestradores. Eran unos chicos de unos veinte años, pero a pesar de su juventud algo estaba mal con ellos, sus rostros estremecían, había algo impreciso que faltaba, no lo supe de inmediato pero me inquietó. Pensé en cómo había sido posible que los destinos de esas cuatro personas tan distantes se ligaran de ese modo, ¿qué clase de encuentro fue ese? Tal vez la pareja despertó esa mañana con la tristeza de un matrimonio aburrido sin imaginar que ese sería su último día.

Ella se incorpora y se sienta al borde de la cama en la habitación todavía a oscuras, mete la cabeza entre las manos y se queda ahí apretando los párpados y las mandíbulas mientras él dormita un poco más. Se queda ahí hasta que la luz filtrada por la persiana se arrastra por la alfombra y sube por sus piernas, hasta que a sus espaldas él abre los ojos y la encuentra de esa manera en la que nunca antes la había visto, pero prefiere no saber. Se mueve entre las sábanas para que ella sepa que ha despertado. De inmediato ella finge que busca sus sandalias bajo la cama. El esposo rodea la cama y sin palabra alguna la besa en la mejilla y se mete a bañar. Ella permanece unos segundos más ahí y luego se va tambaleante a la cocina. Pone café y prepara unos huevos sólo para él. Cuando él entra, ella sirve la mesa y se sienta a su lado con una taza de café. Durante veinte minutos no dicen nada. A las nueve en punto ambos se ponen en pie, él vuelve a besarla del mismo modo vacío y sale de la casa. La esposa lo ve por la ventana subir al coche, encenderlo e irse calle abajo. Entonces, ya sola, se derrumba y rasguña el linóleo del piso.

Lorenzo aparta los ojos de la carretera para echarme una ojeada que interpreto de estudio.

—Muchas veces no puedo dormir, así que veo mucha televisión de madrugada. He visto toda clase de programas, los más estúpidos e inverosímiles, de todo, así que soy muy tolerante, yo digo que soy muy tolerante, que puedo ver cualquier cosa sin que me de sueño, y bueno, ese es justo el problema, pero en realidad no tiene que ver con la televisión. Al contrario, la televisión me tranquiliza, por eso la dejo encendida toda la noche...

—Miedo a la oscuridad —dice Lorenzo.

—Sí, de algún modo.

Al anochecer ambos volvieron juntos del trabajo. Ella bajó del coche para abrir la reja, revolvió su bolso de mano durante unos minutos mientras él miraba a otro lado con fastidio, como nunca encontró sus llaves, él dejó estacionado el coche frente a la casa y fue a abrir. Ya dentro del patio se dirigió a la puerta interior sin esperarla, metió la llave y entró a la casa. Estaba en penumbra y olía a encierro. Prendió la luz y arrojó el portafolio en el sillón, hasta entonces ella entró y siguió al baño sin hablar. El esposo se quitó el saco y los zapatos y se sentó en la sala. Poco después sonó el timbre, no se movió, pero insistieron otras tres veces más. Por fin se levantó para hablar por el interfono. Del otro lado una voz juvenil explicó que le había arrancado un espejo por accidente al coche que estaba afuera. Salió en calcetines.

—De todos los modos. Son los monstruos los que habitan en la oscuridad, ¿no es así?

—Eso se dice —contesto.

—¿Cuál oscuridad?

—¡¿Cómo cual oscuridad?!

La camioneta estaba estacionada a lado de un árbol que le hacía sombra. Un hombre y una mujer parecían dormir en el interior de lujo.

—La propia oscuridad, esa que anida en cada hombre para cometer la más feroz estupidez, la que sangra, la que duele, la que habitamos.

—¡Dios, hermano! Eres perverso, eres perverso de verdad.

—Tú empezaste esta conversación... ¿recuerdas que viajamos en un auto robado?

—Aquella vez no pude volver a dormir. Tenía miedo pero no alcanzaba a entender en qué parte de mí se alojaba, qué lo había provocado con exactitud hasta esta noche en el restaurante.

Después de escuchar aburrido la extraña historia del rompimiento con una vieja novia, Lorenzo se levanta de la mesa para ir al baño. Pido otra cerveza y apenas la ponen frente a mí me doy cuenta que no quiero beber más. La aparto y la frialdad que queda pegada a mi mano acentúa una rara diferencia con el resto de mi cuerpo, una anomalía de la temperatura que persiste y se intensifica de manera que al poco tiempo empiezo a comprender mi mano como una garra primigenia. Los huesos se ensanchan y se contraen y mis aullidos suben por los troncos de los antiguos árboles hasta alcanzar la cima del valle. Corro por la cañada con piernas flexibles entre raíces gruesas y rocas enormes del magma de los volcanes que han formado toda tierra. Corro y aúllo al oler mi propia sangre irrigada en mis entrañas, la alegría perfecta, la noche torbellino y la luna quieta al fondo del lago. Permanezco absorto en todo esto hasta que me percató que Lorenzo no ha vuelto del baño. Empujo la puerta, me tardo en comprender que Lorenzo está a horcajadas sobre un hombre inerte en el piso al que golpea en la cara con el

puño. Los huesos quebrados, la carne y la sangre se han convertido en una pulpa amorfa de coloración purpurea. El hombre no se mueve en absoluto pero aún emite quejidos sordos con cada nuevo golpe. Regreso sobre mis pasos despacio pero un segundo antes de soltar la puerta Lorenzo voltea y me mira a los ojos, entonces cierro.

—Tienes razón, somos espejos. Aquella noche frente al noticiero contacté con un conocimiento entreverado en la oscuridad de los tiempos remotos, algo que no alcance a discernir pero que hoy al abrir la puerta del baño entendí con claridad. Experimenté la existencia de la maldad. Por primera vez la vi ante mí no como una idea equívoca, sino como una conciencia absoluta, activa en el mundo, agitándose entre nosotros, encarnada, reclamando para sí el peso y el misterio que cada hombre representa en el universo. Lo vi en las fotos de los secuestradores y lo vi en ti, ¿te das cuenta?, entonces expresaste esta loca idea sobre la oscuridad y me obligaste a hacer una terrible pregunta: ¿qué fue lo que vi en tus ojos ausentes de amor?, ¿qué fue lo que vi en realidad, Lorenzo? Todos los hombres son espejos. Entonces, ¿quiénes heredarán la Tierra?, y, ¿qué lugar será ese?

Lorenzo no responde nada. Deposita sus ojos en la lejanía al otro lado del cristal pero noto que aprieta el volante con ambas manos. Volteo a la ventana para distraer la inquietud con el paisaje que vamos dejando atrás, pero al otro lado no hay más que oscuridad.

Por la noche llegamos a una de las grandes ciudades del Norte mexicano. Nos adentramos lentamente hasta las calles estrechas del centro donde Los turistas vagabundean igual que los yonquis solitarios y los chicos bulliciosos que de cuando en cuando se detienen para echar un ojo a la entrada de los brillantes centros nocturnos. Damos vueltas y vueltas por calles aglomeradas en busca de algún buen lugar donde comer por poco dinero. Cuando estamos seguros de que nos vamos a dormir vacíos sucede algo extraño: giramos en una calle de un solo sentido, el tráfico avanza de verdad lento hasta que se detiene por completo. Lo primero que hacemos después de varios minutos atascados es subir las ventanillas para aislarnos de los claxonazos que aparecen al unísono como si todos los choferes acordaran desesperarse al mismo tiempo, entonces nos damos cuenta que la gente comienza a salirse de los autos, e incluso hay quien se sube a los postes de luz o a las casetas de teléfono para mirar lo que sucede. Lorenzo saca medio cuerpo del coche y les pregunta a unos chicos que vienen de vuelta si saben lo que ha pasado y ellos le dicen que hubo un accidente.

—¿Qué clase de accidente? —los chicos se encogen de hombros y siguen adelante sin decir más. Lorenzo baja del coche y los ve irse hasta que doblan en la esquina y todavía después de un rato mira al final de la calle, repentinamente se asoma al interior—. Veamos de qué se trata.

Camina por el lado derecho entre los coches varados que no paran de sonar sus bocinas y los que están estacionados junto a la banqueta. Lo sigo del otro lado unos pocos metros atrás. Al final de la fila un grupo de gente cabizbaja se amontona en torno a algo que no alcanzo a ver. Entre ellos hay un tipo enorme y

un tanto calvo que mira con fijeza algo que se encuentra en el piso entre la multitud. Balbucea frases que de todas formas no puedo escuchar. La mujer que está a su lado se voltea hacia él y le habla de un modo familiar, incluso con ternura. Desde donde estoy sólo tengo la imagen sin audio, los labios de carne rosácea que se contraen y se separan, las orbitas oculares que tiemblan al interior de las cuencas, manos que revolotean como pájaros delante de sus pechos inflamados, párpados que ocultan las visiones húmedas de todo lo que hemos contemplado y conocemos, ¿qué conocemos?, pliegues en las lágrimas, olas que se estrellan en la frente y en ese friso de signos y fragmentos de las tierras de occidente me doy cuenta del momento exacto en el que el hombre se quiebra y empieza a llorar. La mujer tiene que alzar la cabeza y pararse de puntillas para hablarle. Lo besa una y otra vez y coge su cara entre las manos pero el grandullón no puede detenerse, se deja ir por la caída de agua. Entre las piernas veo un cuerpo tendido en una zanja de tierra negra al pie de los viejos árboles de albaricoques tiernos de la huerta del abuelo que no conocí. Entre las piernas de la multitud veo una chica tendida en medio de la calle. Su cabello en el asfalto se derrama rojo intenso a la orilla de la calle. El brazo izquierdo se extiende con la mano vuelta al cielo noche, y con los dedos entrecerrados coge algo indeterminado que destella un brillo metálico. Lorenzo se abre paso y se hinca a su lado, las sirenas ululan a la distancia, la observa en la luminiscencia de la palidez de su frente, y luego se inclina hacia ella despacio sin que la gente deje de verlo. Todo el mundo permanece atento a lo que hace, el sonido de las ambulancias se intensifica, por un momento el hombre calvo se controla, su chica lo suelta y da un paso dentro del círculo hipnotizada por la escena. Lorenzo se

acerca tanto al rostro de la chica que al final sus narices se rozan. La besa y al mismo tiempo entrelaza su mano con la de ella. Ni siquiera se ha puesto en pie cuando llega la gente de emergencias. Dos tipos entran directo a la acción, “¡abran paso!” gritan varias veces, “¡los servicios de emergencia están aquí!” pero como llevan uniforme blanco de doctor nadie piensa en lo ridículo que resulta la situación. Más bien el uniforme otorga un aire muy profesional a todo lo que dicen y hacen y esto alivia de cierto modo la tensión. Lorenzo intenta hablar con ellos, no se me ocurre de qué, pero no le hacen mucho caso. Él persiste todo el tiempo que maniobran con la chica hasta que la levantan en camilla y se la llevan y él observa con aire desamparado como suben a la ambulancia, echan a andar la sirena de nuevo y arrancan en medio de una intermitencia de luz roja cegadora.

—Estaba hasta el huevo —me dice al encontrarse conmigo.

—¿Cómo?

Levanta la mano frente a mí y muestra entre sus dedos una tira de quaaludes.

—La tenía en su mano —me dice guardándola en su chaqueta.

Cuando estamos seguros de que nos vamos a dormir vacíos encontramos este lugar, El Cuarto Bate, que en la marquesina asegura ser un restaurante de comida mexicana. Lo primero que me pone en aviso de que se trata de un sitio dudoso, es el biombo chino que hay que rodear a la entrada. Una bagatela cochambrosa y resquebrajada que muestra a la joven diosa de largo vestido rojo encendido que alumbra el camino de los marinos en donde sea que estos se hayan perdido así sea las oscuridades abisales de su propia alma, con sus dos

demonios, Ojo a mil millas y Oído al viento, revoloteando a su lado. Una muchacha regordeta nos aguarda del otro lado. Es una chica dulce que al sonreír pliega los labios de manera que todo el tiempo muestra los dientes blancos desalineados a lo largo de unas encías algo abultadas que no la afean en lo absoluto, más bien, resulta cálida y su presencia es bonita. Nos conduce en la penumbra de unas pocas bombillas rojas a un gabinete empotrado en la pared. Me acomodo de espaldas a la entrada para ver todo el salón, Lorenzo toma el lugar frente a mí. Como si tal cosa, la muchacha se sienta a su lado sin dejar de sonreír con el mismo encanto. Aparte de nosotros sólo hay tres mesas ocupadas y no parece que haya alguien para atenderlas. Después de algún tiempo en el que nadie habla, me percató de que tampoco suena música alguna. Por fin ella dice algo que la hace reír en serio, quizá una broma. Se tapa la boca con timidez y esconde la cabeza entre los hombros con cada espasmo. Luego respira profundo con todo y sonrisa. Mete una mano entre los cabellos de Lorenzo y lo acaricia, y no sólo eso, sino que además le da jaloncitos suaves en la oreja. Nos miramos sorprendidos y también divertidos, así que él se deja hacer. Este es el tercer indicio de que esta noche no vamos a comer. Alguien se acerca a nosotros y nos pregunta si vamos a ordenar.

—¿Nos da la carta?

—No hay carta. Todo lo sé de memoria —dice el mesero y comienza a recitar una lista de cervezas y tragos.

—¿No hay algo de comer? —pregunta Lorenzo.

—Sí, el especial.

—Pues el especial entonces, ¿qué es el especial?

—Cacahuates —contesta el infeliz con una sonrisa en la cara.

Pedimos cervezas y un refresco para la chica y de todas formas nos trae los cacahuates. Ella parece tan inocente que aun en este sitio, no estoy seguro de que sus acciones quieran decir otra cosa más que hermosa amabilidad nortea. Ella acepta el refresco con su sonrisa que ya me va pareciendo de lo más bonito que he visto en mi viaje de ida y vuelta al fin del mundo. Como la luz clara al despertar, como mi corazón en la madrugada silente, tam, tam, tam, el ritmo fácil de mi respiración que se rinde a la certidumbre de mi muerte florida, la frontera donde encuentro la única necesidad válida, amor amor amor. Mientras bebemos me pregunto si será conveniente llevarla a una habitación, no tanto porque tenga ganas de coger, si no por corresponder a su tiempo y amabilidad. No hay necesidad, al cabo de un tiempo se levanta de la mesa sin razón aparente.

—Voy a seguir —dice a manera de despedida.

—¿Tenemos que darle algo? —me pregunta Lorenzo.

—No lo sé, es posible —contesto— ¿Debemos pagarte? —le pregunto a ella.

—No. Pero si quieren pueden darme una propina.

Saco unos billetes de veinte, se los doy y me disculpo varias veces por ofrecerle tan poco cuando su existencia en este mundo es tan preciosa. “Perdón, hermanita, pero no tenemos mucho”. Ella toma el dinero pero no lo guarda de

inmediato, se acerca a mí y deja caer su cabeza en mi pecho y yo no hago ningún intento por separarme o por tocarle el cabello o por ninguna otra cosa, así que permanece. Lorenzo desvía la mirada de nosotros. Al parecer es un acto irrelevante, pero aun así me doy cuenta que la acción de la chica o la imagen sosegada de una mujer y un hombre desconocidos entre sí que por un momento alcanzan la sencillez necesaria para sólo estar en presencia del otro, lo perturba. “Perdón, hermanita, pero ya lo ves, en verdad tenemos muy poco”, después cierro los ojos y también permanezco.

Ella atraviesa el salón para ir a sentarse con un viejo que bebe solo en la oscuridad del fondo. Al irse pasa frente a una mesa ocupada por tres personas. No alcanzo a entender por qué están juntos, hay una cierta disparidad en los personajes, ¿qué clase de relación los une?

—¡Qué raros están esos! —le digo a Lorenzo.

—¿Cuáles? —sube el antebrazo al respaldo del sillón y voltea sin ninguna clase de prudencia.

—Los de allá atrás.

—Mmh. Sí hay algo fuera de lugar con ellos. Yo creo que el que parece el padre se los coge a los dos —dice.

—O podría tratarse de una familia de vacaciones.

—Sí.

—Pudieron entrar por equivocación como nosotros.

—Sí, eso es, por eso hay una buena botella de *JB* vacía y están dando cuenta de otra. Sin contar que ahora mismo el papá está besando a la chica en la boca.

—Tal vez los dos se la están cogiendo.

—Puede ser, pero lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque el chico parece chica.

Descubro que me siento atraído por ella de un modo que me estremece. Piel de aceituna. Sus ojos claros saltan de un lado a otro con vivacidad y tiene una voz áspera que asoma a borbotones por su boca y se quiebra en el aire con dulce timidez. Ojos verdes y voz quebrada. Me recorro un poco en el asiento para verla mejor. Me acomodo y empiezo a mirarla insistentemente para llamar su atención. Todo lo que hay en mí se concentra en ese intento, impulsos eléctricos, sinapsis, explosiones atómicas, tensión muscular, un esfuerzo condensado de máxima lubricidad. Cada vez que ella pone el vaso en sus labios para beber estoy a punto de pronunciar su nombre y saber lo que se siente al tocarla, pero por supuesto, para ello me faltan amaneceres recostado a su espalda oliéndole el cuello, y tardes caminando tomado de su mano por pueblos en ruinas, y besos someros que nos damos sin razón alguna, y cien películas, y cien canciones y los libros de su infancia y la mía, y un millón de espejos que son orgasmos en hoteles frente al mar y quizá, uno que otro pastel de chocolate o queso con zarzamoras o algún tremendo danés que nos haga llorar de gratitud de tan bonito que se ve en su plato de porcelana china delante de nosotros. Lo normal, ella recibe mi llamado

pero juega a ignorarlo. Sin embargo se ve inyectada y resplandeciente por mi interés aunque todo el tiempo reciba esta clase de atención, es hermosa. Percibo que en repetidas ocasiones mira a la mesa del fondo donde está nuestra chica con el viejo solitario. Voltea involuntariamente siempre en medio de otro acto, a veces al mismo tiempo de meter la cara en el vaso, al chupar de su cigarrillo, al decir algo de lo que se ríe de inmediato, al pasar su brazo por encima del hombro del chico a su lado, al besar en la mejilla al tipo que le mete mano por debajo de la mesa, inmediatamente después de deslizar una miradita hacia mí. Lo hace de un modo tan breve y sutil que pasaría desapercibido para cualquiera pero no para mí. Así que miro con atención el espejo humeante: Un depurado “darse cuenta” atestigua con ojos vidriosos todos los trazos de nuestras acciones. Lo que descubro es una estilizada presencia de la que nada emana, un maestro del “no hacer”. Inmóvil, con un hilillo de saliva entre los labios separados, con la apariencia de estar dormido, el viejo solitario emerge de la oscuridad del Cuarto Bate y es para mí como sangre para tiburones, mi detector geiger está como loco, el viejo es sin duda un cabrón adicto. Un agitado instinto me mastica por dentro. Es la noche en que las cosas pueden suceder, el sitio donde los tonales se encuentran y se funden en una activa y complicada mácula de emociones, el mundo al revés. “No pasa nada hermano, sólo es la vida haciendo lo suyo”. Busco conectarme de nuevo con la impresión que Voz Quebrada ha abierto, esta suave voluptuosidad que me acunó apaciblemente, pero eso ha terminado. Ahora, el viejo yonqui imprime su percepción que es total y perdura en el viento y entonces mi deseo toma otras latitudes. El ambiente se llena con una turgencia que se esparce por todos lados, el sentimiento de perderlo todo, algo siniestro en la

espesura de una tormenta, pero me da igual, nada me detiene ya, el dispositivo está echado a andar y las conexiones están abiertas y sedientas y la memoria de quien quiero ser duerme. La espiral opiácea se propaga y toca de algún modo a todos en este tugurio, es como el truco de sacar un paraguas frente a una multitud anticipándose a las primeras gotas de lluvia, un gran acto de magia. Y el siguiente número está a cargo de Voz Quebrada al sacar un pie desnudo del zapato. El piso mojado refleja pequeños destellos violetas que saltan a mi cara. En algún lugar del mundo la lluvia cae con fuerza y baja por calles empinadas como un río caudaloso de fango negro. Mi intento, una voluntad afectada, desciende y como un fluido rojo se dirige a las moléculas de una rama estremecida por el agua, entonces, con un crujido de las vísceras desperezadas, mis manos comienzan a mutar, racimos de larvas encrespadas. El centro de la ciudad como hacía tiempo no era tan divertido. Ella baja el pie al piso de linóleo directo sobre un fragmento de vidrio, al mismo tiempo, recibo el impacto de una intuición, pienso que el cabrón adicto también se la coge, y apenas el pensamiento se delinea en mi cabeza, siento el vértigo y las manos sudorosas de la inquietud sexual, su planta engulle el vidrio. Un suave espasmo sube desde su estómago pero nunca aparta el pie del suelo y continúa experimentando la sensación de dolor. Sus ojos son un caleidoscopio de visiones del placer y yo, un voyerista de la intersección, soy el elemento que completa su examen. La siguiente maniobra la dirige el adicto levantándose de repente para acercarse a la mesa de Voz Quebrada. Al verlo hablar con ella interpreto la sucesión de acciones como una elaborada coreografía en la que todo mundo toma parte desempeñando con mayor o menor fortuna su secuencia para generar el complicadísimo y enloquecido show de la especie humana. Entonces sé que no se

la está tirando pero que su adhesión es dolorosamente más profunda y está resguardada por una intimidad ignota e impenetrable de la que nadie puede tomar parte. Es ahí que encuentro el primer gesto del dolor que está por venir. El vientre vacío, sin viseras, sin líquido, sin movimiento, sin nada. Bla bla bla mientras Voz Quebrada extrae el vidrio de la carne, lo alza a la luz roja que lo traspasa y lo arroja manchado de sangre sobre la mesa. De inmediato, el otro hombre responde a este acto como a un llamado, y saca algunos billetes que tiende al viejo yonqui.

En un solitario vagón del tren elevado ocupó el asiento junto a la ventana para mirar la ciudad que va quedando atrás. La noche tiene olor a plantas y un viento fresco sacude las copas de los árboles más altos al lado de las vías. La ciudad está iluminada y parece el mar destellando bajo la luz de la luna. En la siguiente estación se sienta junto a mí un tipo robusto que parece policía, con su cabello muy corto y su cara cuadrada. El tiempo transcurre y mi cabeza da mil vueltas: la chica que me espera para nuestras dos horas de auténticas fantasías, la necesidad de salir al mundo, a la calle, maniobrar y salirme con la mía, todo eso y además la mole de árboles frondosos que serpentea al lado de las vías y el extraño que no me quita los ojos de encima. En un arranque desacostumbrado me animo a preguntarle qué quiere de mí. Con un dolor que le viene del culo, me cuenta que su joven hermano acaba de morir y me ofrece doscientos pesos por dejarlo ahogarse en mi sexo para calmar su pena, eso me dice. La luz fluorescente del vagón me baña las piernas húmedas de saliva y sudor, echo la cabeza atrás y el aire acondicionado me pega en la cara, entrecierro los ojos y veo la compleja composición de anuncios, tubos cromados, piernas pálidas y la

cabeza que se mueve entre ellas con una extraña autonomía. Me parece todo tan loco. Y ahí voy rumbo a dos horas de auténticas fantasías con mi guapa y doscientos pesos extras en la bolsa.

—¿Qué harías con este dinero? —me dice el adicto ceremoniosamente al pasar a lado de nuestra mesa. Y esta es la señal de que debo salir de mi interior y entrar a escena.

—Dime, ¿qué tienes en mente? —le respondo sin dejarme intimidar.

—Sólo regresar a casa.

—De eso se trata todo, ¿no es así? —dice Lorenzo que por un momento ya no existía para mí—. Tengo algo de dinero para invertir.

—Si no hay alternativa —contesta el viejo agriamente—. Pueden venir si están dispuestos a pagar lo mío.

Antes de salir del local volteo a verla, y ella por primera vez fija su mirada en mí hasta que desaparecemos tras el biombo. Me hago la promesa de buscarla en cuanto quede conectado. Nos lanzamos a la noche y en angostas calles de arena nos perdemos. Lorenzo conduce sin prisa sumergiéndonos en la vasta zona de posibilidad ilimitada. Siguiendo una suave ladera bajamos rumbo a la playa, y en un grupo de casas blanquísimas que se agolpan a ambos lados del camino Nino pide que paremos.

—¿Qué vas a llevar? —le pregunta a Lorenzo.

—Lo mismo que tú.

—Sí, claro. Dame el dinero —veo que no se gustan.

Nino toma el dinero con un cansancio ancestral, un cansancio de siglos. Sale del coche mirando a todas partes, se apoya en el toldo para respirar y se obliga a cruzar la calle. Las estrellas comienzan a desprenderse del cielo y a caer al derredor de él como una lluvia temprana, sus brazos se extienden a los lados suspendidos por el viento deshaciéndose en un despliegue eléctrico. Una respiración profunda suaviza su espalda y cae hacia delante convertido en una inmensa ola que desaparece en la oscuridad púrpura.

—Se largó con mi dinero —dice Lorenzo después de un rato.

—No, hombre, va a volver —pero en realidad yo también creo que se ha ido.

—No importa para nada, voy a seguir, ¿llegaste lo suficiente al norte?

—¿Cómo se llama este lugar?

—No tengo idea. Es como te digo hermano, puedes cerrar los ojos y respirar el dulce olor de una mujer a tu lado y sentir lo acogedor de una cama y un techo sobre ti, pero la carretera es cabrona, una vez que te has montado en ella tienes que seguir y seguir y recorrer cinco mil kilómetros y aun así no puedes parar. Tarde o temprano sientes que llegó el momento de moverse... lo que uno necesita son opciones, ¡opciones! —y lo dice mientras se coloca las gafas.

Por momentos no puedo evitar sentirme como un pequeño ratón asustadizo. Tiemblo desde el interior de la carne, en la sangre, en la electricidad cósmica que me atraviesa, perplejo en los pensamientos a los que nunca doy voz y en las

palabras que sí grito al amanecer, en la tensión de mi cara y en la sopa de fideos chinos que se enfría delante de mí. Por momentos no puedo evitar sentirme desproporcionadamente anómalo. De pronto un rítmico golpeteo en el toldo nos saca de ahí, se trata de Nino que está sonriente del otro lado del vidrio y por lo menos diez años más joven.

—Bueno muchachos, estoy de vuelta, tal vez quieran probar mi máquina del tiempo.

Y de regreso por la misma pendiente siguiendo la línea abigarrada de caseríos de una sola planta. Llegamos a casa de Nino a punto de clarear, el cielo se condensa en una quieta explosión de luz, todas las luces, los colores atrapados un instante en la oscuridad y a donde sea que se alce la vista hay firmamento expandido que ensombrece lo que queda debajo. Somos sombras pétreas al llegar a la pequeña verja derruida que limita su propiedad, somos sombras pétreas al saludar a la esposa que lo espera sentada en una silla de playa en medio de un jardín frontal terregoso y descuidado.

—Amor, amor, he traído a unos jóvenes recién llegados a nuestra comunidad —la mujer que es una anciana delgadísima vestida con cierta elegancia pasada de moda, sin quitar la vista de la lejanía, levanta su mano con la palma vuelta hacia el frente a modo de saludo, pero el gesto es tan profundo o en la última oscuridad de la noche alcanza tal resonancia que puedo apreciar la naturaleza simple de lo humano que habita la Tierra. Lorenzo y yo permanecemos frente a esta navegante sin hacer ni decir nada, quietos en las duras sombras finales de la noche que se

disipa. ¿Quiénes somos en este instante preciso?, es decir, ahora que no hay nada salvo humanidad, ¿el sufrimiento se expandirá por todo el cuerpo? Nino entra a la casa, y nosotros nos derrumbamos en el escaso pasto a esperarlo. Cuando vuelve y trae consigo una pequeña mesa y una silla que acomoda junto a su esposa ha amanecido por completo. Entonces, en la plenitud del día prepara dos dosis profesionales.

—Muchachos, ahí tienen lo suyo —Lorenzo lo mira desamparado, y le pide que se la prepare él.

—De ningún modo... —se acerca a su mujer y la pincha en el brazo y luego a sí mismo.

—Oye —le digo—, no tenemos con qué...

—Usen mi equipo, por ahora no hay más.

FFUUU... oleadas de bienestar proveniente de los mares siderales lejanos y calmos, y una lúcida santidad en el corazón de los cuatro autostopistas del óctuple camino de arena roja. Una línea recta dirigida al horizonte y se despliega un mundo lleno de magia y confianza murmurando su secreto. ESO ha despertado de su sueño milenarío infinitamente más enloquecido, está dentro de mí, las praderas vuelven a llenarse de vida y el mundo es como solía ser. Lorenzo clava sus ojos en los míos y estamos de acuerdo en que ESO está en la cúpula del cielo y en las profundidades de la tierra y es la carta de amor en el bolsillo de mi pantalón y corre en nuestra sangre como un bólido de laboratorio. Lo sabemos, conocemos el tiempo y la manera de hacerlo más lento o dispararlo como un loco cometa a su

final, y al final está ESO en la puerta de una casa junto a la carretera esperando por ti. Vuelve, vuelve pronto hermano. Es una pena que proviene del mismo lago prehistórico en el que naciste, es un sentimiento atrapado, estancado en el ambiente de los solares estériles al lado del gran camino, y no puedes regresar, no puedes detenerte, tarde o temprano sientes que tienes que ir. ¿Puedes renunciar a ti?, ¿puedes renunciar a lo que eres? Ir, ir, ir, ¿has llegado lo suficiente al norte? Me quito la ropa para sentir los primeros rayos de sol que bajan allanados directo sobre mí y al sentir ese calor me quiebro insignificante ante lo que es imperturbable. Al verme vencido en la tierra lloro y lloro y Lorenzo llora también y en su llanto, entre los hilos líquidos de sus lágrimas, está mi cuerpo doliente y su rostro contraído y los años de loca historia humana que nos preceden y los que están por venir. Pobre, pobre Lorenzo, sabe que estamos en la carretera viajando en todas direcciones con una determinación suicida, y sabe que podríamos no parar jamás. Un sol abrasador comienza a llenar el desierto y en su inmensidad cuatro flores santas arden en sus visiones.

De nuevo la suave emisión nocturna de San Luis. El sopor de la droga circula en el ambiente y aligera mi cuerpo. Mi mirada se extiende en la oscuridad con la certeza de que el mar está por ahí en alguna parte. Me incorporo y olfateo, es el primer movimiento que hago en horas. El mar está en el siseo del viento de todos los lejanos sitios que alcanza en su inmensidad. Nino y su mujer han desaparecido y el buen Lorenzo sigue sentado en la tierra con sus piernas cruzadas proyectándose a algún lugar en la nada. Doy unos cuantos pasos y me maravillo con la elasticidad y el calor del cuerpo y la visión de éxtasis en los ojos de Voz

Quebrada que me atraviesa e inyecta un entusiasmo extra por el desierto. A mi espalda Lorenzo se levanta con una nueva idea, ha vuelto y está más cruzado que antes.

—Hermano... —dice tocándome el hombro al mismo tiempo. Su lánguida voz se mezcla con el rumor de las olas y llega a mí desde la distancia como algo incierto—, ¿has ido tan lejos como querías?

He sentido la densidad de la penumbra silente de una habitación impersonal y triste. La asfixia de los pensamientos lúgubres irreprimibles e infatigables. El cansancio del monto de los días. Los monosílabos por respuesta. La resignación ante lo impenetrable. ¿Dónde he estado antes de ahora?

—Tal vez —contesto sorprendido por una repentina tristeza.

Quiero decirle que se quede conmigo a enloquecer en la vasta noche de San Luis, con su gente pálida y extraña y maravillosa que sigue sus propias direcciones, pero no. Veo la nada sibilante y percibo su mano en el hombro, y sé que es mejor así, que él decida.

—Yo estoy listo para seguir.

Y con estas palabras el hermano Lorenzo prende su luz una vez más. Arranca su coche y se va. Me quedo ahí viendo los dos puntos rojos alejándose entre una apretada cortina de polvo, y cuando al fin se pierden les doy la espalda para ir al encuentro conmigo.

Mi cabeza no funciona bien. Estoy hambriento. Sé que debería detenerme pero algo en mí no cesa de buscar y continúa aventajándome, siempre curioseando en todas partes sin que yo mismo le dé alcance. ¿Qué será aquello? No quiero perderme de nada, cuando suceda el fin del mundo quiero estar ahí. Dejo a Nino y a su esposa tumbados en sus sillas de playa delante de la casa. Al parecer nada les afecta. Golpeo a propósito la verja al salir y espero su reacción. Ellos siguen alejándose, no hay forma de detener la propulsión de sus ojos vidriosos puestos en la lejanía, más allá de la intemperie, de las nubes heladas en las proximidades cósmicas, su viaje es grandioso e irreversible. Voy adormilado mientras sigo las calles laberínticas y trato de orientarme para regresar al Cuarto Bate, pero la verdad es que estoy perdido. En la esquina de la calle donde está el Café de Otoño hay un viejo cine de programa doble. He pasado muchas tardes sentado bajo la marquesina observando a la gente ir de un lado a otro metida en sus cosas. He estado ahí parando el flujo del mundo como un santo desnudo en medio de un basurero. Entonces, del mismo modo, sentada en la banqueta bajo la marquesina de un cine de pueblo a dos mil kilómetros de Ciudad de México, Voz Quebrada hace su intento. Desde un arrecife situado en el medio del océano salmodia más de doscientos mantras diferentes. Está en flor de Loto con la espalda erguida apoyada en una vieja pared recubierta de todos los afiches de una época. Cruzo la calle y voy a sentarme en una jardinera a pocos metros frente a ella. Su rostro pálido y terso apenas refleja algo, no hay marcas de inquietud, ni deseo, ni dolor, ni tiempo, ni pensamiento. Tranquilo y perfecto emerge de la profundidad de sus ojos cerrados, es hermoso. Su recitación es pulcra y afinada, los siseos brillan en el aire y se esparcen en exhalaciones profundas que no tienen

fin. Esas partículas que manan de sí misma provienen de una concentración luminosa que se agita en su vientre, suben por la columna vertebral, se disgregan y van colmando las calles y la noche y así hasta la locura, la reinención del planeta. Y aunque ella es una isla en medio de todo este misterio pasmoso en el que viajo como un naufrago, una playa para tender al sol mi cuerpo extenuado, me lo tomo con calma. Decido practicar como cuando era niño, el viejo juego de mantenerme quieto bajo las sábanas para sobrevivir a la oscuridad. Mis manos son murciélagos nerviosos, sus manos en cambio son palomas que sostienen una flor con dulzura entre los dedos largos delgados blancos preciosos. Levanto los ojos, el cielo tiene una sola forma: líquido estremecedor. Me pongo en pie pero no hago nada por resguardarme.

—¿Quién eres? —me dice tras abrir los ojos de pronto e irrumpir en el mundo de los pensamientos agitados. Su meditación se desvanece, la lluvia me empapa y yo me pierdo en las imágenes que me demarcan, todas aquellas que explican por qué no soy una piedra, o un hongo de fuego, o el aire que respiro, imágenes que aquí y ahora encuentro inadecuadas—. Está bien, no hablemos.

Palmea el piso para invitarme a sentar. Pasamos mucho tiempo uno al lado del otro antes de decir algo. La espalda me duele en el intento de mantenerla derecha igual que ella. Nos unimos en el acuerdo de ver el mundo con los mismos ojos, la calle mojada, las personas que pasan apresuradas por la lluvia sin molestarse en mirarnos, los árboles en la plazuela de enfrente. Pero también seguimos el curso de nuestras propias cavilaciones disciplinadas y privadas que incluyen los lugares en los que hemos estado y en los que estaremos antes de

morir. De cuando en cuando ella toma agua y me pasa la botella para que beba también.

—Regresé por ti —le digo al tiempo que me rindo con lo de la espalda y me encorvo desvergonzadamente. Escucho su respiración profunda.

—¿Te gustan los tatuajes?

Enrosco la tapa de la botella.

—Regresé por ti —repito cada palabra con calma y claridad para que ella entienda a que he venido.

—Entonces... te gustaría ver mis tatuajes —insiste por completo involucrada en su petición, segura de que con ello yo encontraré lo que busco. De pronto le temo a toda esa tinta bajo la piel que esboza las figuraciones adquiridas en años de anhelo, de esperanza por dejar de ser quien se es—. Por favor —me pide con voz quebrada.

Me doy vuelta dispuesto a que me los muestre. Se saca la playera en medio de la calle sin que le importe, se queda en top y se pone de espalda a la vista de cualquiera.

—Primero éste —señala un punto abajo del hombro derecho—. Es un dragón con las alas extendidas en el momento de salir del huevo.

—¿Cómo dices? —el omoplato se delinea en la piel lisa pero no hay nada más.

—Un dragón... sabes lo que es un dragón ¿no? —hace un trazo ininteligible con el dedo sobre la piel.

—Bueno, sí, pero no me parece que haya...

—¿Qué tal esta serpiente? —extiende el brazo—. Se enrolla a lo largo y termina en la muñeca como una pulsera de escamas, ¿te gusta?

Resbalo mis ojos por su cabello, por el hombro y sigo el brazo hasta la mano abierta.

—Me gusta tu mano.

—¿Y el *tattoo*?

—No veo ningún *tattoo*.

—¿Y aquí? —me indica la hendidura que corre por el centro de su espalda y se pierde en la presilla de la falda.

—No puedo verlos.

Se levanta, sus muslos me quedan a la altura de la cara, entonces desabotona y deja caer su falda sobre los pies descalzos. Estoy seguro que el mundo sigue siendo el mismo lugar terrible donde no hay sitio para una feliz insolencia, donde no somos suficientes en nuestra presencia desabrigada, expuesta, genuinamente humana, sin embargo, es justo su apariencia lo que nos separa de la seguridad de las opiniones y credos y toda esa arquitectura enloquecida que no sirve para otra cosa más que para tomarse en serio. La lluvia resplandece intermitente sobre la

noche, moja las viejas paredes de los arcos y resbala por mis pensamientos que se diluyen y terminan encharcados en las calles y esa es la manera de quedar confinados a los territorios sin tiempo ni honra ni sentido. ¿Qué guardo en mi interior? “Ojos verdes y voz quebrada”. Su desnudez nos protege del mundo. Ella sube las manos y las vuelve para mostrarme sus palmas abiertas, vacías, suspendidas en el aire sin cosa alguna, como alas las despliega y empieza a girar apenas rozando el piso con los dedos de los pies, así que no hay nada más que su cuerpo, pero su cuerpo está habitado por la abuela anciana de manos cascadas que camina desorientada en el patio trasero murmurando palabras en inglés, el árbol de raíces profundas que han quebrado la banqueta y en otoño llena el piso de florecillas violetas, el sonido del atardecer que en ese barrio es el silbido metálico de un carrito de plátanos al horno, la niña que se abraza a sí misma con ansiedad frente al rojo fundido en el final del horizonte, los volcanes, los edificios, las nubes glaseadas, la noche y el rumor del mar, las sombras fugaces en las escaleras, las cortinas abombadas por la fuerza del viento incomprensible, el dolor y el sufrimiento de la madurez, la vida y obra y muerte. El cabello le cubre la cara para que yo pueda imaginar sus ojos: lo que queda fuera del mantel de un día de campo y es imposible pensar siquiera, lo arcaico, la ausencia de lo humano, ¡ah!, tanta tinta como es factible, y el efecto es insoportable. La programación termina y la cosa es que yo sigo conectado. Aprieto mis ojos y exhalo involuntariamente una temblorosa emanación violeta, es todo lo que tengo para sobrevivir.

—Al estar frente a ti lo hago con verdadera humildad. Todo lo que has visto está disponible para tu propia liberación.

—Quiero besarte.

—Sabía que dirías eso. Los tatuajes cuentan el modo en que he vivido, quién he sido y cómo llegué hasta aquí. Tengo la sensación de habitar lo intermedio, una interzona despoblada donde me evaporo a cada momento, inasible para mí misma. No tengo idea de cómo comportarme como un ser humano, no sé lo que eso signifique y no sé si me interesa ya. Si me besas sin tomar en cuenta esto, te vas a perder irremediabilmente porque no hay a dónde ir.

Sus palabras reverberan en alguna profundidad de mi cabeza, de un modo vago sé que dice la verdad, y aunque hay un momento en que siento náusea, estiro los labios y los dejo navegar en el espacio. Tres... dos... uno... ¡contacto!, ¡fuuu! Mi nave entra en la atmósfera más plácida y se incendia por completo en la fricción con su boca. ¡Aahh!, ¡cielos, la he besado! De pronto lo mejor de mí nace ante mis ojos como un pequeño estremecido por el escalofrío de vida. Todas aquellas cosas que provienen de mi morada perfecta, los pensamientos amorosos y ligeros que me convierten en un hombre libre consumido por la esperanza, y al mismo tiempo, ella llora en silencio.

—Acepto lo que conozco de ti —le digo conmovido por lo que creo son lágrimas de alegría.

—Pues que así sea. Lo que has hecho hoy es ponerte en marcha en el camino hacia el fin de tu vida tal como la conoces, y como yo estoy ahí, sólo es posible un final.

Esto es lo que dice antes de besarme de nuevo, esta vez con la lengua.

Doy un mordisco al bollo que tengo en la mano y lo mojo con un trago de café. Mientras mastico unto el resto con mantequilla y planeo cubrirlo con la mermelada que está al otro lado de la mesa frente a Antonio, pero ellos conversan y no me atrevo a interrumpir. Espero con el bollo en una mano y el cuchillo en la otra, para distraerme miro hacia la alberca, me encuentro con el reflejo de la casa en el agua, pero me impaciento porque deseo seguir comiendo. Voz Quebrada se da cuenta, se interrumpe y me pregunta que necesito, le digo que la mermelada, entonces Antonio me la acerca. Meto mi cuchillo directo en el frasco, embarro mi pan y cuando está listo me lo meto a la boca de un bocado y tomo café. Me doy cuenta entonces de que me observan en silencio. Desvío la mirada hacia el mar que se revuelca en la playa. El cielo es claro y sin nubes y parece estar a una altura descomunal. A lo lejos se aproxima una silueta indeterminada. En ese momento me sirven el plato fuerte, omelette de queso con champiñones, y ellos continúan hablando sin que al parecer les interese mi presencia, pero la verdad es que ambos actúan. A pesar de sus maneras tranquilas escucho la discusión que se lleva a cabo en sus voces forzadas, taimadas e irónicas.

—Es más difícil que sólo decir que alguien es un tonto. ¿Un tonto para qué? — dice Voz Quebrada.

—Te quieres hacer la lista conmigo. Un estúpido es un estúpido ¡por Dios!, basta verlo en un bar sentado con la mirada extraviada en su bebida parlotando sandeces sobre quien cree ser.

—Entonces el problema es tener aspiraciones. Según tú, nosotros también somos unos estúpidos, porque calificamos en esa descripción, ¿es así? — contesta Voz Quebrada arrimándome la cesta de pan. Corto un pedazo con las manos. Más cerca de nosotros veo que la silueta es un hombre.

—Bueno, no diría eso, pero sí, tenemos nuestros momentos —insiste Antonio.

—Entonces es más complejo que sólo ser un tonto.

Nunca hablan de mí pero yo sé que soy el estúpido en cuestión. El chico que estaba en el Cuarto Bate la primera vez llega por fin al pie de la terraza y sube con pereza. Sólo lleva puesto un pantalón pescador blanco, unos *ray ban* clásicos de piloto, y en las manos carga unas sandalias. Es delgado pero sus músculos están tensos y se marcan bajo la piel bronceada. Se sienta a mi lado y no me quita los ojos de encima. La sirvienta le pone el servicio y él la atraviesa con la mirada para no dejarme un momento. Antonio me presenta.

—Él es... bueno, el nuevo chico de Veula. ¿Cómo dices que te llamas?

—Se llama Fabián —contesta ella— y se va a instalar en la casa... en tu recámara.

—¿¡Qué!?! —grita el chico—. No estoy dispuesto a compartir con nadie.

—En todo caso no es necesario que compartas. Puedes dejar la habitación — insiste ella. El chico sirve jugo de naranja, lo bebe de un trago y golpea la mesa al dejar el vaso.

—¡Oh!, ¡allá vas, Veula!, ¿esto es necesario? Jorge ha estado con nosotros mucho tiempo —dice Antonio.

—No estoy pidiendo que se vaya, Jorge se puede quedar si quiere, pero él se queda —dice señalándome con la barbilla.

—Bueno, ya escuchaste, no tienes que irte.

—¡Pero, Antonio! —dice el chico.

—Es su casa, ella decide.

—No es su casa.

—Jorge... déjalo ya.

—No soy una basura que puedan remplazar. He dado mucho a esta relación.

—Pues parece que ya lo han hecho. Todos nos hemos divertido aquí.

—Yo la quiero —dice el chico.

En todo ese tiempo yo no dejo de comer, tomo con el tenedor pedazos grandes de omelette y al mismo tiempo me meto en la boca trozos de pan y luego bebo jugo o café hasta que en el silencio este acto simple se vuelve una abominación. Todos apartan la mirada de la mesa, nadie quiere ver el sentimiento que flota al descubierto tras las palabras, tan obsceno como una mierda sobre la mesa. Adopto la vergüenza como mía y dejo los cubiertos al lado del plato.

—Como te decía, así es como reconozco a un estúpido —dice Antonio. El chico solloza—. ¡Oh, por Dios!, eres un estúpido sin duda.

Soy el único que se atreve a ver al chico degradado por sentir y expresar algo parecido al amor. Ella permanece en silencio con la vista en la playa y en su rostro tranquilo no encuentro vestigio de pensamiento alguno, es indescifrable. Pero no tardo mucho en darme cuenta con tremenda exactitud lo que ella piensa al respecto, y claro que me desconcierta y me muestra un indicio perfecto de lo que me espera, pero me hago el loco pues por ahora yo soy su nuevo chico.

—Creo que es mejor que te vayas —le dice al muchacho sin apartar los ojos de la playa—, deja la habitación libre esta noche para que él la pueda ocupar.

La última frase me parece de una crueldad innecesaria, pero así se lo dice. El chico de verdad suelta un sonido atrapado en la garganta como un gorjeo de sangre, se levanta y mira a Antonio a la espera de alguna reacción pero éste sólo lo esquiva, entonces voltea a verme a mí. Abre la boca y alza la mano para decirme algo que al final no puede decir, y sólo me señala con el dedo Índice. De pronto derriba toda la vajilla que tiene al alcance y antes de que se disipe el estrépito corre para bajar las escalinatas y se pierde en la playa. En el piso quedan sus sandalias abandonadas entre los añicos de la loza.

—¿Te preocupa algo? —me dice Voz Quebrada.

—Nada. No me preocupa nada.

—¿Quieres coger?

—¿Ahora?

Me toma de la mano para ponerme de pie, se mete de espaldas a mí entre la baranda y mi cuerpo, Antonio toma distancia de la mesa, prende un cigarrillo y nos observa sentado con las piernas cruzadas. Ella suelta la cuerda que acintura su pantalón liviano de playa y al resbalar por sus piernas veo que no trae ropa interior. Saca una a una sus piernas del pantalón y las separa, levanta la cadera y la mueve de lado a lado frotando sus nalgas en mi sexo. Siento una erección fuerte, me desabrocho los pantalones y con ellos en los tobillos me hincó para lamerle el culo y humedecerlo, luego coloco el glande, se lo voy metiendo despacio hasta que lo introduzco todo. Ella suspira y gime y me suplica que no lo saque y yo la obedezco, sólo lo empujo suave manteniéndolo todo en el interior del culo. Ella me dice que se siente poseída, o muy cogida o algo parecido, y eso provoca que me corra. Casi al mismo tiempo me pide que le tape la boca y entonces se viene. Subo mis manos por su vientre hasta los senos y los acuno, encajo mi barbilla en su hombro y permanecemos frente al mar mientras mi verga se desliza fuera de su culo. Apenas sale, ella se libera y se lanza desnuda a la alberca en un clavado perfecto. Me subo el pantalón y voy a sentarme a la mesa, tengo sed, así que me bebo los residuos de jugo de naranja de todos los vasos que encuentro. Antonio me mira y da una calada a su cigarro.

—Bienvenido, supongo —dice Antonio entre las volutas de humo de su cigarrillo, y yo, al abrigo del cielo azul inmenso, siento tristeza.

Estoy a punto de pedir el precio de una camisa de lino pero ella se acerca y la examina, me pregunta mi talla y le dice al dependiente que me muestre dos de diferente tono.

—¿Cuál preferiría señor? —me dice el muchacho con una camisa en cada mano.

—Dele las dos —interviene Voz Quebrada—. No tienes que preocuparte por el precio, de todas formas no podrías comprarlas ¿verdad? —dice pasándome las camisas.

Voy al vestidor. Dejo las camisas en el suelo y me desnudo delante del espejo de cuerpo entero. Hay distancia entre la imagen y la idea. Me quito los anteojos y echo el cabello para atrás descubriendo la frente. ¿Quién es éste? Después de un tiempo reconozco que no tengo sentimientos hacia mi persona. Quiero encontrar las deudas, la desaprobación, el resentimiento por no saber de qué manera vivir, todo el desamor, pero no hay nada. Una imagen desenfocada, la invisibilidad, soy un tronco hueco y seco que se aferra a la tierra. Una mueca de asco. Me pruebo una de las camisas, me entalla bien y deseo prenderle fuego, incendiar la tienda, el centro comercial, incendiar el mundo. Todo es producto de un mandato antinatural, una especie de ley por demás artificiosa y complaciente que crea monstruos insaciables. Salgo del probador en ropa interior y camino por los estantes de todas esas elegantes mercaderías, en calcetines, unos largos con el resorte holgado. Llego a la estación con el dependiente un muchacho ojeroso y flaco que en verdad no sabe lo que sucede.

—¿Todo está bien señor?

—Me llevo ambas. Y tú, no me vuelvas a decir lo que puedo o no comprar.

Es lo último que Voz Quebrada espera, apenas percibo un rictus, algo indefinido que modifica el territorio de su máscara de ecuanimidad.

—Aunque no sepa quién soy, sí sé quién eres tú.

—Está bien —contesta mientras le pasa al muchacho unas playeras *Lacoste*, un par de bermudas *Abercrombie*, calzones y tines blancos *Calvin Klein*, todas estas cosas para mí. Antonio saca su tarjeta de crédito de la cartera y la toma de un modo peculiar entre dos dedos y se la da al dependiente.

—Él no puede estar así —dice el muchacho. Antonio asiente y le pide las bermudas caqui para que me vista ahí mismo.

—Prefiero andar en calzoncillos, si les parece.

—Como desees. Pero, ¿podrías hacer algo con los calcetines?

Voz Quebrada es dueña de esta casa en la playa. No una casa modesta, más bien un pequeño palacio con alberca, terraza y sirvientes, por lo menos dos señoras muy amables que se afanan por toda la casa sin hacer manifiesta su presencia. En el primer piso justo encima de la terraza hay dos habitaciones principales con baño y vista al mar. Éstas se encuentran conectadas por un balcón al que es posible pasar a través de unos enormes cancelles de cristal e ir de una habitación a otra sin problema. Es en ese balcón, mientras me muestran la vista, donde me entero que Antonio y Voz Quebrada duermen juntos en una de estas recámaras, la misma que la noche anterior usamos ella y yo. Me instalan en la habitación al lado de ellos. Hay una King size empotrada en la pared, a ambos lados como terminación de la cabecera de madera oscura unos burós enmarcan la cama, cada uno con su lámpara para leer o contestar el teléfono en medio de la madrugada, o ver en la pared sombras increíbles que te alcanzan desde la infancia perdida, desde las calles de la antigua ciudad por las que andaban gitanos que hacían bailar a sus osos famélicos al ritmo del pandero, o desde las hojas manchadas de palabras libres escritas con letras deformes al margen de la ortografía y toda la potencia de una máquina de vuelo, y levantas la cara con los ojos empañados para encontrarte con la sutileza de la existencia pura, la vida restaurada de un creyente que aparece como una lejana tierra prometida y entonces apagas la lámpara, y entonces... Frente a la cama hay un armario de paneles corredizos de la misma madera que la cabecera. Una sección contiene toda la ropa bonita y elegante que el anterior inquilino no alcanzó a llevar consigo, y la otra una televisión, una videocasetera, y en un entrepaño bajo un moderno aparato de sonido, acomodados en fila, hay un montón de cd que me pongo a revisar. En la

colección hay cosas tan dispares y extrañas como David Bowie y Luis Miguel y otras aún peores. Dejo el disco de Bowie a la mano y me siento a la mesa junto al ventanal en una silla de mimbre. Aparto el cenicero aún con colillas olorosas y me pongo a hojear las revistas apiladas sobre la mesa. *La reina de la bachata*, *Cómo amarte hasta con los dientes*, *La heroína de los pobres*, y artículos así que prefiero no leer. Voy al armario y saco la ropa y la riego por todas partes. En todas estas cosas están los rastros del muchacho que partió esta mañana, y ahora también, la historia contada al revés de mi paso por esta vida. Las camisas son la infancia y las sábanas ligeras los escondites de dónde vengo e iré a parar a pesar de lo que diga o quiera. Llaman a la puerta.

—Está abierto —digo. Antonio pasa y cierra la puerta tras de sí.

—¿Estabas durmiendo? —se sienta en la cama.

—No, está bien.

—Sólo vengo a avisarte que cenaremos fuera y luego iremos por unos tragos. ¿Quince minutos son suficientes para que te alistes?

—Sí, me basta con eso —se hace un silencio en el que Antonio mira la ropa del otro chico.

—Es de Jorge. No veo por qué no puedas usarla, claro, si te va —no contesto—. Bien, entonces nos vemos en la terraza en quince minutos —se levanta y va a la puerta pero antes de salir se detiene—. Oye, es bueno que estés con nosotros, nos viene perfecto. Ella cree que eres especial, y yo no tengo

ningún problema con eso —hace una pausa y luego se adelanta unos pasos—. Supongo que no hace falta decirte lo que ella significa para mí.

—Entiendo...

—No, no creo que entiendas con claridad —me interrumpe—. Tengo una familia. Una esposa y un pequeño al que no he visto desde hace un año tal vez. Es posible que en todo este tiempo sólo haya llamado un par de veces a casa, él cree que soy un científico importante que viaja por todo el mundo estudiando animales en lugares recónditos en los que no hay teléfonos, ahora mismo se supone que estoy en el Polo Norte trabajando con pingüinos. ¿Sabías que no hay pingüinos en el Polo Norte?

—Siempre pensé que andaban por ahí en cualquier lugar en el que hiciera un frío del demonio.

—No, resulta que sólo viven en el Sur —no hace otra cosa que mirarme, me parece que a la espera de alguna reacción pero yo me mantengo inmutable, incluso es posible que ni parpadee, entonces hace una mueca que interpreto como sonrisa—. Te veo abajo —dice al fin.

Los siguientes quince minutos me dedico a caminar descalzo sobre el tapete afelpado al pie de la cama. No tengo ganas de vestirme para salir. Meto el cd de Bowie en el estéreo, la primera canción es *Lets dance*, y después de mucho tiempo de pie en el centro de la habitación a punto de babear mis pies empieza *Life on Mars*, entonces voy al baño y lleno un vaso con agua del grifo y vuelvo a beberlo a sorbos frente al ventanal. El cielo se revuelve como espuma y la luz

brillante del atardecer salpica mi cara y por un momento tengo una idea perfecta originada en un centro perfecto: largarme de aquí de inmediato, pero el presente es tan interesante, o mejor dicho, la chica está chulísima y la sola posibilidad de cogérmela en las diferentes formas que imagino me hace olvidar cualquier otra cosa y por supuesto, no me tomo en serio y me echo en la cama a esperar la promesa final. Al parecer no quiero amor ni dignidad, y espero que la tierra prometida no sea otra que ese lugar entre sus piernas.

Pasadas las diez de la noche estamos en el *Wolfrahm*. El bar es como una estación espacial de muros recubiertos con paneles blancos de acrílico con relieves geométricos. Al entrar por el túnel giratorio iluminado con tubos de luces rojas titilantes pienso en la estación y en el océano de Solaris y en ese momento, antes del vértigo y la locura del subconsciente, desvío la mirada de las paredes que dan vueltas a nuestro derredor para seguir a nuestro guía que es una chica imposible de no ver enfundada en un entallado vestido blanco mate sin mangas que le llega apenas por debajo del pubis. Una tenue capa de maquillaje blanco allana las facciones y contrasta el rostro con el cabello negro que lleva suelto y le cae pesado y compacto hasta la cintura. Al caminar echa un poco los hombros atrás, cruza las piernas blancas esbeltas adelantando la cadera para dar pasos ligeros con unos hermosos pies descalzos y flexibles. Nos lleva a una galería que rodea la pista. En esta zona los gabinetes están integrados a una burbuja de acrílico transparente como cabinas de mando de una pequeña nave voladora. Nos acomodamos y vemos por largo tiempo a la gente bailar, improvisar movimientos de danza al filo de la música electrónica. Puedo comunicarme

conmigo a pesar de la barrera de sonido que se interpone entre yo y mis pensamientos. Puedo especular, pero Voz Quebrada está ausente. Antes, durante la cena sólo hablé para ordenar su comida, y más tarde en el taxi, aunque nos sentamos juntos en el asiento de atrás, apenas intercambiamos palabra alguna en todo el trayecto. Como un germen, el silencio se propagó y la atmósfera se hizo espesa e inquietante. Comencé a frotar las manos en los muslos mientras una ondulación se dilataba en mi estómago, entonces apreté el abdomen para aprisionarla. El único gesto de proximidad sucedió al pasar al lado de un árbol maravilloso, insólito en su disposición al fondo de la calle enraizado en el cielo oscuro nublado, iluminado con las lámparas azules del anochecer del ayuntamiento. Energía vital que se movilizaba en torno a la frondosa y simétrica copa y se elevaba por las ramas y el tronco y las raíces-nube que se disipaban por las vetas de la oscuridad nocturna. La calle terminaba ahí y el sentido de la vuelta iba hacia el lado izquierdo de modo que ella quedó frente al árbol un segundo mientras el coche avanzaba. Entonces volteo a mirarme y sonrió y eso bastó para que disminuyera mi desasosiego. Alargué mi mano por el asiento y alcancé la suya, ella la recibió, la apretó un instante y volvió a soltarme, entonces de nuevo me faltó el aire.

Por momentos ella habla con Antonio, breves intervenciones que la convierten en la chica que amo, pero a mí me ignora. Mira a la pista atenta, y trato de ver lo que ella ve. El lugar está lleno de personas hermosas, chicos y chicas me incomodan por igual con sus buenos cuerpos ejercitados y sus rostros afilados como putos actores y modelos. En este punto soy como un animal que roe su

propia pata atenazada para soltarse de una trampa de hierro. Cuando traen los tragos me bebo el mío de una vez y me levanto de la mesa. Trato de hacer que ella me extrañe, que note mi ausencia que prolongo por media hora. Intento interactuar con la gente. Intercambio algunas palabras estúpidas con un grupo de chicos e incluso logro que una hermosa joven me invite a beber de su vaso. Llego a creer que he vuelto, que soy el mismo muchacho de siempre dispuesto a la liviandad. Desde donde estoy eventualmente echo miradas a la cabina donde están Antonio y Voz Quebrada, ellos charlan poco pero se ven cómodos y eso, tan poca cosa, me duele, así que reconozco que mi retorno es sólo una ilusión. Al final regreso a la mesa con la esperanza de que me pregunten en dónde he estado, pero apenas me voltean a ver cuando me deslizo por el asiento al interior de la esfera.

—¿Pasa algo? —pregunto por fin.

—No, ¿qué podría pasar? —contesta ella sin verme.

—No sé, por eso pregunto. Siento que algo pasa —ella voltea a verme.

—¿Te pasa algo ti?

—No en particular, sólo que... no entiendo, ¿en verdad quieres que esté aquí?

—ella fuma antes de contestar.

—Sí, quiero que estés.

—Entonces por qué me has ignorado toda la noche.

—Tienes razón —me dice y me atrae a ella y me besa en la boca con los labios cerrados. Eso me calma y platicamos mientras tomamos un par de tragos pero percibo que en todo ese tiempo ella no deja de voltear a la pista de baile. De pronto me atrae a ella y me dice aparte:

—No somos el centro de nadie. Voy al baño —se levanta y me obliga a salir de la cabina para que ella pueda pasar.

Me quedo de pie viendo cómo se pierde entre la gente en dirección a los baños y no la vuelvo a ver hasta hora y media más tarde. ¿Qué es que lo pienso en todo ese tiempo a pesar de la barrera de sonido que...? Bien, lo que pienso: la imagino flirteando con algún tipo y luego yendo con él al baño o a cualquier sitio en la oscuridad, la imagino metiéndole la lengua en la boca como se niega a hacer conmigo, mientras él mete la mano entre sus piernas y ella las separa para que alcance su sexo. La veo volteándose y parando la cadera para que la penetre del mismo modo que hizo conmigo en la terraza durante el desayuno. Sin salir de la burbuja la busco en todas direcciones, la trato de ubicar entre la gente, la veo en todas las chicas que llevan el pelo como ella, en los rostros de los chicos y las chicas en esta aglomeración de piel y sudor y regocijo, las luces estroboscópicas, la música, la espera, suspiros, la esperanza de que en cualquier momento ella va a aparecer entre la multitud, la espera, la certeza de que está cogiendo con otro, froto mis manos, ansiedad, salgo de la seguridad de la cabina y me adentro entre la multitud de cuerpos pringosos y la busco por mucho tiempo hasta que deseo estar cayendo de cabeza desde el piso cincuenta de un edificio de Corea, y

entonces vuelvo y la encuentro dentro de la burbuja bebiendo y charlando con Antonio.

**A**bro los ojos. Me quedo quieto dándome cuenta que aún dormido, el dolor flota en el ambiente de mis sueños. Estoy solo en medio de la cama, desnudo bajo las sábanas tibias. El fresco de la mañana anega toda la habitación, la luz se filtra a través de las cortinas, que son unos lienzos suaves de lino. Tras éstas, la puerta corrediza está a medio abrir. Escucho el rumor suave del viento que agita las palmas, el vaivén del mar que explota en la playa, el rugir de una moto que sube trabajosamente la cuesta a la distancia, la respiración entrecortada de Voz Quebrada durante la noche, las voces acalladas de mi cuerpo frágil, los pronunciamientos reunidos en mi rudo tránsito por la vida de los otros, los sueños hechos fiebre. Las puertas cerradas que no abriré nunca. Si alguien me dijera que ella no es real, lo apuñalaría de la forma más sanguinaria, pero aun así, ella no sería real, pero aun así, no me importaría.

Tomamos otro taxi en la madrugada, y del mismo modo que en el anterior nada se dijo. Viajamos en el asiento trasero y mientras yo miraba a través del cristal la luz que se desdoblaba sobre las paredes de yeso, ella abrazaba y besaba a un chico levantado en el Wolfram. Odié su actitud desenfadada, que era una farsa, frente al alcohol, la coca, el chico, mi mirada perpleja y triste, odié su repentina condescendencia para conmigo, me veía, y sonreía al incluirme en una conversación superficial creada para encubrir su verdadero interés. Llegamos a casa y de la forma más natural organizó el alojamiento. Antonio dormiría en la habitación de huéspedes, después, claro, de presenciar su número, en cuanto a mí, ni siquiera se mencionó nada. Me recosté con la ropa puesta y traté de no pensar, hundirme en el flujo eléctrico de la respiración profunda abarcadora y me

dormí escuchando las voces y risas contenidas al otro lado de la pared, quizá sólo era un inocente deseo de seguir la fiesta, me consolé. De la nada desperté, no tenía noción del tiempo, agucé el oído y sólo había silencio. De pronto escuché un quejido, algo tan imperceptible que dudé de si en verdad había oído algo. Luego fue dolorosamente claro, los quejidos se sucedían y se intercambiaban con susurros y gritos. Una rara intermitencia se reproducía dentro de mí, era como una vibración que iniciaba en el vientre y después de alcanzar todo mi cuerpo cesaba un momento y volvía a empezar. Los ojos me ardían y tenía caliente la entrepierna. Lentamente se me puso dura y advertí la espiral del viejo deseo sexual y al mismo tiempo, como una corriente eléctrica, un pensamiento pasó por mi cabeza, “es la respuesta a la ansiedad, estás enfermo y eres débil”. Apenas pasó, me levanté y salí al balcón. Me acerqué a su ventanal, las cortinas estaban corridas pero a pesar de no ver al interior, el olor dulzón de la base emergía desde el interior. Me saqué la verga y comencé a masturbarme con los gemidos de Voz Quebrada. La tenía durísima y la tardanza era dolorosa. El primer chorro alcanzó el vidrio y luego cayó espeso sobre mi mano y el suelo. Estaba limpiándome con las puntas de la camisa cuando me alcanzó la conciencia plena posterior a la eyaculación. Caí de rodillas observando mi miseria.

Me estiro y tenso el cuerpo. Mi mente gotea un pensamiento que se torna miedo resplandeciente en la loca noche ciega de los tiempos antiguos en los que yo era un niño abandonado a los viejos demonios de eras perdidas (todos decimos que éstos han muerto, pero todos sabemos en la intimidad, que no es así), y mi madre pervertía con su comercio de los genitales, todo el amor que pudiera haber

en mí para dar a una mujer. Tenso mi cuerpo tratando de evitar que el miedo se inocule en cada poro y se disperse en mi interior e inicie una lucha entre la enfermedad sin nombre y mi penoso yo. Aprieto las piernas una contra la otra desde las nalgas y siento el endurecimiento paulatino de mi verga. Es notoria bajo la sábana. Estimulo y sostengo la erección con la tensión del perineo.

—¡Putra madre!, ¡tengo una gran verga!, ¡la gran verga cósmica! —y después grito y la saliva se hace espuma y siento que los ojos están a punto de saltar de sus órbitas—. “Devuélveme el son del gozo y la alegría y se recrearán los huesos que abatiste...” —así me doy cuenta que me he perdido.

De repente alguien corre la puerta. Me incorporo empapado en sudor. Ella entra envuelta en una sábana, y sin decir nada va y se mete a la cama. Abro los ojos a mi propia oscuridad, el yo que se multiplica hambriento y sediento en la espesura de la mente vacilante, la indigencia del amor. Se recuesta a mi lado en posición fetal y me atrae hacia ella. Me echo de costado a su espalda, y meto un brazo por debajo de su cuello para alcanzarle un seno. “Crea en mí un corazón limpio y renueva mi espíritu...”. Un grito silencioso que remonta la oscuridad desde mi infancia, un grito permanente. Ella toma mi otro brazo, lo cruza por encima de su cintura y lo sitúa en su vientre. Me arrimo para acunarla con todo el cuerpo, entonces acomodo mi verga hinchada entre sus nalgas. Respiro temeroso de abrir la puerta que conduce a mi habitación desnuda inundada de terror, y entonces vuelvo a cerrar los ojos apretando los párpados hasta el ardor descendente de mi existencia inmóvil. “No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo espíritu...”. Besa mi antebrazo que queda al alcance de sus labios. El miedo dice:

“no abras la puerta” pero tras la puerta habita la verdad, así que, ¿Qué hacer? “Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi mácula está siempre delante de mí...” ¿Qué son las palabras? En la estrechez de mi mente leo: ríndete. Caigo en el ensueño de su calor, de su carne blanda, del olor tras su oreja, y siento muchas ganas de llorar. Estoy tendido sobre mi cama y lloro las palabras de otro que parecen mías, “he aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría...”, me relajo y dejo que suceda. “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado, al corazón contrito y humillado no despreciarás mi Dios...”. Al mismo tiempo que el miedo se moviliza en mi cuerpo a través de la sangre, comprendo que en realidad no es mi miedo, ni mi cuerpo, ni mi enfermedad. Bajo la mano por su vientre hasta la tibieza de su sexo, la guardo entre sus piernas y me quedo dormido.

Antonio nos observa sentado al borde de la cama. Es el tufo de su cigarrillo lo que me despierta. Lo veo ahí sin sobresaltarme. Tengo la sensación de que todo cuanto hago a la luz de sus presencias es una mentira. Yo mismo soy un estafador que teje las urdimbres de sus falsedades en el cuerpo de los otros, y aunque he deseado quemar todo el mundo conocido y pervertido por la escalofriante frivolidad de los nuevos hijos del siglo, no soy más que un hombre periférico. Antonio arrastra su mano sobre mi pie por encima de la sábana, sube hasta el tobillo, y lo sujeta con firmeza. El humo se eleva delante de sus ojos entrecerrados, entre nosotros. La presión no es tan fuerte para hacerme daño, pero uno de sus anillos se incrusta en mi hueso, de cualquier forma no retiro el pie, me quedo quieto, escucho la respiración de Voz Quebrada, la combustión del

tabaco, mi propia respiración originada en los genitales, "nada importante que valga la pena ser expresado". Alguien intenta suplantarme desde mi cabeza y no hallo inconveniente en intercambiar la identidad, los recuerdos idos por cada una de las invenciones de mi imaginación, y las memorias de otros que he robado. En todo ese tiempo Voz Quebrada no cambia de postura una sola vez, ni yo dejo de abrazarla, ni Antonio me suelta. Una acción sostenida, prolongada, un extraño sistema subyacente de intercambio que atraviesa el continuo de los acontecimientos: la luz cambia, el mar se apacigua, el calor empantana la habitación, el ambiente se llena de moscas que zumban sobre la piel caliente y pegajosa, el cigarrillo se consume, y por fin, con un cansancio descomunal, Antonio lleva el brazo a la boca para deshacerse de la colilla, a tiempo para que yo retire el pie, y ella se mueva bajo la sábana y abra los ojos. Estamos despiertos los tres, expectantes, sin atrevernos a traspasar la frontera que nos contiene más allá de los cuerpos, los ríos subyacentes que borbotean nuestra experiencia singular.

—Acabo de recibir noticias de casa —dice Antonio—. Mi mujer murió ayer.

Dice esto y se dirige al ventanal, entreabre la cortina y se evapora en la luz exterior al traspasar el umbral. Ella baja los pies de la cama, y se queda sentada un rato con la cara entre las manos. Yo soy prudente y no pregunto nada ni trato de acercarme. Al cabo de un rato va al baño. Oigo a través de la puerta emparejada el chorro de su orina que se mezcla con el agua estancada en el inodoro, luego abre la llave del lavabo. Al volver tiene el cabello húmedo y le escurre agua por la cara y el pecho.

—Debo estar con él —dice al tiempo que abre el closet y toma una toalla, se seca el cabello—. Puedes pasar el resto del día en el centro, comer por ahí en algún lugar bonito, ¿necesitas dinero?

—No, estoy bien.

—Bueno, de todas formas te voy a dejar un poco con Luchita. Nos vemos acá para cenar —me obligo a sonreír, entonces asiente y sale de la habitación del mismo modo como llegó.

Al poco tiempo escucho sus voces ásperas, forzadas a salir de sus gargantas a punta de aire comprimido. En algún punto escucho que alguien solloza, me parece que es Antonio. Jalo la sábana para cubrirme hasta la cabeza y cruzo los brazos sobre la cara. Intento volver al sueño, pero es imposible. De pronto caigo en cuenta de que es muy posible que Antonio tenga que irse por un tiempo. La idea de estar unos días a solas con Voz Quebrada me hace sonreír. Es en ese momento que decido pasar un buen tiempo en la alberca antes de ir de paseo.

Recuesto la cabeza sobre los antebrazos, del cabello me escurre agua que anega las cuencas de los ojos y fluye entre los labios. Sopla un viento tenue proveniente del mar que me eriza la piel. Sonríó al darme cuenta que me siento bien, que no la he extrañado. Poco a poco el sol calienta mis hombros y el cuello y la cabeza húmeda que sobresale del agua. De pie a la orilla de la alberca después de atravesarla nadando varias veces, me hundo en un ensueño descansado y tibio.

—Traigo su jugo, ¿quiere que lo ponga en la mesa?

—No, Luchita, déjelo aquí por favor —su silueta a contraluz me parece enorme. Se agacha y deja la bandeja en el piso con mi vaso de jugo de naranja en el centro. Es una hermosa mujer de cabello negro con el aspecto del Norte, un poco gruesa pero en forma. Se levanta, tiene unas piernas estupendas.

—¿Quiere que le sirvan el desayuno en la terraza? —me dice con una seriedad especial seguramente encaminada a hacerme notar que sabe que le veo las piernas.

—No, no voy a desayunar aquí, gracias —se da vuelta—. ¡Luchita!, ¿sabe usted que hay algo llamado estar de buenas por la mañana?

—Sí, algo he oído de eso. Pero fíjese, no creo que sea para gente como uno, que tiene que lavar la ropa sucia de otros, o tal vez sí, porque hoy el señor me ha dado la tarde libre.

Antonio se aproxima detrás de ella. Al pasar a su lado la saluda y ella responde algo impreciso y se va. Cuando desaparece alcanzo mi jugo y lo bebo de un trago.

—¿Qué fue eso? — pregunta Antonio. Me encojo de hombros. Acerca un par de tumbonas a la piscina y se echa en una, yo me apuro a salir del agua y me uno a él.

—¿Quieres algo de tomar? —le digo.

—Podría tomar un whisky con hielos.

Me levanto muy solícito y voy al carrito a preparar su trago. Se lo doy en la mano.

—¿No van a pasar el día juntos? Veula me ha pedido que salga hoy —me tiendo a su lado.

—¿Tú no vas a tomar nada?

—No, hoy paso.

—Como quieras —da un sorbo a su bebida—. Ahora se está bañando. Ella planea salir esta noche. Se lo que piensas —no digo nada—, pero no la juzgues mal, no es fácil para nadie —se bebe el trago completo—. Tengo que volver a casa con mi hijo. ¿Me puedes dar otro trago?

—Seguro.

Le sirvo tres medidas con hielo. Regreso con el vaso en una mano, antes de dárselo volteo a la playa, a la distancia unos pájaros vuelan en círculos cerca del horizonte y se dejan caer en picada al mar.

—Tengo que volver y no estoy listo todavía, no estoy listo para dejarla.

—Sólo serán unos días.

—No, no entiendes, esto será definitivo.

Cierro los ojos y cruzo el brazo por la cara. Todo es nada, pero en la nada todo yace en quieta reserva. Con los ojos cerrados floto en el silencio acogedor y de repente experimento la soledad como un estremecimiento en la piel, un hueco en

el estómago, la oscuridad circundante inexpresiva. “Me estoy quebrando”. Por un momento no sé quién dice eso, y luego Antonio continua:

—Esta noche no puedo dormir solo, no lo resistiría, ¿dormirías conmigo? —  
suelto un gruñido para asentir.

Por la tarde encuentro a Nino y a su esposa dando un paseo en el centro. Después de visitar la catedral los veo bajar por la calle. Nos quedamos un rato frente al pórtico poniéndonos al día, entonces Nora dice que ha preparado un postre de majoun y me invita a su casa a probarlo.

La casa está a oscuras y presenta un aspecto miserable, las paredes y el techo están manchados de alquitrán, huele a basura podrida, tabaco y piedra. El mobiliario formado por una mesa con cuatro sillas, y junto a la ventana un sillón de dos plazas, está desgastado. Nino me explica que no han pagado la cuenta de luz.

—Puedo darles el dinero para pagar, si quisieran... —digo.

—Bueno, puedes darme algún dinero en préstamo pero no me gusta andar con tonterías, sabes bien para que lo usaremos —contesta Nino.

El viento agita las cortinas ajadas y ulula en el pasillo. Se escuchan voces aprisionadas en el aire caliente que es la respiración enferma de la casa. Nora trae de la cocina un elegante servicio para el té con charola y cubiertos plateados y hermosas tacitas de porcelana. El preparado de majoun viene en un platón que coloca al centro, y nos deja a cada uno una cuchara sobre una servilleta blanca manchada de tiempo. Sirve el té.

—Usa tu cuchara para comer directo del plato —me dice Nora.

La hundo en la pasta que es en verdad suave y como el primer pedazo oloroso a clavo y miel y dulce marihuana de Oaxaca. Luego meto la nariz en la taza frente a mí, es un reconfortante té negro que bebo a sorbitos para pasarme el bocado. Y así vamos cuchareando el majoun.

—Tal vez sea demasiado para mí —digo.

—Sométete a todo, abierto, siempre escuchando —dice Nino—, no tengas miedo, el límite es la muerte. Sólo una cosa, intenta no emborracharte fuera de casa, un borracho imprudente es la cosa más terrible de presenciar.

—Amén —contesta su esposa.

—Esta mañana escribí unas líneas sencillas, échales un vistazo —me dice Nino y me da una hoja de papel arrugada y sucia como si hubiera pasado por muchas manos. Leo: “ayer mojé un bollo en café”, y luego, “descubrí que era tarde para mí”. Una mancha de algo indeterminado cubre una gran parte de la hoja pero al final salta otra frase, “di la verdadera historia del mundo”. Una melancolía injustificada y sin forma surge en mí mientras le devuelvo el papel. Voy cayendo lento pero consistente, voy cayendo.

—Desde el principio tengo problemas con la verdad —me oigo decir, y después siento la lengua hinchada y mis pensamientos más íntimos se convierten en gorjeos—. Blafmudejedif bafciwetyufhub.

—¿Encontraste lo que viniste a buscar?

—¿Maklshepodfdsabcakirjedend?

—¡Ah, crees que sí! Pues te diré, tus amigos son unos vampiros, principalmente Antonio, un lisiado peligroso —contesta Nino—, peligroso, digamos que es un hombre incapaz de amar.

El majoun me hace efecto, me despido como me es posible, y vuelvo a casa aturdido. Recorro el vestíbulo y la cocina, llamo varias veces, pero no hay nadie. Salgo a la terraza, me detengo en la alberca y pienso que un chapuzón me vendría bien. Me quito la ropa y antes de saltar al agua, tomo conciencia del vaivén aterciopelado de las olas, entonces me decido por el mar. Bajo las escalinatas, y echo a correr a la playa, chapoteo en las olas y me adentro hasta no tocar el piso. Me quedo flotando boca arriba con la visión de las constelaciones al ras de mis pupilas. Luces trémulas a años luz de distancia que son parpadeos de mi mente omnisciente. Salgo del mar arrastrando las piernas y a la distancia, pendiente de la terraza veo una silueta indefinida que aun en la ambigüedad del sopor de la oscuridad-droga-tiempo ilimitado, me provoca un escalofrío en la columna. Me acerco lento, el aire está cargado de electricidad que eriza mis cabellos. Antonio cuelga desnudo de una soga tirada desde la baranda de la terraza. Veula no está en casa y yo soy incapaz de pensar bien. Subo a mi cuarto, me tiro en la cama y me sumerjo en una delicada ensoñación de un lugar tibio y benigno en el cual Veula es mi mujer, y yo, por fin, he dejado de correr.

Estamos sentados a la mesa con los restos de la cena entre nosotros. No hay servidumbre, Veula se deshizo de todos. Hace tiempo que cenamos comida comprada en el *super*, que interactuamos como sombras en la semioscuridad de habitaciones apenas iluminadas por las luces exteriores, que no es posible acercarnos, hace tiempo que no la toco. En la habitación no hay verdaderos indicios de vida humana, dos cuerpos plasmáticos a punto de ser deshechos por la fuerza de la tristeza que devora toda formación energética. Los pensamientos, y la impronta del pasado, y la persona misma desaparecen de la faz. Sirvo dos copas, mi idea es emborracharnos más allá del calor en las mejillas, la lengua suelta, el dolor de cabeza. Ambos bebemos lento, y antes de vaciar el vaso desisto de mi plan, y eso me hace sentir un poco humano así que me atrevo a tomarla de la nuca para atraerla a mí. Ella no se resiste pero trata de manipular mi cabeza para que se acomode a un acto restringido por una idea previa, un acto en absoluto espontáneo. Me jala y me rechaza, me recuesta entre sus pechos, y luego repite todo de nuevo, pero nunca está cómoda, por más que ella trata, su cuerpo me rechaza. Mete la lengua en mi boca, la mueve entre mis dientes y la enreda con la mía. “Esta vez sí”, me digo, y entonces mordisqueo y lamo sus labios e introduzco mi lengua en su boca. De pronto ella la muerde, me aprisiona entre su dentadura impidiéndome cualquier acción. Me mantiene sometido de ese modo por mucho tiempo. En un instante estoy lleno de odio. Me echo atrás de un movimiento, sus dientes desgarran la piel de mi lengua y el sabor metálico de la sangre inunda mi boca de inmediato. El dolor y el odio se mezclan y cuando me doy cuenta la he golpeado con el puño. Ella se cubre la cara sollozando y se da vuelta y me insulta con desprecio.

—¿Por qué?, ¡tú no eres así!, ¡no eres así! —dice.

Esas palabras me despiertan, y observo con precisión la naturaleza de mis actos, la monstruosidad en que me he convertido. Se inflama la arteria de mi cuello, la ansiedad palpitante se extiende y me sumerjo en un malestar sin fondo, un mar de culpa y arrepentimiento que me es insoportable. Abandono la casa y corro por la playa sin detenerme hasta que siento que el pecho me va a explotar, caigo y me pierdo en la neblina de la inconsciencia.

Vuelvo al lugar donde empezó todo. Encuentro a Nino en la misma mesa aquella del fondo del Cuarto Bate. Me saluda a la distancia y me hace seña de que me acerque. Me siento frente a él y pido un café.

—Veo que sigues mi consejo, claro, un traguito no hace mal a nadie. Hay que vivir para recuerdo y asombro de uno mismo. Pero en estos días nadie valora tal honestidad.

—Bueno, ya veremos quienes heredarán el mundo.

—Mmhh. Bien Dicho. ¿No se te apetece un pinchacito, sólo un pinchacito para llevarla?

Pedimos la cuenta. El mesero nos dice que ya está pagada.

—¿Sí? ¿y quién la habrá pagado? —pregunta Nino.

—El joven de allá —contesta el mesero. Al voltear, Jorge me saluda con la mano, le devuelvo el saludo con la cabeza.

—¡Ah! Un viejo amigo tuyo.

Salimos del Cuarto Bate y nos dejamos llevar por calles vacías que nada significan para nosotros. A veces hablamos, pero la mayor parte del tiempo caminamos a punto de alcanzar el silencio absoluto, el vacío, la no presencia. Sin saber cómo, estamos en la playa delante del océano infinito. Los destellos plateados de las ondas de agua se elevan como polvo estelar y salpican los manchones de colores que flotan en el aire. Suelto los brazos e inclino la cabeza hacia la tierra, las lágrimas se agitan en mis ojos al fondo de todas las visiones de

este mundo asombroso, y en el recorrido como hielo ardiente, me doy cuenta que no soy quien solía ser. Mi cabello ondea como nubes al paso, sentimientos condensados para ser llovidos, memorias de mi prehistoria cuando en los brazos de mi madre era un creyente y todo en mí era perfecto. Nino se balancea plácidamente en la oleada de droga que sube por su entrepierna, eso significa el color de la piel, azul profundo en el mar del pensamiento. Sí, hay dos o tres cosas como esta en mi vida. El sueño no ha terminado. Hacia la puesta de sol una vieja barca abandonada bambolea con las olas.

—¡Ey, chico!, ¡vamos a dar un paseo! —Nino corre a la barca chapoteando los pies, se monta en ella y me grita que la remolque hasta la profundidad—. ¡No olvides gritar lo insondable desde lo hondo de tu imaginación!

A un oleaje tranquilo, la muerte de rasgos suaves, al sol suspendido, el fije definitivo. Hay dos o tres cosas como esta en mi vida, tan difíciles de hallar. Nos embarcamos y giramos con un gusto único y un verdadero amor por la droga. ¡Qué salto! Una bella tarde zarpamos y zarpamos y lo repetimos eternamente. Después siguen las estrellas dibujadas y un cielo oscuro de misterio, de cobijo, de desaparición. Puedo decir que encuentro a mi chica fría como noche de aventura, y mi necesidad por ella es grande, profunda, y auténtica.



# Poética de la verdad



Al leer algunos fragmentos de la siguiente poética, un amigo cercano comentó que le parecía tendenciosa. Yo estaba confundido, no entendí el señalamiento. “Pues claro que lo es” le contesté, “estoy develando mi pensamiento, mi obra y sus pormenores, no hablo en representación de nadie más que de mí, y al hacerlo intento exponerme con honestidad, lo que está en juego aquí, no es lo que la literatura en general debiera ser para los hombres y mujeres del mundo, sino lo que es para mí, me apego a lo que tengo al alcance: mi experiencia limitada, y esa es toda la verdad”. “Pues adelante”, terminó diciendo en un tono que parecía más: “pues estréllate”. De esta conversación se me ocurrió el título del presente trabajo, *Poética de la verdad*. Por supuesto no tengo la menor idea de lo que signifique “la verdad” para cada uno de los pobladores de la Tierra, o como concepto cerrado. Yo sólo he querido referirme a mi propia aproximación al fondo de mis actos y hechos de vida pues para mí, en el presente, tal ejercicio representa un tema central. La realización de una especie de inventario moral, y la contemplación de la naturaleza exacta de los resultados, me condujeron a pensar en la palabra “verdad”, lo cual, únicamente significa que en este diario me presento con

honradez y humildad. Dicho esto, procederé a hablar sin reserva realizando afirmaciones, que ha quedado establecido, son parciales y sólo a mí representan.

Inicialmente este trabajo fue ideado como un diario de novela, un texto paralelo, escrito más o menos al mismo tiempo, de *Corredor Indio*. Inspirado en *Diario de una Novela* de Steinbeck (2008), en el cual el autor de *Al Este del Edén*, se plantea escribir una suerte de explicación dirigida a su hijo pequeño para que éste comprenda lo que su padre hace encerrado tras las puertas de su estudio. Este sencillo propósito ubica al diario más allá de lo literario y lo convierte en una herencia de vida. Steinbeck se preocupa, no solamente por desentrañar los aspectos teóricos y técnicos del acto de escribir, sino del sentido más fundamental del hecho creativo, la descripción de lo cotidiano que conforma el inventario singular que de el mundo hace el autor, su mirada única expuesta como un legado para que su hijo conozca el mundo a través de sus ojos. Estoy convencido de que la obra literaria en sí misma, puede ser un inventario moral de su autor, pero la idea de escribir un diario de mi trabajo, que en un lenguaje directo, diera luz sobre el fondo de sufrimiento y vida que subyace en mi obra creativa, un legado quizá, para mi propio hijo, resultó muy atrayente, pues encuentro de mucho valor la autoexposición honrada de un hombre en su búsqueda, mediante el acto de escribir, de la liberación del sufrimiento, de la regeneración personal. Otra referencia para el presente trabajo fueron las apostillas finales que Marguerite Yourcenar (2005), hace en sus *Memorias de Adriano*. En este caso, observé el

seguimiento estrictamente literario que ella hace de su proceso de creación, y lo utilicé como modelo. El presente material fue escrito originalmente de manera aleatoria en cuanto a los temas, y nunca necesariamente día a día, es decir, lo fui construyendo durante algunos meses a la par de la novela *Corredor Indio*, y respondía a la preocupación del momento, un estado mental originado en el instante preciso de escribir la novela, las resonancias, recuerdos, reflexiones provocadas en mi interior por el proceso de escritura, y nunca seguí un estricto orden por día. El resultado era interesante pues justamente daba cuenta de este proceso libre, en el que los temas surgían dispersos a lo largo del texto, sin ningún orden salvo el de la temática fijada en la inspiración. Sin embargo, como resultado del trabajo con la maestra Ana Cuandón en el curso: *Seminario de Titulación*, se decidió, si bien, mantener la idea original de diario, por lo menos organizar los segmentos por temas para darle una lógica más secuencial a las ideas expuestas.

El escribir es un proceso mediante el cual, interpretamos, transformamos y redistribuimos las percepciones que obtenemos del mundo. Está vinculado de modo inherente a todas las esferas de lo humano. Es un hecho político, cultural, social, espiritual, psicológico, etc. Entendemos entonces que desde el momento mismo de la concepción de un hecho literario o más ampliamente, artístico, intervenimos distintos espacios tanto físicos como simbólicos, tangibles e intangibles. La literatura atraviesa, en todo tiempo y lugar, por las diferentes

cosmovisiones que entrelazadas conforman el legado de la gran familia humana, es universal.

De acuerdo con lo anterior, edité los fragmentos del diario en cinco grandes espacios de reflexión basados en el famoso cuestionario que en mil novecientos treinta y nueve, la *Partisan Review* (Moyano, 2012), hiciera a varios escritores Norteamericanos, entre los que estaba el propio Steinbeck. Se trataba de siete preguntas encaminadas a saber si los escritores tenían o no un programa<sup>1</sup>, si estaban creando una literatura comprometida de alcance social. El cuestionario lo utilicé más como espacios de reflexión que preguntas directas en torno al proceso de creación de un texto literario. Estos apartados los reduje a cinco de acuerdo a los intereses ya mostrados en mi diario, en lugar de los siete originales que proponía el cuestionario de la *Partisan Review*. Lo que escribo y la manera en que lo hago atraviesa por mi vida personal, ésta es el fundamento de mi trabajo, y a su vez, la obra que perfiló día a día con dedicación y cuidado va transformando imperceptible pero decididamente todos los ámbitos de mi vida. De modo que la escritura y la vida se entrecruzan como temas centrales del presente diario y la siguiente organización sólo sirve para el propósito de lógica ya mencionado pues

1 Estas son las preguntas originales de la *Partisan Review*: 1) ¿Es consciente, en sus escritos, de la existencia de “un pasado utilizable”?; 2) ¿Considera usted que escribe para una audiencia determinada?; 3) ¿Concede mucho valor a la crítica recibida por su obra?; 4) ¿Ha encontrado posible ganarse la vida escribiendo lo que usted quiere, y sin la ayuda de muletas tales como la enseñanza y el trabajo editorial?; 5) ¿Cree, recapacitando, que sus escritos revelan alguna lealtad a un grupo, clase, organización, región, religión o sistema de pensamiento?; 6) ¿Cómo describiría la tendencia política de la literatura norteamericana en general desde 1930?; y 7) ¿Ha considerado la cuestión de su actitud hacia la posible entrada de los Estados Unidos en la próxima guerra mundial?

para mí, hay un momento en que los límites entre una y otra son confusos. Los apartados quedaron del siguiente modo:

- a) Recursos narrativos. Se refiere a los recursos literarios elegidos más o menos conscientemente para estructurar y desarrollar la novela presentada como proyecto de titulación, *Corredor Indio*. Sin embargo, hay decisiones tomadas fuera de lo estrictamente estructural y mucho más cercanas a mi necesidad personal de comprenderme, de mirarme en un espejo.
  
- b) Experiencia espiritual. La que se vive en el cuerpo y ahonda en intuiciones que se asientan en la base de la columna vertebral como verdades respiradas que asoman sin reserva en el relato. Dada mi condición de cristiano, ¿para qué otra cosa escribir?
  
- c) Terapéutica del dolor. Medios narrativos como instrumento para configurar una terapéutica del dolor individual y colectivo. La presencia de un “pasado utilizable” personal y social en mis escritos, y su posible resignificación mediante la escritura creativa.
  
- d) La neutralidad imposible. Una reflexión sobre lo político y social del acto de escribir.

e) La audiencia y la crítica. Una consideración acerca de si existe una audiencia determinada para la cual escribo, y la valoración que hago de la crítica especializada y no, recibida por mi obra.

Hasta aquí llega mi iniciativa de organización de este diario. Las afirmaciones, reflexiones y comentarios que lo componen, por supuesto, ya incluidas en sus respectivos bloques, siguen ese ritmo libre y un tanto arbitrario del formato natural del género.

## Recursos narrativos

No hay manera, es necesario empezar un nuevo proyecto. Ya lo veía venir, por un tiempo estoy tranquilo dedicado al disfrute de los amigos, pero en algún momento empieza a manifestarse esta prisa por vivir, por beberme mi vida antes que se acabe, por correr veinte kilómetros, o escalar una montaña, o escribir una novela, entonces no hay forma de escabullirme, es necesario empezar, antes de romperme.

\*

Tengo la idea de escribir una continuación de mi primera novela publicada, *Krummville 50*. Cuenta la historia de un viaje en carretera, en busca del lugar mítico que da nombre a la obra. En algún punto de la historia, el personaje principal, Lorenzo, se encuentra en una cantina de carretera, con Fabián, quien lo acompañará por un largo trayecto en este viaje de iniciación. Ésta será la novela de Fabián y se mostrará al personaje antes y después del encuentro con Lorenzo.

\*

*Corredor Indio*. Me gusta ese título. Es el nombre de un pato. Pero pienso en un mensajero, un relevista indio que corre a través de los bosques y las montañas librando todos los peligros imaginables, desde osos hambrientos, jaurías de lobos, cazadores de otras naciones y hombres blancos, para llevar el mensaje a salvo. El

corredor indio se convierte en el mensaje mismo mediante esta carrera ritual, es un soplo vivo de su tiempo y de su pueblo. Veo a mi personaje principal huyendo de todo, tratando de conservarse a sí mismo en un mundo sanguinario, violento y pueril, para expresar una naturaleza específica, que lo abarca totalmente y lo lleva a cumplir un propósito, un destino. Mi personaje representa una clase de hombre que es un mensaje de una era pasada, una clase de hombre en extinción.

\*

En mis novelas siempre introduzco referencias de mis novelas anteriores. Por ejemplo, en *Cartas desde la Tierra*, en algún momento Yun lee un libro y cuando Lolo le pregunta por él, ella lee en voz alta un fragmento de *Krummville 50*. *Corredor Indio* es una saga de *Krummville 50*, en un punto, se revive el trayecto que Fabián y Lorenzo recorren juntos, pero ahora desde la voz de Fabián. De ese modo voy construyendo un universo, una mitología personal. Esta idea la tomé cuando de joven leía los *beat*. Ellos hacían referencia en sus libros a los mismos eventos y además, aparecían como personajes, únicamente cambiaban los nombres.

\*

Fabián tiene veinticuatro años al inicio de la novela, y ésta se desarrolla en un lapso de tiempo de cinco años, de 1995 al 2000. Fabián entra en el mundo de las drogas duras. Su camino lo llevará a encontrarse con distintos personajes que lo

irán marcando de formas diferentes. La historia trata del camino de la búsqueda, el camino abierto a las posibilidades de la elección personal, una novela de corte biográfico, de iniciación, de viaje, de búsqueda de sentido.

\*

Me gusta escribir en primera persona para develar los mundos interiores de los personajes con precisión, de un modo desenvuelto, imprime un tono autobiográfico e intimista al texto que desconcierta al lector pues le resulta difícil delimitar al narrador del autor. Empiezo la novela con el relato en primera persona de un sueño, funciona. Así decido tener un narrador protagonista.

\*

Solía escribir sin dudar ni corregir. Se trataba de una cascada que corría sin cesar hasta plasmar toda la historia que conformaría mi fragmento o capítulo, digamos, toda la acción. Era como si fuera capturando un dictado en el que poco, o nada, intervenía mi juicio. Después iba redactando con mayor precisión, acomodando cada palabra para expresar lo adecuado, y al final venía la poesía (que es para mí el momento más creativo y sutil del proceso). Pues me acomodaba muy bien de esta manera. Pero empecé a sentirme menos fluido, un poco forzado a la perfección, después de pensar al respecto he llegado a la conclusión de que algo de la culpa de este fenómeno se la debo a mi paso por la escuela de creación. Empecé a sentir una especie de ansiedad al escribir,

derivada de la exigencia de una suerte de moral del trabajo bien hecho, bien acabado, alineado con el canon. No puedo del todo sacudirme este lastre, mi escritura se ha vuelto mucho más rígida y dolorosa.

\*

Dichosos los días en que escribía en términos de descripciones de un mundo interno vasto que supone una ruptura con los elementos que conforman la realidad tal como la entendemos. Una escritura libre e inspirada que permite alcanzar todos los temas desde cualquier ángulo o focalización, una conciencia del instante casi perfecta. Es por eso que prefiero narrar en primera persona asumiendo el rol de mis personajes y exponiendo sin reparos cualquier pensamiento que tenga lugar en ese momento, el flujo de conciencia que se va integrando de acuerdo a la coherencia propia del texto. Saltos de lo cotidiano y casi costumbrista, a lo fantástico, tal como la vida se me aparece cada día, todo es posible, y toda lógica es superada por los acontecimientos. De modo que el valor de estos fragmentos, no se encuentra en la lógica organizada de hechos de la historia, sino en la plasticidad, unicidad y totalidad, que cada fragmento tiene para hacer una descripción del mundo.

\*

La secuencia de la foto tomada en una institución correccional:

—*¡Avancen hasta la línea!, ¡el primero, nombre y delito!*

—*Fabián.*

—*¡No escuché, marica!*

—*¡Soy Fabián!*

*¡CLICK!*

Trabaja de dos modos: primero es una imagen reiterada que marca un ritmo, como una percusión que acentúa el carácter violento y trágico de la novela, y por otro lado, se trata de una reafirmación del personaje y de todo lo que representa en términos de rebeldía y resistencia, dentro de un sistema normativo. Además de ser una afirmación poderosa y antigua que abre las puertas cerradas en toda galaxia y dimensión imaginable: “Yo soy”, el Om budista, la gran vibración, el yo soy el camino la verdad y la vida cristiano. El personaje se manifiesta frente al desprecio y la exclusión de tal sistema normativo, con desafiante dignidad por ser quien es.

\*

Escribo la secuencia de Ojos de Fuego cuando despierta en un hotel y se mete un ácido. El segmento parece formar parte de lo narrado por Fabián, pero hay un problema: él no está con Ojos de Fuego, no es testigo de la acción. En realidad el cambio a tercera persona es imperceptible y se acepta bien. La idea de introducir una presunta omnisciencia puede pensarse de dos modos: la convencional tercera persona omnisciente que se incorpora como un elemento extradiegético y

así fragmenta el texto, lo rompe en dos, la narración de primera mano, intimista y próxima al lector desde el interior de la historia, y la distancia del narrador omnisciente. La otra forma de entenderlo es que el mismo narrador protagonista, Fabián, asume, sin una explicación necesariamente satisfactoria, el rol de un narrador omnisciente desde su imaginación, o desde lo onírico, o los estados expandidos de consciencia. ¿Funcionará? Estamos en el terreno de la focalización variable.

\*

Los espacios me interesan más como sensaciones, como símbolos, que como espacios físicos en los que se desarrolla la acción. Pienso en el término “ecología interior”, una biosfera interna insondable que se proyecta a la superficie para referir estados mentales o emocionales de los personajes. Por supuesto que los espacios son también escenarios referenciales, y en este caso, de manera general, podríamos ubicar el texto en dos espacios fundamentales con todas las implicaciones de exteriores e interiores, además de tiempo: Urbano y rural. La historia corre de la Ciudad de México hasta San Luis Río Colorado Sonora, pasando por varias ciudades y poblaciones del centro y norte de México.

\*

Ya había hablado del tiempo de la historia comprendido en un lapso de unos cinco años: de 1995 al 2000. En cuanto al tiempo del relato, éste corre casi en

forma lineal, cronológica. Los hechos se desarrollan a manera de postales que se suceden uno tras otro con algunos pocos efectos de tiempo (anacronismos). El personaje principal narra las acciones en presente, en ocasiones corto la narración en un punto y paso en la sucesión de hechos a la siguiente, ésta podría ser unas horas después o un día, aunque continua narrada en presente, entonces ya ubicados en ese otro punto del continuo espacio-tiempo, regreso a manera de analepsis a cerrar la narración que había quedado fragmentada: Un ejemplo de este ejercicio se encuentra al final de la página 138, cuando los personajes se encuentran en un bar, y el inicio del otro capítulo en el que Fabián despierta a la mañana y luego de varias descripciones y pensamientos, nos relata cómo terminó aquello del bar y llegó a su habitación.

\*

Estoy experimentando con los tiempos y las voces narrativas. Algunos fragmentos van en pasado y otros en presente, en ocasiones trabajo con una primera persona y también utilizo una tercera omnisciente. El juego es simple, no hay un patrón determinado. Pienso que funciona bien, pero probablemente me vea obligado a crear una convención para no desconcertar demasiado al lector.

\*

Si no es por medio de un riguroso ejercicio de memoria, me va resultando casi imposible determinar si mis personajes son ficticios. Hay un personaje narrador

protagónico, agente de la acción, cuatro protagónicos testigos, y un sinfín de circunstanciales. Los personajes están presentados por la acción, más que por descripciones, de modo que existen pocas, pero significativas referencias físicas de éstos, a cambio, de un amplio desarrollo de una “ecología interna” en relación.

\*

A diferencia de mis trabajos anteriores, en los que escribo fragmentos dispersos a lo largo de la trama, y luego, en un trabajo de edición voy armando la estructura como un rompecabezas, esto lo hago simplemente porque me aburro y no puedo seguir escribiendo por días los mismos episodios. En *Corredor Indio*, lo he hecho de modo cronológico, es decir, he escrito los fragmentos en estricto orden de sucesión de acuerdo a la estructura casi lineal.

\*

Escribo frases largas que quitan el aliento, abro las puertas cerradas que dejan escapar una bestia salvaje que corre sin control, mi mente desbordada, mi alma indómita siguiendo su propia ruta de inspiración salvaje. Se preguntan ¿Cuánto aguantará tu edificio literario? ¿Qué importa? Es sólo literatura, es arte, y para eso está, para caerse a pedazos. ¡Qué se caiga pues antes de cien cuartillas! Ya lo levantaré en siete días.

\*

Una buena idea, una historia compleja, un manejo preciso de los recursos técnicos y la asimilación de un lenguaje personal, son sin duda elementos

importantes para la construcción de una novela redonda. Sin embargo, no alcanzan para crear una obra importante, íntegra, universal. Esto se consigue únicamente con la honradez y profundidad de la experiencia personal, la fuerza interior redescubierta mediante el sufrimiento y la sublimación de éste. He usado ya el término de “santificación del escritor”, del artista. Esto significa que no hay cabos sueltos en su vida personal, que ha compactado su vida a un grado tal, que todo está dispuesto para cumplir un propósito. ¿Cuál es ese objetivo? La respuesta personal a esta pregunta es justamente el cuerpo de la obra de un hombre, su disposición total al descubrimiento de su presencia sensible en el mundo.

\*

Dirijo mi atención a un tema u objeto, lo visualizo reiteradamente mientras respiro, sostengo la imagen, mi mente queda anclada y entonces, molécula a molécula transformo mi cuerpo, la imagen me abarca y la comprendo a nivel orgánico, no sólo es una idea sino un hecho asimilado con el cuerpo. Si entiendo el fragmento, entiendo la totalidad de la experiencia. A la literatura originada de este modo la llamaré “literatura de imagen interior”.

\*

Me largué a una cabaña en las afueras de la ciudad buscando la escritura. La cabaña se encuentra en los labios del cráter de un volcán inactivo, el cráter es

ahora un profundo valle. Estoy solo. Lo único que hago es correr, escribir, leer, meditar y danzar, y todo eso lo repito tantas veces como es posible de seis de la mañana a once de la noche.

\*

Fuera de toda la rutina y horarios que sostienen, de las relaciones habituales, y de los horribles distractores como la televisión, el café, la música, no soy nada. En soledad y distancia, siento como me voy quebrando y entonces aparece la verdad, y la verdad es que estoy perdido. Entonces escribo el miedo y la visión de desamparo, y Fabián descubre que dentro de él, habita la incapacidad de amar, y emprende un viaje en busca del amor y la absolución definitiva, que también podría ser la propia extinción: *Abro los ojos una mañana muy temprano y decido ir en busca de mi mujer. Un grandioso mar de destellos dorados y mil sirenas esperándome sobre acantilados únicos y solitarios. No hay modo, dejo la ciudad sitiada por la angustia del extravío. Enfilo hacia el norte siguiendo el vasto camino de carreteras desiertas, siguiendo las huellas dejadas por otros que también se perdieron en la espesura de la tristeza viento gélido bajo la piel del misterio rodante sin dirección, siguiendo la esperanza de que más allá del sol exista la tregua que facilite los encuentros fortuitos sin desconfianza entre todas las especies... .*

\*

Día nublado. Al prepararme una taza de café, siento que la bebida en mi cuerpo no es otra cosa que el estilo de vida blando y autocomplaciente que he venido adoptando. ¿Por qué bebo eso que me intoxica imponiéndome su propia personalidad? Tiro el café en el fregadero, luego me recuesto y leo un fragmento de *Cerca del Corazón Salvaje* de Clarice Lispector. Es una loca maravillosa que deja suelta su percepción y su percepción es un océano que abarca todo en el tiempo. ¡Eso es escribir! Voy a mi texto y enloquecido escribo de un solo aliento, toda la secuencia del merendero, donde Fabián se encuentra con el tipo que pretende pedirle dinero, y luego el triste acercamiento con el perro en la carretera.

\*

Muerto de miedo, realizo una caminata nocturna por los alrededores de la cabaña. Es cerca de media noche. La gente de la ciudad no tenemos idea de lo que es oscuridad. Avanzo a tientas sin ver más allá de mis manos levantadas en la densidad de las tinieblas, es tal la tensión que me tiro al piso y me recargo en un tronco a hacer una oración pues me veo completamente quebrado, como un niño. Al volver a la cabaña escribo: *En algún momento me doy cuenta que es de noche. No tengo idea de cuánto tiempo llevo así, caminando en la oscuridad, repitiendo tres palabras que son las luces encendidas que me orientan pero que en el mismo momento de percatarme que ando en las tinieblas, simplemente olvido, olvido, olvido. Es como despertar dentro de un sueño. Escucho mi respiración en medio del silencio vasto que cubre la nada, no estoy ni*

*remotamente situado, “¿dónde quedó la carretera?” La noche se extiende por todas partes cercando mis nociones acerca de cualquier cosa, mi comprensión limitada de lo que me rodea, se rompe ante la lóbreguez desbordante inundada del olor a tierra y hierba mojada. Me dejo caer para buscar cobijo. Hundo las manos en el lodo y me embarro la cara y luego me muevo a gatas, pero no como un torpe sujeto perdido en el bosque, más bien elástico, sutil y próximo a la tristeza. Siento que debo prescindir de mis ojos, pero en vez de arrancármelos, sólo los cierro y sigo. Después estoy sentado con las piernas cruzadas y la espalda muy derecha recargada en un tronco tratando de ahuyentar a los mosquitos. Pero poco antes, mientras aún avanzaba como león de montaña, sentí miedo, una reacción que no respondía a la oscuridad necesariamente, sino que provenía de la vieja tierra bajo mi cuerpo, y también de mi propio cuerpo extraño balanceándose en la noche tal como un cúmulo de huesos y sangre e insondables compartimentos que era mejor no abrir.*

## Experiencia espiritual

Escribir es un acto de Dios. De acuerdo a esta afirmación, mi interés está centrado en mi propia experiencia mística, la que se vive en el cuerpo y ahonda en intuiciones que se asientan en la base de la columna vertebral, como verdades respiradas. En este proceso de regeneración personal, he acudido a todas las nociones, a veces confusas y entreveradas en medio de los recuerdos más antiguos de mi existencia, y que prevalecen como tambores batientes señalando

con su fuerza un punto específico del conocimiento, una visión que alude a un fragmento de lo que sólo es. Cada una de estas nociones pertenecientes y descritas en diferentes tradiciones que desde su propio lenguaje plasman un aspecto de la totalidad, comparten el sentido último que es justamente tal experiencia, la totalidad que nos muestra que no hay ningún otro camino posible.

\*

El oficio de escritor es ante todo un medio de autoexploración, de autorreconocimiento, representa una posibilidad de regeneración personal, de salvación, decía Grotowski. Visto de este modo, el campo de trabajo del escritor es él mismo, su cuerpo, sus contenidos psíquicos y emocionales. Como en toda representación mitológica, el gran obstáculo del héroe es su propia persona.

\*

El escritor recorre el camino del autorreconocimiento, aceptación y resignificación de su intimidad, mediante una práctica sistemática, rigurosa y muchas veces penosa. No existe un dentro y fuera del acto de escribir, el escritor tendría que asumir su vida entera desde esta conciencia. El escritor mira hacia dentro, en ocasiones sufre con lo que ve, y luego expone todos sus secretos. Es necesaria esta exposición sin reserva para alcanzar la propia liberación y también la de la comunidad. El escritor se santifica a través de su práctica cotidiana, y de su propio sacrificio en términos de autoexposición.

\*

Cuando el lector mira a través de los ojos del escritor santificado por medio de su obra, no encuentra una persona sino vacío. El escritor origina un intento honesto por hacer un señalamiento, si el lector sigue esa dirección, lo más seguro es que se encuentre de cara al infinito.

\*

Ésta es, “la literatura del vacío”.

\*

Lo que se acerca y persuade. En mi caso fue el sufrimiento. La tenue sensación cada mañana, al despertar de que algo no funciona bien, y más tarde el dolor que te postra en medio de la oscuridad obligando al grito silencioso. La orfandad más aterradora que inocular su veneno a nivel molecular, convirtiéndote en un ser extraño en un planeta extraño. El sinsentido y la sinrazón. La sensación de ser un enfermo terminal ligado a la vida por una sonda fragilísima. Lo inmutable me persuadió a la experiencia de Dios, en un momento crucial, en un momento necesario, no antes ni después, sino del modo que tenía que ser. Muchas veces antes de escribir cierro los ojos y le pregunto: ¿Qué quieres que escriba?, y entonces lo hago, a veces una frase, otras, muchas cuartillas.

\*

Yo firmo lo que escribo pero entiendo que no soy el autor. La vibración, la matriz divina es el verdadero autor de esas pobre palabras. Tristes palabra dichas en el afán intenso de ser aceptado.

\*

Hace algún tiempo hablaba con mi hijo de dieciocho años: “Te voy a decir de qué se trata esto, para qué después no digas que no sabías, que nadie te lo dijo, en nuestro caso además es una suerte que sea yo, tu padre, quien te lo diga. No hay ninguna búsqueda que valga la pena más que la búsqueda de Dios, Y esto quiere decir que toda medida de la vida es inadecuada, inútil, y tu mente se detiene dejando espacio para el silencio que expone la futilidad de los intentos y aspiraciones, nada existe fuera de Dios, todo le pertenece y a la vez no es de nadie, lo carente sólo es una fijeza de la imagen y tu imagen no es nada frente a Dios que lo es todo. Dios es el camino, la verdad y la vida. Todo retorna a la fuente, más tarde o más temprano pero sin equivocación. Así que, no hay nada que hacer, te rindes al camino y abandonas la frustración de la guerra con la naturaleza. Todo está bien, todo es como debe ser”. ¿Para qué otra cosa escribir?

### Terapéutica del dolor

Escribir es como una meditación profunda, por medio de la cual me reconozco y tomo conciencia de mi persona en relación. Un silencio interior desde el cual se construye la palabra que da forma al mundo en el que vivo. Siempre quise ser

escritor. Crear y narrar historias para ir tejiendo los hilos de una trama que estaba hecha para ser representada en el juego, era algo nato en mí, era un sistema por medio establecía las bases de un proceso de aprendizaje, un modo de acercarme al misterio de la vida y sobrevivirlo. Lo que experimentaba en mi interior al relacionarme con los hechos desnudos de mi existencia era una amalgama de emociones y desconcierto ante la belleza y sufrimiento en la transitoriedad que iba dando forma, a lo que me iba convirtiendo, a la entidad única que estaba por ser.

\*

Mis novelas son en mucho biográficas, puesto que mi gran propósito es terapéutico.

\*

Aprendí a leer a los seis años, como la mayoría de los demás niños, y después de eso empecé un largo proceso de lecturas. El primer libro que leí fue Tom Sawyer, de Mark Twain. Resultó tan emocionante que me despertó la curiosidad por otros textos, y así, en la búsqueda de la aventura, me acerqué a una variedad de autores. Cada libro que leía generaba en mí la inspiración, el deseo de crear y contar mis propias historias para contactar y expresar los segmentos más profundos de mi conciencia o vínculo con la vida. Las historias como pretextos para dilucidar los sentimientos más complejos, alcanzarlos, entenderlos, y transitar un camino de regeneración y resignificación personal.

\*

¿Cuáles son los escritores que subyacen en mi obra? Mi árbol genealógico literario: Mark Twain, Joseph Cronin, B. Traven, Herman Hesse, Ray Bradbury, Edgar Allan Poe, Lovcraft, Marcel Schwob, Milán Kundera, Jack Kerouac, William Burroughs, Hubert Shelby Jr. Malcom Lowery, Truman Capote, Paul Auster, Philip Roth, Yukio Mishima, Kenzaburo Oé, John Irvin, Bret Easton Ellis, Cormac MacCarthy, Juan Rulfo, Armando Ramírez, José Joaquín Blanco, Luis Zapata, José Emilio Pacheco, José Agustín, y algunos otros que escapan a mi memoria pero su presencia enraíza firmemente mi árbol literario.

\*

En 1991, me encontraba resentido. No creo haber cumplido los veinte años cuando me vi envuelto en un hecho que me llevó al reclusorio. Al salir, me sentía frustrado e impotente. Antes de ese episodio, ya estaba en clara caída libre. Cada mañana al despertar por la mañana me encontraba con una incomodidad, un malestar insignificante que casi podía pasar desapercibido pero que con el correr de los años, se iba volviendo insufrible. No encontraba un lugar para mí en el mundo, me sentía solo y atemorizado por la experiencia de competir sin recursos en un mundo depredador y rapaz. Ese fue el caldo de cultivo de mi inspiración. Los primeros apuntes de Corredor Indio nacen en ese contexto. Se trata de un texto intimista y contemporáneo que ahonda, no solamente en un proceso de desarrollo de un género literario, sino de encuentro con la experiencia y

resignificación personal. La primera idea data de los noventa, incluso hice un borrador que me ha servido de guía. De manera general, ese primer tratamiento ya contiene el desarrollo total de la historia, sólo he tenido que profundizar.

\*

Descubrí a William Burroughs cuando tenía unos dieciocho o diecinueve años. La lectura de *Yonqui y el Almuerzo Desnudo*, representaron un acontecimiento no sólo en mi visión artística, sino de vida. Entendí lo que artísticamente tenía que hacer. Mi trilogía, *El Oeste Ahora*, *Heroína*, y *Corredor Indio*, fueron inspiraciones provenientes del estilo bizarro y mordaz de Burroughs. Mis historias recreaban el mundo de los jóvenes drogadictos de los noventa, o por lo menos, los que yo conocía. Nuestras aventuras elevadas a niveles épicos, historias contadas con un valor casi sociológico. Los excluidos tomando la palabra, reclamando los espacios, convirtiéndose en el miedo a la noche.

\*

Mi obra no es una apología de las drogas. En todas mis novelas aparecen personajes yonquis, o hago alusión a las drogas de algún modo. *Corredor Indio* no es diferente, y no sólo eso sino que yo diría que es la novela de la droga. Fabián sale en busca del amor y después de mucho peregrinar, lo encuentra en la heroína. El círculo abierto cuando se inyecta por primera vez, se cierra al final de la novela cuando Fabián cede a la experiencia totalizadora de la droga. Éste es el

caso de un personaje que encuentra sentido en el paraíso artificial de la droga a cambio de un mundo feo, brutal y sin afecto, en constante transformación. Y aun así, repito, mi trabajo no es una apología de la droga. Es más bien un laboratorio de síntesis de la experiencia, alteraciones moleculares, fórmulas de diseño y nuevas especies de experiencia en el invernadero sideral que se mueven por sí solas a la par de la vida real. Los hechos están allí y los vemos todos los días. En mi vida el tema de las drogas jugó un papel importante. Acompañaron a los adultos que debieron cuidar mi infancia, y después, cuando yo crecí, creí que eran necesarias para vivir. Las usé para poder sentir, hablar, bailar, y también para amar, y luego, cuando a pesar de su consumo mi vida era la misma ruina, las usé para buscar a Dios. Las drogas han estado presentes en mi vida desde que puedo recordar. Esto es así y no hay mucho que pueda hacer.

\*

En verdad me preocupa ser un hombre periférico, bordear los lindes de lo que es importante. Estoy cansado de sostener un mundo que a nadie importa, que a nadie interesa construir, cansado de mis actos toscos, y burdos, y complacientes, justificados en una ilusión de la realidad. Me temo que no soy un hombre libre, soy un cobarde, y por eso insisto en la importancia de todos los preceptos enumerados hasta aquí.

\*

Dedico mucho tiempo a reflexionar acerca de la verdad y la humildad. Son temas que me preocupan, pues no soy un hombre que posea esas condiciones, y entonces pregunto qué clase de hombres heredarán la Tierra.

\*

Escribir, tendría que ser, en todos los casos, la realización de un reporte. Un reporte pormenorizado de la experiencia sensible, singular, que la mirada de un ser humano representa. Éste debiera expresar algo del peso y el misterio del tránsito que cada ser humano realiza a través del continuo bondad-maldad, y espacio-tiempo. Creo que por más angustia que pueda causar, tal reporte debe evitar lo periférico y ahondar en los asuntos que en verdad causan escozor.

\*

Soy un pequeño malcriado sin recursos, carente, limitado y burdo. Eso es lo que soy y desde ahí hago todo esfuerzo, como un naufrago, para salir a flote y encontrar la furia que me haga reaccionar. ¿Qué puedo hacer?, ¿qué puedo decir? Esa es la raíz de mi obra. Cuando evito volver a esta verdad, evito volver a mí. Soy un hombre periférico. Las palabras de este diario leídas a la luz del tiempo me suenan jactanciosas, es un texto duro porque me muestra lo arrogante que soy. Apenas puedo moverme al margen de esta insuficiencia. Soy un falso

guerrero, un mentiroso, pero no puedo parar de escribir, es lo único que me justifica, que me hace sentir de utilidad.

\*

El miedo dice: “no abras la puerta”, pero tras la puerta está la verdad, y la verdad sana. Entonces, ¿qué hacer?, yo escribo.

## La neutralidad imposible

Escribir es un acto de rebeldía en medio de un estado de guerra permanente.

\*

La literatura, como todo discurso humano es un hecho político. No puede haber neutralidad, es imposible. Porque la estructura, los recursos, la técnica, los espacios, las voces: quién habla, qué se dice y qué se calla, los momentos, el proceso todo, está determinado por los objetivos. ¿Para qué se escribe? ¿Para sostener y reproducir las condiciones de un sistema determinado? ¿para promover y difundir los valores e ideologías de tal sistema? O para la libertad. La literatura de imagen interior, y aquí deseo utilizar los conceptos acuñados por Freire y Boal, la literatura de “la esperanza”, la literatura “del oprimido”, la literatura del vacío, la literatura de la que estamos hablando aquí, se escribe para la liberación del ser humano, de sus propios encadenamientos, y también de las condiciones de la propiedad.

\*

Escribir supone un conflicto prevalente, pues para empezar, no hay un único punto de vista desde donde se edifica el discurso, y además, las narrativas resultantes siempre están inscritas en relaciones de poder y subordinación.

\*

La construcción de un discurso narrativo se ve interpelada por la lucha política. Insisto, no puede haber neutralidad.

\*

El acto mismo de escribir tiene un marco social. Se escribe desde los contenidos cultural-expresivos de quien acude al ejercicio de relatar, se usan valoraciones específicas, y lo relatado se estructura y adquiere solidez mediante la evocación con los otros.

\*

De este modo la obra literaria como un riguroso proceso de investigación se ubica también como producción de sentido colectivo.

\*

En el arduo trabajo de la búsqueda de sentido, el escritor-narrador busca dentro de sí, pero para ello echa mano de los otros, de sus testimonios, los puntos

de vista desde los que se construye la realidad. Lo hallado tiene que ser expuesto necesariamente, pues esta exposición sin reservas alude a la puesta en escena pública, el acto de evocar frente a otros para alcanzar la propia liberación y también la de la colectividad. El escritor-narrador sufre una suerte de sublimación de su dolor y responsabilidad a través de su propio sacrificio como emprendedor de sentido, y en términos de auto exposición.

### La audiencia y la crítica

Ya he dicho que el escribir es, en primer término, una búsqueda personal de la verdad, un medio narrativo como recurso para configurar una terapéutica del dolor individual. Pero también se ha hecho claro en el apartado anterior que el acto mismo de relatar, desde la memoria o la imaginación, tiene un marco social.

\*

Al escribir de mí y de lo que conozco, escribo acerca de la humanidad entera.

\*

Confío en que con cada hermoso hallazgo que logro al sentarme cada día a escribir a pesar de mí mismo, la humanidad también se regocija y sana.

\*

Como todos, tengo preguntas fundamentales sobre mi propio paso por el mundo, del tipo: ¿Qué quiero hacer con mi vida?, ¿qué quiero estar haciendo

cuando me llegue la muerte? Sé que voy a morir y eso lo valoro todo el tiempo, digamos que, la muerte me aconseja sobre todo lo que vale la pena hacer. Para mí no hay forma de delimitar mi vida y el acto de escribir, son la misma cosa. De modo que lo que escribo y la manera como lo hago, siempre son cuestiones de vida o muerte. Escribo como vivo, no hay otra forma. Así que mis consideraciones en torno al escribir siempre están determinadas por asuntos personales. ¿Quién soy?, y, ¿qué quiero hacer con mi tiempo y expresión? Que sólo a mí pertenecen.

\*

No persigo la originalidad. El escribir es una reflexión, más aún, una investigación. Lo que aquí está en juego es la “ecología interior” oceánica e inaprehensible de cada hombre. Así que a mí no me perturba investigar lo que otros ya han investigado, si para mí es necesario, lo hago. Lo valioso es mi propia experiencia en el proceso de transformación de los materiales.

\*

Estoy convencido de que en lo superficial, mi obra no es para todos. Lo he visto. Al enfrentarse a mis textos algunos lectores no se sienten cómodos con los temas o con la forma de mi expresión. Creo que esta primera impresión no permite el encuentro con las resonancias contenidas en la voz de un hombre cualquiera que comparte con los demás la condición humana.

\*

Entonces, es imposible no escribir con el deseo de formar parte de un sentido colectivo, cada acto nimio que un ser humano realiza tiene resonancia en todo lugar donde haya un miembro de la gran familia humana. Escribo para mi propia liberación, pero este intento muchas veces infructuoso, va alterando poco a poco las creencias de los otros. En este proceso, sin embargo, me resulta muy difícil comprometer mi trabajo, que me tomo con una gravedad que en ocasiones a mí mismo me inquieta, a los juicios o críticas de los demás. Soy un necio. Pero cada día me empujo a escuchar en silencio lo que los demás tienen que decir de mi presencia sensible en el mundo, y así, intentar ser menos autoreferencial.

Mis anotaciones terminan aquí. El original no tenía orden alguno. Como ya expliqué, los apartados los construí más tarde de acuerdo a lo que me pareció eran los temas subyacentes del diario. El ejercicio de escribirlo simultáneamente a la novela no fue sencillo, incluso, a veces resultaba un estorbo para el tipo de ánimo y pensamiento que una obra creativa requiere, pero también implicó una reflexión que me permitió darme cuenta que tenía muchas ideas, algunas interesantes, sobre la literatura y la creación. Representó un trabajo de organización muy útil que al final sólo trajo claridad y por supuesto, más tierra indómita para explorar.